

H. Prosper-Olivier Lissagaray

Historia de la Comuna

Vol. II

Introducción de
Francesc Bonamusa

editorial estela/barcelona

La edición original francesa fue publicada con el título de *Histoire de la Commune de 1871*. La actual edición castellana ha sido revisada de acuerdo con el primer texto francés, editado en Bruselas el año 1876.

Traducción de WENCESLAO ROCES

Revisión de FRANCESC CUSÓ

© by Editorial Estela, S. A.

Cubierta de Enric Satué

Primera edición, marzo 1971

Propiedad de esta edición (incluidos la traducción y el diseño de la cubierta), Editorial Estela, S. A., Avda. José Antonio, 563, Barcelona-11

Impreso en Romanyà-Valls, Capellades (Barcelona)

Depósito legal: B. 46.056 -1970 (II)

Tercera parte

Lucha a vida o muerte

CAPÍTULO XXVIII

Los versalleses entran el domingo 21, a las tres de la tarde. — Se disuelve la asamblea de la Comuna.

La puerta de Saint-Cloud acaba de ser abatida. El general Donai se ha lanzado por ella.

Thiers a los prefectos. 21 de mayo del 71.

Se anuncia el gran ataque. El 16, la Asamblea se ha negado a reconocer a la República como gobierno de Francia. El 17, Versalles descubre las baterías de brecha dirigidas contra las puertas de La Muette, de Auteuil, de Saint-Cloud, de Point-du-Jour y de Issy. Las baterías de retaguardia castigan sin tregua el recinto de Point-du-Jour y arrasan Passy. Las piezas del castillo de Bécon aran el cementerio de Montmartre, llegan hasta la plaza Saint-Pierre. París tiene cinco distritos bajo el fuego de los obuses.

El 18 por la noche, los versalleses sorprenden a los federados de Cachan, acercándose a ellos a los gritos de: «¡Viva la Comuna!» Se consigue, con todo, atajar su movimiento en Hautes-Bruyères. Los monjes dominicos, que desde su convento de Arcueil avisan al enemigo, son detenidos y conducidos al fuerte de Bicêtre. En Hautes-Bruyères, un espía de veinte años que confesó haber llevado a los versalleses el plano de las posiciones de los federados, es juzgado por un consejo de guerra, condenado a muerte y, ante su negativa a hacer revelaciones, ejecutado: la tercera ejecución militar durante la Comuna.

Día 19. A pesar de la proximidad de los versalleses, la defensa no se anima. Los bastiones 72 y 73 envían unos cuantos obuses, pocos, contra el pueblo y el fuerte de Issy. Desde Point-du-Jour a la puerta de Maillot, solamente los cañones de la puerta Dauphine responden a las cien bocas de los versalleses, estorbando sus operaciones en el Bois de Boulogne. Algunas barricadas en las puertas de Bineau y de Asnières y en el

bulevar de Italia, dos reductos en la plaza de la Concordia y en la calle Castiglione, un foso en la calle Royale, otro en el Trocadero; esto es todo lo que el Hôtel-de-Ville ha hecho en siete semanas por la defensa interior. Ninguna obra en la estación de Montparnasse, en el Panteón, en los cerros de Montmartre, dos de cuyas piezas no despiertan hasta el 14, para matar, por un tiro mal calculado, a unos federados, en Levallois. En la terraza de las Tullerías, una docena de picos caen melancólicamente sobre un foso inútil. El Comité de Salud Pública dice que no puede encontrar hombres, y tiene cien mil sedentarios y varios millones en su poder.

Estamos en el período de inmenso cansancio. Las rivalidades, las disputas han destemplado todas las energías. ¿De qué se ocupa la Comuna el día 19? De los teatros. Vaillant sostiene que la intervención del Estado es legítima, que el personal es explotado, que no hay más remedio que aplicar a los teatros el régimen de asociación. Félix Pyat no quiere que el Estado tenga nada que ver con el teatro ni con la literatura; «los campesinos de Berry no deben pagar las danzarinas de la Ópera», y lanza una diatriba contra las Academias de música y de medicina. «¿Qué hemos producido de notable desde que tenemos un Teatro Francés? Si la ciencia francesa está atrasada, si su genio es inferior al de las demás naciones, la causa de ello hay que achacarla, sobre todo, a esos patronatos perjudiciales.» Y le responden, y él replica, hasta que un miembro exclama: «¡No es ocasión de ocuparse de teatros cuando están disparando contra nosotros!» Pasan entonces a tratar de cierto cartel del Comité Central, que, en virtud de un «pacto» concertado con algunos miembros de la Comuna, acaba de absorber la administración de Guerra. Y es cierto; los miembros del Comité se figuran hasta tal punto ser los amos, que uno de ellos, en un decreto insertado en «L'Officiel», «invita» a los habitantes de París a que se reintegren a sus domicilios en el término de cuarenta y ocho horas, «so pena de ver quemar sus títulos de rentas y su libro mayor». Esta descabellada imbecilidad habrá de quedar impune.

¡Bueno, pues que se quede con la administración de Guerra ese ambicioso Comité Central, si es capaz de reconstituir los batallones que se disgregan! Apenas quedan dos mil hombres, de Asnières a Neuilly, cuatro mil acaso de La Muette a Petit-Vanves. Los batallones asignados a los puestos de Passy no están en su lugar o se hallan en las casas, lejos de la fortificación; muchos de sus oficiales han desaparecido. Del bastión 36 al 70, precisamente en el punto del ataque, no hay ni veinte artilleros. Los centinelas brillan por su ausencia.

¿Traición? Los conspiradores se jactaron, algunos días después, de haber desguarnecido estas fortificaciones. El espantoso bombardeo bastaba para explicar semejante abandono. Hay, sin embargo, una desidia culpable. Dombrowski, cansado de luchar contra la inercia de Guerra, ya no visita tan asiduamente los puestos, sino que se retira con demasiada frecuencia a su cuartel de la plaza Vendôme. El Comité de Salud Pública, informado del abandono de las fortificaciones, se limita a dar cuenta de ello a Guerra, en lugar de acudir a remediar el mal.

El sábado 20 de mayo, a la una de la tarde, se descubren las baterías de brecha. Trescientas piezas de marina y de sitio, confundiendo sus detonaciones, anunciaron el comienzo del drama definitivo.

El mismo día, De Beaufond, al que no había quitado ánimos la detención de Lasnier, envió, como de costumbre, un emisario para que hiciese saber al jefe del estado mayor versallés que las puertas de Montrouge, Vanves, Vaugirard, Point-du-Jour y Dauphine estaban enteramente abandonadas. Diéronse órdenes de concentración. El día 21, los versalleses volvían a encontrarse en excelentes condiciones, como el 3 y el 12. Esta vez, el éxito parece seguro. La puerta de Saint-Cloud estaba destrozada.

Diversos miembros de la Comuna venían señalando esta brecha desde hacía varios días al jefe del estado mayor. Éste respondía, a lo Cluseret, que tenía tomadas sus medidas, que iba a poner en camino, para la defensa de esa puerta, una barricada móvil y blindada. Pero nada de ello llegaba. El domingo, Lefrançais, al

cruzar el foso por los restos del puente levadizo, oyó y vio a los versalleses en las trincheras. Asustado por la inminencia del peligro, envió a Delescluze una nota que se extravió.

A las dos y media, bajo las sombras de las Tullerías, se celebraba un concierto monstruo a beneficio de las viudas y huérfanos de la Comuna. Las mujeres, vestidas con trajes primaverales, daban colorido a las verdes avenidas. A doscientos metros, en la plaza de la Concordia, los obuses versalleses lanzaban su nota de mal agüero en medio de la alegría brillante de los co-bres y el hálito bienhechor de pradi-al.

Al final del concierto, un oficial de estado mayor subió al tablado del director de orquesta: «Ciudadanos, Thiers había prometido entrar ayer en París; Thiers no ha entrado, no entrará. Os invito para el próximo domingo aquí, en este mismo sitio, a nuestro segundo concierto a beneficio de las viudas y de los huérfanos.»

Los versalleses entran en París

En ese mismo instante, a distancia de dos tiros de fusil, la vanguardia de los versalleses entraba en París.

La señal esperada se había dejado ver por fin en la puerta de Saint-Cloud. Un confidente de afición, Ducatel, que no había tomado parte en las conspiraciones, atravesaba estos barrios cuando vio todo desierto, las puertas y las fortificaciones. Trepó al bastión 64, agitó un pañuelo blanco y gritó a los soldaos de las trincheras: «¡Entrad, no hay nadie!» Al oírle, asomó un oficial de marina, interrogó a Ducatel, pasó sobre los restos del puente levadizo, se aseguró de que los bastiones y las casas vecinas se hallaban abandonados, entró en las trincheras y telegrafió la sorpresa a los generales más próximos. Las baterías de brecha suspendieron el fuego; los soldados de las trincheras inmediatas entraron, en pequeños pelotones, en el reducto. Thiers, Mac-Mahon y el almirante Pothuan, que se encontraban en ese momento en el monte Valérien, telegrafiaron a Versalles para poner en movimiento a todas las divisiones.

Dombrowski, que llevaba algunas horas ausente de su cuartel general de La Muette, llega a las cuatro. Un comandante le anuncia la entrada de los versalleses. Dombrowski deja que el oficial acabe su relato; después, volviéndose hacia uno de los suyos con aquella tranquilidad que exageraba en las situaciones críticas, dijo: «Que envíen a buscar una batería del 7 al ministerio de Marina; avisen a tales y cuales batallones. Yo me encargaré del mando.» Dirige un parte al Comité de Salud Pública y a Guerra, y envía el batallón de voluntarios a ocupar la puerta de Auteuil.

A las cinco, un puñado de guardias nacionales, sin kepis, sin fusiles, lanza el grito de alarma en las calles de Passy. Algunos oficiales desenvainan y se afanan por contenerlos. Los federados salen de las casas; unos cargan sus fusiles, otros sostienen que se trata de una falsa alarma. El comandante de voluntarios recoge y arrastra en pos de sí a todos los que puede hallar.

Estos voluntarios eran una tropa curtida en el fuego. Cerca del ferrocarril ven los pantalones rojos, y los reciben a tiro limpio. Un oficial versallés trata de llevarse a sus hombres, y cae bajo las balas. Sus soldados retroceden. Los federados se instalan en el viaducto y en la desembocadura del bulevar Murat, y construyen una barricada que cubre el muelle hasta el puente de Iéna.

Última sesión del Hôtel-de-Ville

El parte de Dombrowski llegó a las siete al Comité de Salud Pública. Billioray, el único de sus miembros presente en la guardia, se dirige inmediatamente al Consejo. La Asamblea estaba juzgando a Cluseret, y Vermorel tenía la palabra. El ex delegado, sentado en una silla, escuchaba al orador con aquella descarada indolencia que los ingenuos tomaban por talento. Billioray entra, pálido, y se sienta un momento. Como Vermorel continúa, le grita: «¡Acabe usted, acabe usted! ¡Tengo que presentar una comunicación de la mayor importancia, para la que pido comité secreto!»

Vermorel: «Cedo la palabra al ciudadano Billioray.»

Billioray lee un papel, que tiembla ligeramente en sus manos: «*Dombrowski a Guerra y Comité de Salud Pública: Los versalleses han entrado por la puerta de Saint-Cloud. Tomo disposiciones para rechazarlos. Si pueden ustedes enviarme refuerzos, respondo de todo.*»¹

Un silencio de estupor; a continuación estallan las interrogaciones. «Ya han salido algunos batallones —responde Billioray—; el Comité de Salud Pública está alerta.»

Se reanuda la discusión aunque, como es natural, abreviando. El Consejo absuelve a Cluseret. La requisitoria de Miot se componía solamente de una serie de gruñidos; desdeñaba los únicos hechos acusadores, la inercia de Cluseret durante su delegación, y sus sospechosas relaciones. Se forman grupos. Coméntase el despacho. La confianza de Dombrowski, la seguridad de Billioray bastan a los románticos. En general, se cree en la solidez de las fortificaciones, en la inmortalidad de la causa. No hay nada concreto; el Comité de Salud Pública es responsable, que vaya cada cual a informarse, y que se dirija a su distrito si es necesario.

El tiempo se va en charlas. Ya no hay ni moción ni debate. Dan las ocho. El presidente, Jules Vallès, levanta la sesión. ¡La última sesión del Consejo de la Comuna! Nadie pide una guardia permanente, nadie insta a sus colegas a que esperen los informes sin moverse de allí, a que hagan llamar al Comité de Salud Pública. No hay nadie que diga, en ese momento de crítica incertidumbre, cuando debiera improvisarse un plan de defensa, una gran resolución en caso de desastre, que el puesto de los guardianes de París está en el centro, en la Casa común, y no en los distritos.

Así salió de la historia y del Hôtel-de-Ville el Consejo de la Comuna de 1871, en el instante de mayor peligro, cuando los versalleses entraban en París.

El mismo desconcierto reina en Guerra. El Comité

1. El original de este despacho se ha perdido; lo hemos reconstituido gracias al testimonio del hermano de Dombrowski y de varios miembros de la Comuna.

Central se había dirigido a Delescluze, que se había mostrado muy sereno y dijo, como creían también algunos más jóvenes, que la lucha en las calles sería favorable a la Comuna. El comandante de la sección de Point-du-Jour vino a decir: «No ocurre nada», y el delegado aceptó, sin más, sus afirmaciones. El jefe del estado mayor no juzgó siquiera necesario hacer un reconocimiento personal, y a eso de las ocho hizo anunciar por medio de carteles: «*El puesto de observación del Arco de Triunfo niega la entrada de los versalleses; por lo menos, allí no ven nada que se parezca a eso. El comandante Renaud, de la sección, acaba de salir de mi gabinete, y afirma que no ha habido más que un pánico y que la puerta de Auteuil no ha sido forzada; que, si se han presentado algunos versalleses, han sido rechazados. He enviado a buscar once batallones de refuerzo con otros tantos oficiales de estado mayor, que no deben separarse de ellos hasta haberlos llevado al puesto que deben ocupar.*»

A la misma hora, Thiers telegrafaba a sus prefectos: «*La puerta de Saint-Cloud acaba de caer bajo el fuego de nuestros cañones. El general Douay se ha precipitado por ella.*» Doble mentira. La puerta de Saint-Cloud estaba abierta desde hacía tres días, sin que los versalleses se atreviesen a franquearla; el general Douay se había deslizado por ella, hombre tras hombre, introducido por una traición.

Por la noche, el ministerio pareció abrir los ojos. Los oficiales llegan pidiendo órdenes. El estado mayor se niega a dejar tocar a rebato o a dar órdenes para que toquen a generala, con el pretexto de que no hay que alarmar a la población. Algunos miembros de la Comuna, inclinados sobre el plano de París, estudian, al fin, los puntos estratégicos de que se han olvidado durante seis semanas; el delegado se encierra para redactar una proclama.

París, invadido

Mientras que, en medio del París confiado, algunos

hombres sin soldados, sin informaciones, disponen la primera resistencia, los versalleses siguen infiltrándose por la hendidura de la fortificación. Ola tras ola, su torrente crece, silencioso, velado por la noche que cae. Poco a poco se acumulan entre el ferrocarril de circunvalación y las fortificaciones. A las nueve son ya bastante numerosos para dividirse en dos columnas: una, sesgando a la izquierda, corona los bastiones 66 y 67; la otra se dirige a la derecha, por el camino de Versailles. La primera se aloja en el corazón de Passy, ocupa el asilo de Sainte-Périne, la iglesia y la plaza de Auteuil; la segunda, después de demoler la rudimentaria barricada construida en el muelle, a la altura de la calle Guillou, hacia la una de la mañana, por la calle Raynouard, escala el Trocadero, que se halla sin defensa ni defensores por aquella parte.

En el Hôtel-de-Ville se han reunido, por fin, los miembros del Comité de Salud Pública. Sólo Billioray ha desaparecido, y no ha de volver a aparecer. Se ignora el número y la posición de las tropas, pero se sabe que algunas masas se agitan en la oscuridad de Passy. Los oficiales de estado mayor enviados a La Muette vuelven con noticias tranquilizadoras. A las once, Assi se aventura por la calle Beethoven, cuyas luces están apagadas. Su caballo se niega a avanzar; acaba de resbalar en los grandes charcos de sangre; a lo largo de los muros hay guardias nacionales que parecen dormir. Varios hombres se lanzan contra él y le prenden. Son los versalleses, que estaban emboscados. En cuanto a los durmientes, son cadáveres de federados.

Los versalleses se desbordan por el interior de París, y París lo ignora. La noche es azul, estrellada, tibia, cargada de perfumes de primavera. La gente se agolpa en los teatros. Los bulevares rebosan de vida. Enmudece el cañón en todas partes, con un silencio desconocido desde hace tres semanas. Si el «más bello ejército que Francia haya tenido nunca» se lanzase de frente por los muelles y los bulevares totalmente vírgenes de barricadas, de un salto, sin disparar un tiro, estrangularía a la Comuna de París.

Los voluntarios se sostienen hasta media noche en

la línea férrea. Como no reciben ningún refuerzo, se repliegan hacia La Muette. El general Clinchant los sigue, ocupa la puerta de Auteuil, deja atrás la de Passy, marcha sobre el cuartel general de Dombrowski. Cincuenta voluntarios disparan todavía algún tiempo desde el castillo, vueltos hacia el este, a punto de ser sitiados por el Trocadero; se batan en retirada, a la una y media, hacia los Campos Eliseos.

En la orilla izquierda, el general Cissey había apiñado sus fuerzas, durante toda la noche, a doscientos metros del reducto. A las doce de la noche, los zapadores franquean el foso, escalan las fortificaciones sin tropezar con un «¿Quién vive?», y abren las puertas de Sèvres y de Versailles.

A las tres de la mañana, los versalleses inundan París por las cinco llagas abiertas de las puertas de Passy, Auteuil, Saint-Cloud, Sèvres y Versailles. La mayor parte del distrito XV está ocupada. La Muette ha sido tomada. Tomado todo Passy y la altura del Trocadero. Tomado el polvorín de la calle Beethoven, las inmensas catacumbas que corren por debajo del distrito XVI, llenas con tres mil barriles de pólvora, millones de cartuchos, millares de obuses. A las cinco cae el primer obús versallés sobre la Legión de Honor. Como en la mañana del 2 de diciembre, París dormía.

RÉPUBLIQUE
FRANÇAISE
UNE ET INDIVISIBLE.

LA COMMUNE DE PARIS.

LIBERTÉ,
ÉGALITÉ,
FRATERNITÉ.

Souvenir de la grande Révolution administrative de 1871.

Arr.	Population	Chiffre de la Commune	Chiffre de la Commune	Chiffre de la Commune	Chiffre de la Commune	
1	81,663	Place de la Concorde	A	149,641	11	7
2	79,999	Rue de la Banque, 8	B	130,456	18	7
3	98,580	Place du Temple	C	122,300	17	6
4	98,640	Place Saint	D	116,638	19	6
5	104,083	Place du Trône, 3	E	113,000	19	5
6	94,715	Rue des Capucines, 16	F	108,000	20	5
7	75,438	Rue de la Harpe, 106	G	106,221	9	5
8	70,259	Rue d'Orléans, 11	H	104,083	6	5
9	100,331	Rue d'Orléans, 8	I	99,118	6	5
10	116,638	Rue de St. S. Martin, 12	J	98,641	4	5
11	169,661	Place Vendôme	K	98,641	3	4
12	78,633	Place de la Harpe, 1	L	81,663	1	4
13	70,192	Place d'Orléans	M	79,999	2	4
14	61,508	Place de l'Observatoire	N	78,633	12	4
15	69,460	Place de la Harpe	O	75,438	7	4
16	42,187	Grand'Avenue de Paris, 17	P	71,192	8	4
17	122,300	Rue des Capucines, 18	Q	70,259	13	4
18	130,456	Rue des Capucines, 14	R	69,460	13	3
19	113,000	Rue de la Harpe, 106	S	65,508	14	3
20	108,000	Rue de la Harpe, 106	T	42,187	16	2

Paris, l'une des 98 communes qui composent la Gaule antique; elle s'étendait dans la Cité Jules César, après ses conquêtes, lui donna le nom de Lutèce.

C'est qu'elle devint pour choisir Paris comme capitale de ses États (6^e siècle).

Sous Henri IV, la ville contenait un dixième de la population de l'actuelle (1590). — Au mois d'octobre 1792 la Commune de Paris fut proclamée une première fois et une deuxième fois le 18 Mars 1871.

Le dernier siège de Paris restera comme un des plus célèbres de l'histoire par l'énergie conduite de ses habitants.

Notes: 98 Communes sur 1,573,793 habitants.

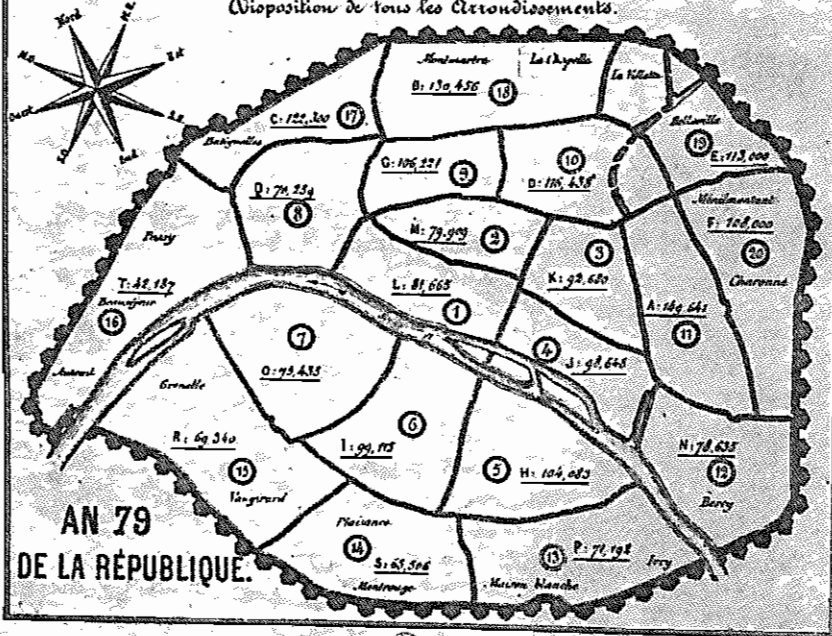
Paris, l'une des 98 communes qui composent la Gaule celte; mais circonscrite dans la Cité Jules César, après ses conquêtes, lui donna le nom de Lutetia.

C'est qu'elle choisit pour chef Paris comme capitale de ses Etats (6^e siècle). Sous Henri IV, la ville soutint un siège mémorable (juillet 1600). — Ce n'est qu'en 1792 la Commune de Paris fut proclamée une première fois et une deuxième fois le 18 Mars 1871.

Le dernier siège de Paris restera comme un des plus célèbres de l'histoire par le dévouement de ses habitants.

Total: 98 communes sur 1,075,713 habitants.

Disposition de tous les Arrondissements.



CAPÍTULO XXIX

El lunes, 22. — Los versalleses invaden los barrios del este. — París se alza.

«Los generales que han dirigido la entrada en París son grandes hombres de guerra.»

Thiers, a la Asamblea Nacional, el 22 de mayo del 71.

Hacia las dos de la mañana llega Dombrowski al Hôtel-de-Ville, deshecho, pálido, contuso de una pedrada en el pecho. Cuenta al Comité de Salud Pública la entrada de los versalleses, la desbandada de Passy, sus inútiles esfuerzos para reunir a sus hombres. Los que le oyen se quedan pasmados ante esta invasión tan rápida —tan poco conocía el Comité la situación militar—. Dombrowski, que no entiende bien lo que le dicen, exclama: «¿Cómo? ¿Pero es que puede tomarse por un traidor el Comité de Salud Pública? ¡Mi vida pertenece a la Comuna!» Sus ademanes, su voz, revelan una amarga desesperación.

Nace el día, cálido y brillante como la víspera. El toque de generala y el de rebato han puesto en pie a tres o cuatro mil hombres que corren camino de las Tullerías, del Hôtel-de-Ville y del edificio de Guerra. Otros muchos abandonan en ese momento sus puestos, abandonan Passy, desguarnecen el distrito XV. Los federados del Petit-Vanves, que entraron en París a las cinco de la mañana, se han negado a resistir por más tiempo, al ver a Versalles en el Trocadero. En la orilla izquierda, en el *square* Sainte-Clotilde, algunos oficiales se esfuerzan por detenerlos. Los guardías los rechazan. «Ahora viene la guerra de barricadas —dicen—; cada cual a su distrito.» Fuerzan el paso en la Legión de Honor. La proclama de Delescluze ha quebrantado sus lazos.

«¡Basta de militarismo!»

Esta proclama de otros tiempos, profusamente pegada en las paredes, empieza así:

«¡Basta de militarismo!, ¡no más estados mayores galoneados con dorados en todas las costuras! ¡Paso al pueblo, a los combatientes de desnudos brazos! La hora de la guerra revolucionaria ha sonado... El pueblo no entiende nada de maniobras técnicas. Pero cuando tiene un fusil en la mano y adoquines bajo sus pies, no le dan miedo todos los estratagemas de la escuela monárquica juntos.»

Cuando el ministro de la Guerra arremete contra toda disciplina, ¿quién va a querer obedecer? Cuando él desprecia todo método, ¿quién querrá razonar? Y se verá a centenares de hombres negarse a abandonar el empedrado de su calle, cerrar ojos y oídos ante el vecino barrio que agoniza; esperar, inmóviles, que el enemigo siga cercándolos.

A las cinco de la mañana empieza la retirada oficial. El jefe del estado mayor hace evacuar precipitadamente el edificio de Guerra, sin llevarse consigo ni destruir los papeles. Caerán en poder de los versalleses, y darán millares de víctimas a los consejos de guerra.

A la salida del ministerio, Delescluze encuentra a Brunel. Éste, en libertad desde la víspera, ha reunido su legión y viene a ofrecerse; es uno de esos hombres de una fe que no pueden hacer vacilar las más crueles injusticias. Delescluze le da orden de que defienda la plaza de la Concordia. Allí se dirige Brunel, dispone en la terraza de las Tullerías y a la orilla del agua 150 tiradores, tres piezas del 4, una del 12 y dos del 7. El reducto de Saint-Florentin recibe una ametralladora y una pieza del 4; el de la calle Royale, a la entrada de la plaza de la Concordia, dos piezas del 12.

Delante de Brunel, algunos hombres de la 8.^a legión se esfuerzan por detener en la plaza Beauvau a los fugitivos de Passy y de Auteuil. Arrollados, ponen el barrio en estado de defensa. Levántanse barricadas en la calle del Faubourg-Saint-Honoré, a la altura de la em-

bajada inglesa, en la calle Suresnes y en Ville-l'Évêque. Amontónanse obstáculos en la plaza Saint-Augustin, en la esquina de la calle Abbattucci, en la desembocadura del bulevar Haussmann, y delante del bulevar Malesherbes. Los versalleses se presentan.

Los versalleses se lanzan adelante

Desde las primeras horas han iniciado el avance. A las cinco y media, Douay, Clinchant y Ladmirault, pasando al pie de las fortificaciones, desembocan en la avenida de la Grande-Armée. Los artilleros de la puerta Maillot se vuelven y ven detrás de sí a los versalleses, sus vecinos desde hace cerca de diez horas. Ningún centinela ha dado aviso de su presencia. Monteret hace desfilar a sus hombres por Ternes, carga uno de los cañones de la puerta Maillot, asesta su último golpe al enemigo, y escapa hacia Batignolles.

La columna Douai sube por la avenida hasta la barricada de delante del Arco de Triunfo, que ocupa sin lucha. Los federados tienen tiempo apenas de llevarse los cañones que debían dominar el Arco de Triunfo. Los soldados enfilan el muelle y se aventuran confiadamente por la silenciosa plaza de la Concordia. Súbitamente se ilumina la terraza de las Tullerías. Los versalleses, recibidos a bocajarro, pierden mucha gente y huyen hasta el Palais de l'Industrie.

Por la izquierda, los soldados ocupan el Elíseo abandonado, y por las calles Morny y Abbattucci desembocan en la plaza Saint-Augustin. Sus barricadas, esbozadas apenas, no pueden sostenerse, y a eso de las siete y media se instalan los versalleses en el cuartel de La Pépinière. Los federados establecen más atrás una segunda línea que corta el bulevar Malesherbes a la altura de la calle Boissy-d'Anglas.

A la izquierda de Douai, Clinchant y Ladmirault siguen avanzando, a lo largo de las fortificaciones. Los importantes parapetos de las puertas de Bineau, Courcelles, Asnières y Clichy, vueltos contra las fortificaciones, se hacen inútiles, y los versalleses ocupan Ternes

sin disparar un solo tiro. Al mismo tiempo, una de las divisiones de Clinchant rodea por la parte de afuera las fortificaciones. Los federados de servicio en Neuilly, Levallois-Perret y Saint-Ouen, se ven acribillados a balazos por la espalda. Es la primera noticia que tienen de la entrada de los versalleses. Muchos federados caen prisioneros. Otros consiguen entrar en París por las puertas de Bincau, Asnières y Clichy, sembrando en el distrito XVIII el pánico y los rumores de traición.

Toda la noche había estado sonando en Batignolles el toque de llamada, poniendo en pie a los sedentarios y a los niños. Un batallón de ingenieros se lanza al encuentro de los tiradores de Clinchant, y abre el fuego delante del parque Monceau y de la plaza Wagram; los guardias nacionales, engañados por sus pantalones rojos, lanzan sobre el batallón un fuego mortífero. El batallón se repliega y deja en descubierto al parque. Los versalleses ocupan éste y se lanzan a Batignolles. Allí les detienen las barricadas: por la izquierda, la que va desde la plaza Clichy hasta la calle Lévis; en el centro, las que se alzan en las calles Leboutoux, La Condamine y Dames. Por la derecha se fortifica La Fourche, posición rival de la plaza Clichy. Batignolles forma poco después una avanzada en Montmartre.

La fortaleza principal permanece muda. Diecisiete horas lleva asistiendo en silencio a la entrada de las tropas de Versalles. Por la mañana, las columnas de Douai y de Ladmirault, su artillería y sus furgones, se han encontrado y mezclado en la plaza del Trocadero; algunos obuses de Montmartre hubiesen cambiado esta confusión en derrota, y el menor fracaso a la entrada de las tropas hubiera sido para los versalleses un segundo 18 de marzo; pero los cañones de los cerros permanecen mudos.

Ochenta y cinco cañones, una veintena de ametralladoras yacen allí, sucios, en revuelta confusión. En estas ocho semanas, nadie ha pensado en ponerlos en línea. Abundan los proyectiles del 7, pero no hay cartuchos. En el Moulin de la Galette, sólo dos piezas del 24 están provistas de afustes; no hay parapetos, ni blindajes, ni plataformas. A las nueve de la mañana aún no han dis-

parado las tres piezas. Al primer disparo, la fuerza del retroceso hunde en tierra los afustes, que costó no poco tiempo poner en condiciones de nuevo. Por otra parte, estas tres piezas tienen ya muy pocas municiones. En cuanto a fortificaciones y fajinas, no se encuentran por ningún lado. Apenas si se empieza a levantar algunas barricadas en los bulevares exteriores. A las nueve, La Cécilia, enviado a Montmartre, encuentra la defensa en estas vergonzosas condiciones. Dirige varios partes al Hôtel-de-Ville, conjurando a los miembros de la Comuna a que acudan o, por lo menos, envíen refuerzos de hombres y municiones. Otro tanto ocurre en la orilla izquierda, en la Escuela Militar. Frente al parque de artillería, los versalleses maniobran en el Trocadero desde la una de la madrugada. Ni uno solo de los cañones de la Comuna les ha molestado.

Al rayar el día, la brigada Langourian avanza hacia los barracones del Campo de Marte, punto menos que vacíos, aunque otra cosa haya escrito Vinoy. No por eso dejan de ser incendiados por los obuses del Trocadero —el primer incendio de las jornadas de mayo, confesado por los mismos versalleses—. La Escuela Militar cae en sus manos.

El distrito VII se levanta. La gente alza barricadas en el muelle, frente a la Legión de Honor, en las calles Lille y Université y en el bulevar Saint-Germain, a la altura de la calle Solferino. Una docena de «bras-sardiers»¹ dirigidos por Durouchoux y Vrignault, bajan velozmente por la calle Balvis; el miembro de la Comuna, Sicard, y algunos federados más, los detienen frente a Petit-Saint-Thomas. Una bala derriba a Durouchoux; sus acólitos se lo llevan y aprovechan la ocasión para desaparecer. Las calles Beaune, Verneuil, Saints-Pères son acondicionadas para la defensa: en la Abbaye-au-Bois de la calle Sèvres se alza una barricada.

Por la derecha, los soldados de Cisse bajan, sin hallar obstáculo alguno, por la calle Vaugirard, hasta la

1. Civiles con brazalete tricolor, al servicio de Versalles dentro de París. La entrada de las tropas de Thiers armó a los que aún no habían sido armados por las conspiraciones. Véase, a este respecto, el capítulo 24.

avenida Maine; otra columna sigue a lo largo de la vía férrea, y llega a las seis y media a la estación de Montparnasse. Esta posición capital no está preparada como debiera. La defiende una veintena de hombres, escasos de cartuchos, que se repliegan hacia la calle Rennes, donde improvisan, bajo el fuego de las tropas, una barricada a la altura de la calle Vieux-Colombier. En su extrema derecha, Cissei ocupa la parte de Vanves y garantiza la línea del ferrocarril del Oeste.

En el Hôtel-de-Ville

Al retumbar del cañón, París se levanta y ve la proclama de Delescluze. Vuelven a cerrarse los almacenes, los bulevares siguen desiertos, la vieja insurrecta cobra su fisonomía de combate. Las estafetas corren a rienda suelta. Fragmentos de batallones llegan al Hôtel-de-Ville, donde se han concentrado el Comité Central, el de Artillería y todos los servicios militares.

A las nueve hay reunidos veinte miembros del Consejo. ¡Prodigio! Allí está Félix Pyat, que acaba de gritar: «¡A las armas!» en «Le Vengeur» de por la mañana. El hombre ha asumido sus ínfulas de patriarca. «¡Amigos míos, ha llegado nuestra última hora! ¡Oh, por mí no me importa! Blancos están mis cabellos, mi carrera ha terminado. ¿Qué fin más glorioso puedo esperar que el de la barricada? Pero cuando veo a mi alrededor tantas cabezas rubias, tiemblo por el porvenir de la Revolución.» Pide que se levante acta de los presentes, a fin de hacer constar debidamente quién estaba en su puesto; firma y, con los ojos húmedos, después de saludar a sus colegas, el viejo comediante corre a ocultarse en algún sótano, dejando atrás, con esta última cobardía, todas sus villanías pasadas.

Reunión estéril en la que no se hace más que cambiar noticias. Nadie se preocupa de dar un impulso, de dotar de un sistema a la defensa. Abandónase a los federados a su inspiración. En toda la última noche, ni Dombrowski, ni Guerra, ni el Hôtel-de-Ville han pensado en los batallones que están fuera. Ningún cuerpo

puede esperar nada que no surja de su propia iniciativa, de los recursos que sepa crearse, y de la inteligencia de sus jefes.

Pero si falta dirección, abundan, en cambio, las proclamas del Comité de Salud Pública. A mediodía anuncia: «¡Alcense los buenos ciudadanos! ¡A las barricadas! El enemigo está dentro de nuestros muros... ¡No haya vacilaciones! ¡Adelante por la Comuna y por la libertad! ¡A las armas!»

Una hora después:

«AL PUEBLO DE PARÍS:

El pueblo que destronó a los reyes, que destruyó las Bastillas, el pueblo del 89 y del 93, el pueblo de la revolución, no puede perder en un día el fruto de la emancipación del 18 de marzo.

¡A las armas, pues, a las armas!

Que París se erice de barricadas, y que, detrás de esas murallas improvisadas, lance otra vez a sus enemigos su grito de guerra, grito de orgullo, grito de desafío, pero también grito de victoria: porque París, con sus barricadas, es inexpugnable.

Hôtel de Ville, 2 pradiel, año 71.»

Palabras, nada más que palabras.

El lunes por la tarde

Mediodía. — El general Cissei ha invadido la explanada de los Inválidos, y sus soldados entran por la calle Grenelle-Saint-Germain; la Escuela de Estado Mayor da un respingo y los pone en fuga. Dos cañones fedrados enfilan la calle Université. Cuatro cañoneras, emboscadas bajo el Pont-Royal, guardan el río y cañonean el Trocadero. En el centro, en el distrito VIII, tirotean los versalleses. En Batignolles no avanzan; pero sus proyectiles dejan desierta la calle Lévis. Los fedrados pierden mucha gente en la calle Cardinet, donde se bate furiosamente un puñado de muchachos.

Malon y Paclard, que dirigen esta defensa, piden desde la mañana refuerzos a Montmartre. A eso de la una van a buscarlos ellos mismos. En el estado mayor nadie puede darles la menor indicación. Los federados vagan al azar por las calles o charlan entre sí, en pequeños grupos. Malon quiere llevárselos; ellos se niegan, reservándose, según dicen, para su distrito. Los cañones de los cerros están mudos. Faltos de municiones. El Hôtel-de-Ville no ha enviado más que palabras.

Hay, sin embargo, dos generales allí arriba: Cluseret y La Cécilia. El ex delegado pasea melancólicamente su soñolienta incapacidad. La Cécilia, desconocido en este barrio, se ve impotente.

Las dos. — El Hôtel-de-Ville ha recobrado su aspecto de marzo. El Comité de Salud Pública, a la derecha, y, a la izquierda, Guerra, se ven invadidos. El Comité Central multiplica sus órdenes y declama contra la incapacidad de los miembros de la Comuna; pero lo cierto es que tampoco él es capaz de formular una idea precisa. El Comité de Artillería sigue haciéndose un taco con sus cañones, no sabe a quién dar la razón, y niega frecuentemente piezas para las posiciones más importantes.

Los delegados del congreso de Lyon vienen a ofrecer su intervención. La antevíspera, Thiers los había despachado con cajas destempladas; ¿qué podían hacer ahora, después de la entrada de las tropas? Nada. El Comité de Salud Pública lo comprende así y los recibe fríamente. En el Hôtel-de-Ville son muchos los que creen en la victoria, y casi se regocijan de la entrada de los versalleses, a los que se aplastará más fácilmente de esta manera.

Empiezan a surgir barricadas. La de la calle Rivoli, que protegerá al Hôtel-de-Ville, se alza a la entrada del *square* Saint-Jacques, en la esquina de la calle Saint-Denis. Cincuenta obreros del oficio construyen la barricada, y algunos golfillos acarrearán la tierra del *square*. Esta obra, de varios metros de profundidad y seis de altura, con fosos, troneras, una avanzada, es tan sólida como la del reducto de Saint-Florentin, que tardó en hacerse varias semanas; fue terminada en po-

cas horas, ejemplo de lo que hubiera podido, para defender a París, un esfuerzo inteligente, realizado a tiempo. En el distrito IX, las calles Auber, Chaussée-d'Antin, Châteaudun, los cruces del barrio de Montmartre, de Notre-Dame-de-Lorette, de la Trinité, la calle Martyrs, levantan prontamente su adoquinado. Se atrincheran las principales bocacalles: La Chapelle, Buttes-Chaumont, Belleville, Ménilmontant, La Roquette, la Bastilla, los bulevares Voltaire y Richard-Lenoir, la plaza Châteaud'Eau, los grandes bulevares, sobre todo a partir de la puerta de Saint-Denis; en la orilla izquierda, el bulevar Saint-Michel en toda su longitud, el Panteón, la calle Saint-Jacques, Gobelins, y las principales avenidas del distrito XIII. Muchas de estas defensas no pasarán de un estado rudimentario.

El júbilo de Versalles

Mientras París se yergue aprestándose para la última lucha, Versalles está loco de contento. La Asamblea se ha reunido temprano. Thiers no ha querido dejar a ninguno de sus ministros la gloria de anunciar que en París se están matando. Su aparición en la tribuna es saludada frenéticamente. «¡La causa de la justicia, del orden, de la humanidad, de la civilización, ha triunfado! —grita el hombrecillo—. Los generales que han dirigido la entrada de las tropas en París son grandes hombres de guerra... La expiación va a ser completa. Se llevará a cabo en nombre de las leyes, por las leyes, con las leyes.» La Cámara comprende esta promesa de carnicería, y, por medio de una votación unánime, derecha, izquierda, centro, clericales, republicanos y monárquicos, decretan que el ejército versallés y el jefe del poder ejecutivo son beneméritos de la patria.

Se levanta la sesión. Los diputados corren a La Lanterne de Diogène, a Châtillon, al monte Valérien, a todas las alturas desde donde se puede, como desde un inmenso Coliseo, seguir sin peligro la degollina de París. Les acompaña la turbamulta de los desocupados, y en este camino de Versalles, diputados, cortesanas, muje-

res mundanas, periodistas, funcionarios, todos, encerrados por la misma histeria, ofrecen a los prusianos y a Francia entera el espectáculo de una saturnal bizantina.

Por la mañana, Thiers había teleografiado a Jules Favre: «Vuelvo de París, donde he visto terribles espectáculos. Venga, amigo mío, a compartir mi satisfacción.» Pudo ver, en efecto, algunas ejecuciones sumarias, lo que el vulgo llama matanzas de prisioneros. Ese día empezaron, y probablemente fue el cuartel Babylone el que inició la semana sangrienta. Dieciséis federados, apresados en la calle Bac, fueron fusilados en el patio.

A partir de las ocho, el ejército no avanza, fuera del distrito VIII, en que rodea la barricada de la embajada inglesa por la parte de los jardines. La línea del barrio Saint-Germain resiste de firme, desde el Sena hasta la estación de Montparnasse, que cañonean los federados.

Cae la noche

La noche amortigua la fusilería; el cañoneo continúa aún. Rojos fulgores se alzan de la calle Rivoli. Está ardiendo el ministerio de Hacienda. Todo el día ha estado recibiendo parte de los obuses destinados a la terraza de las Tullerías, y los papeles almacenados en sus guardillas se han quemado. Los bomberos de la Comuna han apagado, la primera vez, este incendio, que dificulta la defensa del reducto de Saint-Florentin; pero no tarda en prender de nuevo con mayores bríos, inextinguibles.

Comienzan entonces las noches trágicas que habrán de retumbar siete veces. El París de la revuelta está en pie. Algunos batallones bajan hasta el Hôtel-de-Ville, con banda y bandera roja al frente, doscientos hombres resueltos por cada batallón. Otros se forman en las calles principales; los oficiales recorren los frentes, distribuyen cartuchos; las cantineras trotan, orgullosas de correr los mismos peligros que los hombres. La primera impresión había sido terrible; la creencia general fue que las tropas estaban en el corazón mismo

de París. La lentitud de su avance rehízo la esperanza; acudieron todos los combatientes decididos. Se vio echarse el fusil al hombro a muchos de aquellos que habían señalado los errores sin ser escuchados. Pero en estos momentos no se trata de vanas recriminaciones. ¿Deben descender de su bandera los soldados por la ineptitud de los jefes? El París del 71 alza contra Versalles la Revolución social entera. Hay que estar con él o en contra suya, cualesquiera que sean las equivocaciones cometidas; los mismos que no tienen ninguna ilusión respecto al desenlace de la lucha, quieren servir a su causa inmortal, despreciando la muerte.

Las diez. — Una tropa de federados, excitadísima, viene trayendo a Dombrowski. El general, al que ha sido retirado el mando desde por la mañana, se había dirigido con sus oficiales a las vanguardias de Saint-Ouen. Al ver que su papel se había acabado, quería atravesar a caballo, por la noche, las líneas prusianas y ganar la frontera. Un comandante llamado Vaillant, que fue al día siguiente fusilado por traidor, sublevó a sus hombres contra el general. Conducido a presencia del Comité de Salud Pública, exclama como la víspera: «¡Dicen que he hecho traición!» Los miembros del Comité le tranquilizaron afectuosamente. Dombrowski salió, fue a comer con sus oficiales, y al final de la comida, sin decir palabra, estrechó la mano, uno por uno, a sus compañeros. Todos se dieron cuenta de que se haría matar.

Llegan al Hôtel-de-Ville mensajeros de todos los puntos donde se desarrolla la lucha. Un gran número de guardias y oficiales, encorvados sobre las mesas, expiden órdenes y despachos. Los patios se llenan de furgones, de carros; los caballos, enganchados al tiro, comen o duermen en los rincones. Llegan municiones, e inmediatamente vuelven a salir. Por ninguna parte se ven muestras de desaliento ni de inquietud; antes, por todos lados, una actividad casi alegre.

Las calles y los bulevares han recibido su iluminación reglamentaria, a no ser en los barrios invadidos. A la entrada del barrio de Montmartre, la luz cesa bruscamente; se abre como un enorme agujero negro. Esta oscuridad está bordeada de centinelas federados que

lanzan a intervalos su grito: «¡Pasad de largo!» Más allá, un silencio lleno de amenazas. Estas sombras que se mueven en la noche cobran formas gigantescas; es como si caminase uno a través de una pesadilla; los más valientes se sienten transidos de espanto.

Las barricadas

Hubo noches más clamorosas, más surcadas de centellas, más grandiosas, cuando el incendio y el cañoneo envolvieron por completo a París; ninguna entró más hondo ni más lúgubremente en las almas. La gente se busca en las tinieblas, habla bajo, cobra esperanza, se la da a los demás. En las encrucijadas se consultan para estudiar las posiciones; después, ¡al trabajo!, ¡adelante con el pico y los adoquines! Que se amontone la tierra; en ella se amortiguarán los obuses. Que los colchones arrojados desde las casas abriguen a los combatientes; nadie ha de dormir ya desde ahora. Que las piedras, a que el odio sirve de argamasa, se aprieten unas contra otras, como pechos de hombre en el campo de batalla. ¡Los versalleses han sorprendido a París sin defensa: que se encuentren mañana con Zaragoza y Moscú!

Requírese el auxilio de todo el que pasa: «¡Vamos, ciudadano, a echar una mano a la República!» En la Bastilla y en los bulevares interiores se encuentran a veces hormigueros de trabajadores; unos cavan la tierra, otros acarrear piedras. Los muchachos manejan picos y palas tan grandes como ellos. Las mujeres espolean a los hombres, los sustituyen. La delicada mano de las jóvenes levanta la dura azada, que cae con un ruido seco, haciendo saltar chispas. Hace falta una hora para descortezar seriamente el suelo; habrá que pasarse la noche trabajando.

En la plaza Blanche, escribía Maroteau en el «Salut Public» del día siguiente, «hay una barricada perfectamente construida y defendida por un batallón de mujeres, unas ciento veinte. En el momento en que llego, se destaca una forma negra del umbral de una puerta cochera. Es una joven con el gorro frío derribado so-

bre una oreja, el fusil en la mano, la cartuchera a los riñones: «¡Alto, ciudadano! ¡De aquí no pasa nadie!» El martes por la noche, en la barricada del *square* de Saint-Jacques y del bulevar Sébastopol, varias mujeres del barrio de La Halle trabajaron durante mucho tiempo, llenando de tierra sacos y cestas de mimbre.

Ya no son los reductos tradicionales, de una altura de dos pisos. La barricada improvisada en las jornadas de mayo se componen de unos cuantos adoquines y llega apenas a la altura de un hombre. Detrás, algunas veces, el cañón, o una ametralladora. En medio, sujeta entre dos piedras, la bandera roja; color de venganza. Grupos de veinte hombres, detrás de esos guñapos de fortificaciones, contuvieron el empuje de regimientos enteros.

Si la menor idea de conjunto hubiera dirigido este esfuerzo, si Montmartre y el Panteón hubieran cruzado sus fuegos, si el ejército versallés se hubiera encontrado con alguna explosión hábilmente dirigida, hubiera vuelto espaldas más que a prisa. Pero los federados, faltos de dirección y de todo conocimiento de la guerra, no vieron más allá de sus barrios y de sus propias calles. En lugar de doscientas barricadas estratégicas, solidarias, fáciles de defender con siete u ocho mil hombres, sembraron centenares de ellas, imposibles de guarnecer. El error general consistió en creer que el ataque vendría de frente, cuando los versalleses ejecutaron en todas partes movimientos envolventes.

Por la noche, la línea versallesa se extiende desde la estación de Batignolles hasta el extremo del ferrocarril del Oeste, en la orilla izquierda, pasando por la estación Saint-Lazare, el cuartel de La Pepinière, la embajada inglesa, el Palais de l'Industrie, el Cuerpo Legislativo, la calle Bourgogne, el bulevar de los Inválidos y la estación de Montparnasse.

Ante el invasor no hay más que unos embriones de barricadas. Con que rompa con un esfuerzo esta línea todavía tan débil, sorprenderá el centro, absolutamente desguarnecido. No se atreverán a hacerlo estos ciento treinta mil hombres. Jefes y soldados tuvieron miedo de París. Creyeron que las calles iban a entreabrirse, que las casas se derrumbarían sobre ellos. El mejor testi-

monio de esto es la fábula de los explosivos, de las minas puestas en las alcantarillas, imaginada más tarde para justificar su indecisión. El lunes por la noche, dueños de varios distritos, temblaban todavía de miedo ante una sorpresa terrible. Necesitaron toda la tranquilidad de la noche para darse cuenta de la extensión de su conquista y convencerse de que los Comités de defensa no habían previsto ni preparado nada.

CAPÍTULO XXX

Martes, 23. — Toma de Montmartre. — Las primeras matanzas en bloque. — Arde París. — La última noche del Hôtel-de-Ville.

Los defensores de las barricadas duermen sobre las piedras de éstas. Las avanzadas enemigas vigilan. En Batignolles, la guardia versallesa se apodera de un centinela. El federado grita con todas sus fuerzas: «¡Viva la Comuna!», y sus camaradas, advertidos, pueden ponerse en guardia. El centinela es fusilado inmediatamente.

A las dos de la mañana, La Cécilia, acompañado de Lefrançais, Vermorel y Johannard, miembros de la Comuna, y de los periodistas Alphonse Humbert y Maroteau, lleva a Batignolles un refuerzo de cien hombres. A los reproches que Malon le dirige por haber dejado al barrio sin auxilio todo el día, responde el general: «Es que no me obedecen.»

Las tres. — ¡En pie en las barricadas! ¡La Comuna no ha muerto! El aire fresco de la mañana baña los rostros fatigados y da nuevo pábulo a la esperanza. El cañoneo enemigo saluda en toda la línea el nacimiento del día. Los artilleros de la Comuna responden desde Montparnasse hasta los cerros de Montmartre, que parecen animarse un poco.

Ladmirault, punto menos que inmóvil la víspera, lanza sus hombres a lo largo de las fortificaciones, tomando por la espalda todas las puertas, desde Neuilly a Saint-Ouen. A su derecha, Clinchant ataca con el mismo movimiento las barricadas de Batignolles. La primera que cede es la calle Cardinet; después, las calles Nollet, Truffaut, La Condamine y la avenida baja de Clichy. De pronto se abre la puerta de Saint-Ouen, y vomita versalleses. Es la división Montaudon, que opera, desde la víspera, extramuros. Los prusianos le han cedido la zona neutra. Gracias a la ayuda de Bismarck,

Clinchant y Ladmirault van a aprisionar los cerros por los dos flancos.

Próximo a ser sitiado en la alcaldía del distrito XVII, Malon ordena la retirada hacia Montmartre. Hacia allí se dirige también un destacamento de veinticinco mujeres que acaban de ofrecerse, capitaneadas por las ciudadanas Dimitrieff y Louise Michel. Malon y sus amigos pueden escapar por una salida.

Clinchant sigue su camino y acaba por tropezar con la barricada de la plaza de Clichy. Para echar abajo estos adoquines amontonados de mala manera y detrás de los cuales luchan apenas cincuenta hombres, hace falta el esfuerzo combinado de los versalleses de la calle Saint-Pétersbourg y el de los tiradores del colegio de Chaptal. Los federados, como ya no tienen obuses, cargan sus cañones con piedras y asfalto; cuando se les ha agotado la pólvora, se repliegan hacia la calle Carrières. Ladmirault, dueño de la avenida Saint-Ouen, rodea la barricada por el cementerio de Montmartre. Una veintena de guardias se niegan a rendirse. Los versalleses los fusilan.

Más atrás, el cuartel de Epinettes lucha algún tiempo todavía. Poco a poco cesa toda resistencia, y, a eso de las nueve, Batignolles pertenece al ejército.

El Hôtel-de-Ville no sabe nada del avance de las tropas, cuando Vermorel va allí a buscar municiones para Montmartre. Vuelve atrás con algunos furgones, y no consigue llegar al cerro, sitiado ya por los versalleses.

Toma de Montmartre

Dueños de Batignolles, les basta alargar la mano para apoderarse de Montmartre. El cerro parece muerto. Se ha extendido en él el pánico durante la noche. Han ido aclarándose las filas de los batallones, hasta que éstos se han desvanecido. El jefe de la 18.^a legión, Millière, homónimo del diputado, es incapaz de una iniciativa vigorosa. Individuos a quienes se vio horas más tarde en las filas del ejército, siembran noticias falsas, de-

tienen a cada instante a jefes civiles o militares, so pretexto de que son traidores. No más que un centenar de hombres guarnece la vertiente norte. Durante la noche han empezado a construirse, sin ningún entusiasmo, algunas barricadas; únicamente las mujeres dieron pruebas de ardor.

Cluseret se ha evaporado, como de costumbre. A pesar de sus despachos y de las promesas del Hôtel-de-Ville. La Cécilia no ha recibido refuerzos ni municiones. A las nueve ya no se oye el cañón del cerro. Los artilleros se han ido. Los fugitivos de Batignolles, que llegan a las diez, no traen consigo más que el pánico. Pueden presentarse los versalleses: no hay arriba de doscientos combatientes para recibirlos.

Mac-Mahon, a todo esto, no se atreve a intentar el asalto más que con sus mejores tropas; tan temible es la fama de Montmartre. Dos nutridos destacamentos lo asaltan por las calles Lepic y Marcadet y por la calzada Clignancourt. De vez en cuando salen disparos de alguna casa. Inmediatamente se detienen las columnas y comienza el cerco en regla. Estos millares de hombres que rodean totalmente a Montmartre, secundados por la artillería instalada en el terraplén del reducto, tardan tres horas en tomar unos posiciones defendidas sin método alguno por unas cuantas docenas de tiradores.

A las once, los versalleses toman el cementerio. En las inmediaciones de éste hay algunos tiroteos. Los escasos combatientes que se obstinan en hacer frente a los asaltantes caen muertos o se repliegan, desalentados por el aislamiento en que se ven. Los versalleses escalan el cerro por todas las laderas, se instalan a mediodía en el Moulin de la Galette, bajan a la alcaldía, a la plaza Saint-Pierre y ocupan sin la menor resistencia todo el distrito XVIII.

Así fue abandonada, sin lucha, sin una protesta de desesperación siquiera, esta altura inexpugnable desde donde unos centenares de hombres resueltos hubieran podido tener en jaque a todo el ejército de Versalles y obligar a la Asamblea a una transacción. Por dos veces,

en este siglo, este bastión defraudó las esperanzas de París.

Matanzas en masa

Apenas instalado en Montmartre, el estado mayor versallés dio comienzo a los holocaustos ofrecidos a los manes de Lecomte y de Clément Thomas. Cuarenta y dos hombres, tres mujeres y cuatro niños, cogidos al azar, son conducidos al número 6 de la calle Rosiers, obligados a doblar las rodillas, con la cabeza descubierta, ante el muro al pie del cual fueron ejecutados los generales el 18 de marzo. Después de esto, los matan. Una mujer que tiene a su hijo en brazos se niega a arrodillarse, grita a sus compañeros: «¡Haced ver a estos miserables que sabéis morir en pie!»

Esos sacrificios continuaron en los días siguientes. Cada hornada de prisioneros se estacionaba primero ante el muro acribillado a balazos. Se les fusilaba en seguida a dos pasos de allí, en la falda del cerro que domina el camino de Saint-Denis.

Batignolles y Montmartre vieron las primeras matanzas en masa. Junio del 48 había tenido sus fusilamientos sumarios de insurrectos apresados en las barricadas. Mayo del 71 conoció las carnicerías al antojo del soldado. El martes, mucho antes de los incendios, los versalleses fusilaban a todo el que encontraban en el *square* Batignolles, en la plaza del Hôtel-de-Ville, en la puerta de Clichy. El parque Monceau es el principal matadero del distrito XVIII. En Montmartre, la matanza se centraliza en el cerro, en el Elíseo —cada uno de cuyos escalones está hecho de cadáveres—, y en los bulevares exteriores.

A dos pasos de Montmartre se ignora la catástrofe. En la plaza Blanche, la barricada de las mujeres se sostiene algún tiempo contra los soldados de Clinchant. En seguida se repliegan a la barricada de Pigalle, que cae a eso de las dos. Su jefe es conducido a presencia de un comandante versallés: «¿Quién eres?, le dice. —Lévêque, albañil, miembro del Comité Central—. ¡Ah,

con que son los albañiles los que quieren mandar ahora?», responde el versallés, disparándole el revólver en plena cara.

La orilla izquierda

La resistencia es más afortunada en la otra orilla del Sena. Varlin contiene a los versalleses en la encrucijada de la Croix-Rouge, que será célebre en la defensa de París. Las calles que desembocan en este punto han sido atrincheradas, y esta plaza de armas no será abandonada hasta que el incendio y los obuses hayan hecho de ella un montón de ruinas. En las orillas del río, en las calles Université, Saint-Dominique y Grenelle, los batallones 67, 135, 138 y 147, sostenidos por los *Enfants perdus* y los *Tirailleurs*, resisten obstinadamente. En la calle Rennes y en los bulevares vecinos se obstinan en vano los versalleses. La calle Vavin, donde la resistencia es maravillosa, retrasará por espacio de dos días la invasión del Luxembourg.

Estamos menos seguros en la extrema izquierda. Los versalleses han sitiado desde la mañana el cementerio de Montparnasse, defendido por un puñado de hombres. Cerca del restaurante Richefeu, los federados han dejado acercarse al enemigo, descubriendo a bocajarro las ametralladoras. Es inútil. Los versalleses, numerosos, se apoderan de los federados. Desde aquí, rasando las fortificaciones del distrito XIV, llegan a la plaza Saint-Pierre. Las fortificaciones de la avenida de Italia y de la carretera de Châtillon, preparadas con mucha anterioridad —siempre contra las fortificaciones— son tomadas por la espalda, por la calzada del Maine; la defensa de la encrucijada de Quatre-Chemins se concentra en torno a la iglesia. Desde lo alto del campanario, una docena de federados de Montrouge apoyan la barricada que corta en sus dos tercios la calzada del Maine. Treinta hombres la defienden por espacio de varias horas. Se les acaban los cartuchos, y la bandera tricolor es izada en la alcaldía a la misma hora en que domina el cerro de Montmartre. A partir de ese momen-

to está expedito el camino hasta la plaza Enfer. Hasta allí llegan los versalleses, después de haber sufrido el fuego del Observatoire, donde se han agrupado algunos federados.

Más allá de estas líneas, ya franqueadas, se alzan otras defensas, gracias a Wroblewski. La víspera, al recibir la orden de evacuar los fuertes, respondió: «¿Es un error o una traición? De ningún modo los evacuaré.» Tomado Montmartre, el general fue a pedir a Delescluze que llevase la lucha a la orilla izquierda. El Sena, los fuertes, el Panteón, la Bièvre, formaban, a su juicio, un reducto seguro, quedando el campo libre para la retirada. Su concepción hubiera sido acertada tratándose de tropas regulares; pero no se desplaza militarmente el corazón de una insurrección, y los federados se obstinaban cada vez más en conservar sus barrios.

Wroblewski se volvió a su cuartel general, reunió a los comandantes de los fuertes, prescribió las disposiciones para la defensa, y volvió a tomar el mando de la orilla izquierda, que le concedían los decretos anteriores. Cuando envió órdenes al Panteón, le contestaron que allí quien mandaba era Lisbonne. Wroblewski, sin desalentarse, puso en estado de defensa el radio que le quedaba. Instaló en Butte-aux-Cailles —posición dominante situada entre el Panteón y los fuertes— una batería de ocho piezas y dos de a cuatro, fortificó los bulevares Italie, Hôpital, Gare, estableció su cuartel general en la alcaldía de Gobelins, y sus reservas en la plaza Italie, en la plaza Jeanne-d'Arc, y en Bercy.

En el otro extremo de París, los distritos XIX y XX preparaban su defensa. El esforzado Passedouet ha sustituido a Du Bisson, que aún se atrevía a presentarse como jefe de legión de La Villette. Se atrincheran la calle ancha de La Chapelle, detrás del ferrocarril de Estrasburgo, las calles Aubervilliers, Flandre, y el canal, hasta formar cinco líneas de defensa protegidas en los flancos por los bulevares y las fortificaciones; montan un cañón en la calle Riquet, en la fábrica de gas. Arrástranse a brazo algunas piezas de sitio hasta el cerro de Chaumont; otras, hasta la calle Puebla. Sube otra batería al Père-Lachaise, y cubre a París con su estruendo.

Un París desierto y mudo. Como la víspera, los almacenes están cerrados. Las calles, blancas de sol, se extienden desiertas y amenazadoras. Las estafetas a rienda suelta, los galopes de la artillería que se desplaza, los combatientes en marcha, son los únicos que interrumpen la soledad. Agudos gritos atraviesan el silencio: «¡Abrid las contraventanas, levantad las persianas!» Por encima de las ventanas falsas se pone una señal, después de comprobada la ausencia. Dos periódicos, «Tribun du Peuple» y «Salut Public», han salido, a pesar de los obuses versalleses que caen sobre la imprenta de la calle Aboukir.

Proclamas

En el Hôtel-de-Ville, algunos hombres hacen lo que pueden para atender a las necesidades del momento. Ante todo hay que alimentar a los combatientes. El Comité envía a buscar 500.000 francos al Banco, que se apresura a darlos; millones daría. Un decreto autoriza a los jefes de barricada a requisar los víveres y útiles necesarios. Otro condena al incendio a toda casa desde la que se dispare contra los federados. El Comité de Salud Pública fija un llamamiento «a los soldados del ejército de Versalles»:

«El pueblo de París no creará nunca que podáis dirigir vuestras armas contra él cuando su pecho toque a los vuestros; vuestras manos retrocederán ante un acto que sería un verdadero fratricidio.»

«Sois proletarios como nosotros... Lo que hicisteis el 18 de marzo volveréis a hacerlo... Venid a nosotros, hermanos; venid a nosotros, nuestros brazos están abiertos.»

El Comité Central, por su parte: «Somos padres de familia. Vosotros lo seréis un día. Si hoy disparáis contra el pueblo, vuestros hijos os maldecirán como nosotros maldecimos a los soldados que desgarraron las entrañas del pueblo en junio de 1848 y en diciembre de 1851. Hace dos meses, vuestros hermanos fraternizaron con el pueblo; ¡imitadlos!» Pueril ilusión, aunque

harto generosa. En este respecto, el pueblo de París pensaba como sus mandatarios. A pesar de los furiosos de la Asamblea, de los fusilamientos de heridos, de los tratamientos infligidos a los prisioneros desde hacía seis semanas, los trabajadores no querían admitir que unos hijos del pueblo pudiesen «desgarrar las entrañas» de este París que combatía por libertarlos.

A las tres, Bonvalet y otros de la Liga de los Derechos de París se presentan en el Hôtel-de-Ville, donde les reciben los miembros de la Comuna y del Comité de Salud Pública. Se quejan, gimoteando, de esta lucha, proponen interceder como lo hicieron tan felizmente durante el sitio, y llevar a Thiers la expresión de su dolor. Además, se ponen a disposición del Hôtel-de-Ville. «¡Perfectamente! —les responden—. Cojan ustedes un fusil, y ¡a las barricadas!» Ante este argumento directo, la Liga se repliega hacia el Comité Central, que tiene el candor de darle oídos.

¡Se trata nada menos que de entablar negociaciones en plena batalla! Los versalleses, prosiguiendo sus éxitos de Montmartre, van en esos momentos al bulevar Ornano y a la estación del Norte. A las dos, las barricadas de la calzada de Clignancourt son abandonadas. En la calle Myrrha, Dombrowski cae muerto al lado de Vermorel. Por la mañana le había dicho Delescluze que hiciese lo que pudiera por la parte de Montmartre. Sin esperanzas, sin soldados, sospechoso desde la entrada de los versalleses, a Dombrowski sólo le queda morir. Expira, dos horas más tarde, en el hospital Lariboisière. Su cuerpo es llevado al Hôtel-de-Ville; las barricadas por donde pasa presentan armas.

Clinchant, libre por la izquierda, apunta al distrito IX. Una columna baja por las calles Fontaine-Saint-Georges y Notre-Dame-de-Lorette, y hace un alto forzoso en el cruce. La otra cañonea al colegio Rollin, antes de embocar por la calle Trudaine, donde habrá de verse detenida hasta la noche.

Más al centro, en el bulevar Haussmann, Douai acosa la barricada de los almacenes Printemps. Desaloja a cañonazos a los federados de la iglesia de la Trinité, monta en el pórtico cinco piezas contra la importante

barricada que cierra la calzada de Antin, a la entrada del bulevar. Un destacamento entra por las calles Châteaudun y Lafayette. En el cruce de Montmartre, una barricada de un metro de alto, defendida por diez hombres, lo detiene hasta que llega la noche.

La derecha de Douai sigue siendo impotente contra la calle Royale. Desde hace dos días, Brunel sostiene en este lugar una lucha que sólo tendrá par con las de Butte-aux-Cailles, la Bastilla y Château-d'Eau. Los obuses acribillan el bulevar Malesherbes. La principal barricada que corta al sesgo la calle es dominada por las casas de la izquierda, desde las cuales diezman a los federados los versalleses. Brunel, que se da perfecta cuenta de la importancia del puesto que le ha sido encomendado, da orden de pegar fuego a las mortíferas casas. Un federado que le ha obedecido recibe una bala en un ojo y viene a morir cerca de su jefe, diciendo: «Pago con la vida la orden que me ha dado usted. ¡Viva la Comuna!» Las casas comprendidas entre el número 13 y el barrio de Saint-Honoré son pasto de las llamas. Con esto se detuvieron los versalleses.

A la izquierda de Brunel, la terraza de las Tullerías, denodadamente ocupada desde el día antes, secunda su resistencia. Sesenta piezas de artillería montadas en Quai d'Orsay, en Passy, en el Campo de Marte, en la barrera de l'Etoile, hacen converger sus fuegos sobre esta terraza y sobre la barricada de Saint-Florentin. Una docena de piezas federadas hacen frente al diluvio. La plaza de la Concordia, cogida en medio de estos fuegos cruzados, se llena de restos de fuentes, de farolas, de estatuas. La de Lille queda decapitada; la de Strasbourg, acribillada por los proyectiles.

En la orilla izquierda, los versalleses avanzan casa a casa. Los habitantes del barrio los apoyan y disparan sobre los federados, parapetados detrás de sus persianas. Los federados, a su vez, fuerzan e incendian las casas traidoras. Los obuses versalleses comenzaron el incendio; el resto del barrio no tardó en ser pasto de las llamas. Las tropas siguen ganando terreno, ocupan el ministerio de la Guerra, la dirección de Telégrafos, llegan al cuartel de Bellechasse y a la calle Université.

Sus obuses destrozan las barricadas del muelle y de la calle Bac. Al batallón federado que ocupa desde hace dos días la Legión de Honor no le queda más retirada posible que acogerse a los muelles. A las cinco evacúa esta capilla, después de haberla incendiado.

A las seis sucumbe la barricada de la calzada de Antin. El enemigo, avanzando por las calles laterales, ha ocupado la nueva Ópera, enteramente desguarnecida. Desde lo alto de los tejados, los fusileros de marina han dominado la barricada. En lugar de imitarles, de ocupar las casas, los federados, allí como en todas partes, se empeñaron en atrincherarse detrás de los adoquines.

A las ocho cede la barricada de la calle Neuve-des-Capucines, en la desembocadura del bulevar, bajo el fuego de las cuatro piezas instaladas en la calle Caumartin; los versalleses están llegando a la plaza Vendôme, que defiende todavía el coronel Spinoy.

Balance de la jornada

El ejército ha hecho decisivos progresos en todos los puntos. La línea versallesa, que parte de la estación del Norte, sigue por las calles Rochechouart, Cadet, Drouot, cuya alcaldía está tomada, por el bulevar Italiens, irrumpe en la plaza Vendôme y en la de la Concordia, da un rodeo por la calle Bac, para llegar a la Abbaye-au-Bois, al bulevar Enfer, y acaba en el bastión 81. La plaza de la Concordia y la calle Royale, rodeadas por el flanco, avanzan como un cabo en medio de las rompientes. Ladmirault hace frente a La Villette; a su derecha, Clinchant ocupa el distrito IX; Douai se presenta en la plaza Vendôme; Vinoy se da la mano con Cisse, que opera en la orilla izquierda. En este momento, los federados ocupan apenas la mitad de París.

El resto pertenece a la matanza. Todavía se lucha en el extremo de una calle, cuando ya es entregada al saqueo la parte conquistada. Desgraciado del que posea un arma, un uniforme o esos zapatones que tantos parisienses calzan desde el sitio; desgraciado del que se

azore; desgraciado del que sea denunciado por un enemigo político o personal. Se lo llevan. Cada cuerpo tiene su verdugo en jefe, el preboste, instalado en el cuartel general; para apresurar la labor hay prebostes suplementarios en las calles. Allí llevan a la víctima, que es fusilada inmediatamente. El furor del soldado, guiado por los hombres de orden que salen a luz en cuanto ha sido ocupado cada barrio, sirve a los odios, liquida las deudas. El robo sigue a la matanza. Las tiendas de los comerciantes que han servido a la Comuna o que son acusados de ello por sus competidores, son saqueadas. Los soldados destrozan los muelles, se llevan los objetos preciosos. Alhajas, vinos, licores, comestibles, ropa blanca, artículos de perfumería, todo desaparece en sus mochilas.

Cuando Thiers se enteró de la caída de Montmartre, creyó terminada la batalla, y así lo telegrafió a los prefectos. Desde hacía seis semanas no se cansaba de decir que los insurrectos huirían una vez franqueadas las fortificaciones; pero París, contra todas las costumbres de los hombres de Sedan, de Metz y de la Defensa, se defendía calle por calle y ardía antes que rendirse.

Con la noche se alza un resplandor cegador. Arden las Tullerías, la Legión de Honor, el Consejo de Estado, el Tribunal de Cuentas. Formidables detonaciones parten del palacio de los reyes, donde se derrumban los muros, se desploman las vastas cúpulas. Las llamas, perezosas unas veces, otras veloces como dardos, surgen de cien ventanas. El rojo torrente del Sena refleja los monumentos y duplica el incendio. Atizadas por un soplo del este, las llamas irritadas se alzan contra Versalles y dicen al vencedor de París que ya no encontrará allí su sitio, y que estos monumentos monárquicos no volverán a dar albergue a ninguna monarquía. La calle Bac, la calle Lille, la Croix-Rouge lanzan al aire luminosas columnas. De la calle Royale a Saint-Sulpice, todo es un muro de fuego que el Sena cruza. Torbellinos de humo ocultan todo el oeste de París, y las espirales inflamadas que se alzan de las hogueras vuelven a caer como lluvia de centellas sobre los barrios vecinos.

Las once. — El Hôtel-de-Ville. Los centinelas, colocados en puestos muy avanzados, atajan toda sorpresa. De vez en cuando, una luz agujerea la oscuridad. En varias barricadas hay antorchas y fuegos de vivaques. La del *square* Saint-Jacques, frente al bulevar de Sébastopol, reforzada con árboles abatidos cuyas ramas agita el viento, habla y se agita en la temible oscuridad.

La fachada de la Casa Común palidece con un reflejo de llamas lejanas. Las estatuas, que los reflejos cambian de lugar, se mueven en su marco. El barullo ensordece los patios interiores. Las carretas, los ómnibus cargados de municiones, se trasladan a la alcaldía del distrito XI. Ruedan estrepitosamente bajo las estrechas bóvedas. Llegan heridos. La vida y la muerte, el estertor y la risa de la lucha chocan entre sí en las escaleras.

Los pasillos inferiores están repletos de guardias nacionales envueltos en sus mantas. Los heridos gimen y lloran por un poco de agua; de las camillas arrimadas a los muros gotean regueros de sangre. Traen a un comandante que ya no tiene faz humana; una bala le ha agujereado la mejilla, le ha arrancado los labios, le ha saltado los dientes. Incapaz de articular un sonido, este valiente agita una bandera roja, para intimar a los que descansan a que vayan a sustituirle en el combate.

En la sala de Valentine Haussmann, Dombrowski está tendido en un lecho de raso azul. Una bujía deja caer su media luz sobre el heroico soldado. El rostro, de una palidez de nieve, está tranquilo; tiene una nariz de fino trazo, la boca es delicada; su barbita rubia se alza en punta. Dos edecanes, sentados en los rincones oscuros, le velan en silencio. Otro esboza a toda prisa los últimos rasgos de su general.

En la doble escalera de mármol que conduce a los departamentos oficiales hay un continuo ir y venir de guardias nacionales. Los centinelas se las ven y desean para impedir que la gente llene el gabinete del delegado. Delescluze firma órdenes, pálido, mudo como un es-

pectro. Las congojas de estos últimos días le han sorbido lo que le quedaba de vida. Su voz ya no es más que un soplo ronco. Sólo la mirada y el corazón viven aún.

Dos o tres oficiales dotados de sangre fría redactan órdenes, sellan, expiden despachos. Un sinnúmero de oficiales y guardias rodean la mesa. Ningún discurso; algunas conversaciones por grupos. Si ha palidecido la esperanza, la resolución no ha disminuido.

¿Quiénes son esos oficiales que se han despojado de su uniforme, esos miembros de la Comuna, esos funcionarios que se han afeitado la barba? ¿Qué vienen a hacer aquí, entre los valientes? Ranvier, que encuentra disfrazados de esta suerte a dos de sus colegas de los más empenachados durante el sitio, los amenaza con hacerlos fusilar si no se van inmediatamente a sus distritos.

No estaría de más un buen escarmiento. La disciplina decae de hora en hora. El Comité Central, que se cree investido del poder por la abdicación del Consejo, ha lanzado un manifiesto en que pone condiciones: disolución de la Asamblea y de la Comuna; el ejército saldrá de París; el gobierno será provisionalmente confiado a los delegados de las grandes ciudades, que harán elegir una Constituyente; amnistía recíproca. —Un ultimátum de vencedor. Este sueño fue pegado en algunas paredes, y vino a añadir un nuevo trastorno a la resistencia.

De vez en cuando se alza algún clamoreo en la plaza; están fusilando a un espía contra la barricada de la avenida Victoria. Algunos, llenos de audacia, entran en los consejos más íntimos. Esa noche, en el Hôtel-de-Ville, que ha enviado a Bergeret autorización verbal para incendiar las Tullerías, se presenta un individuo reclamando esa orden por escrito. Aún está hablando cuando entra el propio Bergeret. «¿Quién le ha enviado a usted? —dice al personaje. «—Bergeret.» «—¿Dónde le ha visto usted?» «—Ahí al lado, hace un instante.»

Chaudey, fusilado

Esa misma noche, hacia las dos, Raoul Rigault, sin más órdenes que su voluntad y sin consultar a ninguno de sus colegas, se encaminó a la prisión de Sainte-Pelagie, dirigida por el hermano de Ravier, víctima de una exaltación febril y que se ahorcó de allí a dos días. Raoul Rigault pretendió haber recibido órdenes, hizo que le trajesen a Chaudey y le comunicó que iba a morir. Chaudey no podía creerlo; recordó su pasado republicano, socialista. Rigault le echó en cara el fuego de fusilería del 22 de enero. Chaudey juró que él era inocente. En aquel momento, sin embargo, era la única autoridad del Hôtel-de-Ville. Sus protestas se estrellaron contra la resolución tomada hacía tiempo por Rigault, que se acordaba de su amigo Sapia, muerto a su lado. Conducido al camino de ronda, Chaudey fue pasado por las armas, en unión de tres gendarmes apresados el 18 de marzo. Después del 31 de octubre, Chaudey había dicho a Fevré y a unos partidarios de la Comuna que pedían la libertad de Louise Michel y de sus amigos: «Los más fuertes fusilarán a los otros.» Quizá fuese esta misma frase lo que le mató.

CAPÍTULO XXXI

Miércoles, 24. — Los miembros de la Comuna evacúan el Hôtel-de-Ville. — Toma del Panteón. — Los versalleses fusilan a los parisienses en masa. — Los federados fusilan a seis rehenes. — La noche del cañón.

«Nuestros valientes soldados se conducen de un modo digno de la más alta estima, de la máxima admiración del extranjero.»

Thiers a la Asamblea Nacional, 24 de mayo de 1871.

«La dificultad social está resuelta o en vías de solución.»

«Le Siècle», 21 de mayo.

Los defensores de las barricadas, sin refuerzos ya y sin municiones, se quedan, además, sin víveres, exclusivamente abandonados a los recursos del barrio. Muchos de ellos, extenuados, van en busca de algún alimento. Sus camaradas, viendo que no vuelven, se desesperan; los jefes de las barricadas se esfuerzan por contenerlos.

A las nueve de la noche recibió Brunel orden de evacuar la calle Royale. Insiste en sostenerse en ella. A media noche, el Comité Central le reitera la orden de replegarse. Forzado a abandonar el puesto que tan bien ha defendido durante dos días, Brunel evacúa primero sus heridos, después sus cañones, por la calle Saint-Florentin. Siguen los federados; a la altura de la calle Castiglione son asaltados por un tiroteo.

Los versalleses, dueños de la calle Paix y de la calle Neuve-des-Capucines, habían invadido la plaza Vendôme, completamente desierta, y, por el hotel del Rhin, habían rodcado la barricada de la calle Castiglione. Los federados de Brunel abandonan la calle Rivoli, fuerzan las rejas del jardín de las Tullerías, siguen adelante por los muelles, y así llegan al Hôtel-de-Ville. El enemigo no se atrevió a perseguirlos, y únicamente

al amanecer ocupó el ministerio de Marina, abandonado desde hacía tiempo.

El cañón enmudece durante el resto de la noche. El Hôtel-de-Ville ha perdido su animación. Los federados duermen; en las oficinas, los miembros de los comités y los oficiales se toman algunos minutos de descanso. A las tres, un oficial de estado mayor llega de Notre Dame, ocupada por un destacamento de federados que han hecho una hoguera con las sillas y los bancos. Viene a decir al Comité de Salud Pública que el Hôtel-Dieu contiene ochocientos enfermos, a quienes seguramente alcanzaría un incendio; el Comité da orden de evacuar la catedral, con objeto de evitar que pueda pasarles nada a aquellos desgraciados; en los días siguientes, ningún obús federado cayó en Notre Dame.

El sol sustituye la luz de los incendios. El día radiante nace sin un rayo de esperanza para la Comuna. París no tiene ya ala derecha. Su centro está roto. La ofensiva es imposible. Ya no lucha; lo que hace es debatirse.

Los versalleses aprietan de firme, desde muy temprano, por todas partes; en el Louvre, en el Palais-Royal, en el Banco, en la Caja de Descuentos, en el *square* Montholon, en el bulevar Ornano, en la línea del ferrocarril del Norte. A las cuatro cañonean el Palais-Royal, que los federados cercan con su tiroteo. Sobre las siete están en el Banco, en la plaza de la Bolsa, y bajan hacia Saint-Eustache, donde la resistencia es muy viva. También aquí los niños ayudan a los hombres. Cuando los federados fueron rodeados y muertos allí mismo, esos niños tuvieron el honor de no ser exceptuados.

En la orilla izquierda, las tropas suben con grandes trabajos por los muelles y por toda la parte del distrito VI que bordea el Sena. En el centro, la barricada de Croix-Rouge ha sido evacuada durante la noche, como la de la calle Rennes, que han defendido treinta hombres por espacio de dos días. Los versalleses pueden entrar por las calles Assas y Notre-Dame-des-Champs. Por la extrema derecha llegan a Val-de-Grâce y avanzan contra el Panteón.

Evacuación del Hôtel-de-Ville

A las ocho, una quincena de miembros de la Comuna, reunidos en el Hôtel-de-Ville, deciden desalojar éste. Sólo dos de ellos protestan. El tercer distrito, cortado por calles estrechas, bien atrincheradas, cubre perfectamente el flanco del Hôtel-de-Ville, que desafía todo ataque de frente y del lado de los muelles. En estas condiciones de defensa, replegarse es tanto como huir, despojar al Comité de Salud Pública de la poca autoridad que le queda. Pero, como la antevíspera, nadie sabe poner en orden dos ideas. Se teme todo porque no se sabe ver nada. El comandante del Palais-Royal ha recibido ya orden de evacuar el edificio después de prenderle fuego. Protestó, declaró que aún podía sostenerse. Le reiteran la orden. Tal es el azoramiento, que un miembro propone la retirada a Belleville. Tanto valdría abandonar inmediatamente Château-d'Eau y la Bastilla. Como de costumbre, están dejando pasar el tiempo en balde. El gobernador del Hôtel-de-Ville, Pindy, pasea de un lado para otro, impacientado por estas charlas.

Hacia las diez se alzan llamas de la torre. Una hora después, el Hôtel-de-Ville es un brasero. La vieja casa, testigo de tantos perjuros, la casa en que el pueblo instaló tantas veces los mismos poderes que le ametrallaron, cruje y se viene abajo con su verdadero dueño. Al estruendo de los pabellones que se derrumban, de las bóvedas y chimeneas que se desploman, de las sordas detonaciones y del retumbar de las explosiones, se mezcla la seca voz de los cañones de la barricada de Saint-Jacques, que domina la calle Rivoli.

El departamento de Guerra y los servicios se encaminan por los muelles hacia la alcaldía del XI. Delescluze ha protestado contra el abandono del Hôtel-de-Ville, y predice que esa retirada desalentará a muchos combatientes.

Al día siguiente fue desalojada la Imprenta nacional, en que apareció por última vez el día 24 el «Journal officiel» de la Comuna. Como todo *officiel* que se respete, está retrasado en un día. Contiene las proclamas de la

antevispera y algunos detalles sobre la batalla, que no van más allá del martes por la mañana.

Beaufort, fusilado

El abandono del Hôtel-de-Ville parte en dos la defensa, aumenta la dificultad de las comunicaciones. Los oficiales de estado mayor que no han desaparecido llegan con grandes dificultades al nuevo cuartel general. Son detenidos en las barricadas, obligados a acurrucarse en los adoquines. Si enseñan sus despachos, invocando la urgencia, se les responde: «¡Hoy ya no hay galones!» La cólera que inspiran desde hace tiempo estalla esa misma mañana. En la calle Sedaine, cerca de la plaza Voltaire, un joven oficial del estado mayor general, el conde de Beaufort, es reconocido por dos guardias del batallón 166, a los que amenazó días antes en el ministerio de la Guerra. Detenido por violación de la consigna, Beaufort había anunciado que iba a hacer una limpieza en el batallón, y éste perdió sesenta hombres la víspera, cerca de la Madeleine. Detenido y llevado a presencia de un consejo de guerra que se instala no lejos de la alcaldía, en una tienda del bulevar Voltaire, Beaufort presenta su hoja de servicios en Neuilly, en Issy, y tales certificados, que se retira la acusación contra él. Sin embargo, los jefes deciden que preste servicio como simple guardia en el batallón. Algunos de los presentes intervienen en favor suyo y hacen que se le nombre capitán. Sale triunfante. La multitud, que no conocía sus explicaciones, protesta al verle en libertad; un guardia se abalanza sobre él. Beaufort comete la imprudencia de sacar su revólver. Inmediatamente le echan mano y lo arrastran de nuevo a la tienda. El jefe del estado mayor no se atreve a acudir en auxilio de su oficial. Acude Delescluze, pide una prórroga, dice que Beaufort será juzgado. La gente no quiere oír nada. No hay más remedio que ceder, para evitar una lucha espantosa. Beaufort, conducido a un terreno situado a espaldas de la alcaldía, es pasado por las armas.

Probablemente, como más adelante se verá, estaba complicado en las conspiraciones.¹

Funerales de Dombrowski

A dos pasos de allí, en el Père-Lachaise, el cuerpo de Dombrowski recibe los últimos honores. Lo habían transportado al cementerio durante la noche, y en el trayecto, en la Bastilla, se produjo una conmovedora escena. Los federados de estas barricadas detuvieron el cortejo y colocaron el cuerpo al pie de la columna de Julio. Varios hombres, con antorchas en la mano, formaron en torno suyo una capilla ardiente, y los federados vinieron uno tras otro a depositar un beso en la frente del general. Durante el desfile batían los tambores en los campos. El cuerpo, envuelto en una bandera roja, es confiado ahora al ataúd. Vermorel, el hermano del general, sus oficiales y doscientos guardias aproximadamente, están en pie con la cabeza descubierta: «¡Vedle —exclama Vermorel—, el que acusaban de traición! Ha sido uno de los primeros que ha dado su vida por la Comuna. ¿Y nosotros, qué hacemos en lugar de imitarle?» Continúa fustigando las cobardías y los pánicos. Su palabra, embrollada de ordinario, fluye, caldeada por la pasión, como un arroyo de metal fundido: «¡Juremos no salir de aquí más que para morir!» Esta fue su última palabra; y la cumplió. Los cañones, a dos pasos, cubrían su voz a intervalos. Hubo muy pocos de aquellos hombres que no lloraran.

¡Dichosos los que tuvieron tales funerales! ¡Dichosos los que sean enterrados en la batalla, saludados por sus camaradas, llorados por sus amigos!

El agente Veysset, fusilado

En ese mismo momento estaban pasando por las armas a Veysset, el agente versallés que se había jacta-

1. No es ésta la opinión de Vuillaume, que explica la participación de Beaufort en la Comuna por el hecho, desconocido de Lissagaray, de ser Beaufort primo de E. Moreau, miembro destacado del Comité Central.

do de que corrompería a Dombrowski. Hacia eso de mediodía, los versalleses, intensificando vigorosamente su ataque en la orilla izquierda, se habían apoderado de la Escuela de Bellas Artes, del Instituto y de la Casa de la Moneda. A punto de ser cercado en la isla de Notre Dame, Fevré dio orden de evacuar la prefectura de policía y destruirla. Se puso previamente en libertad a los cuatrocientos cincuenta detenidos, acusados de delitos poco graves. Sólo se retuvo prisionero a un detenido, Vaysses, a quien Hutzinger, su asociado, se había decidido a entregar la antevíspera. Se le fusiló en el Pont-Neuf, ante la estatua de Enrique IV. En el momento de morir dijo estas extrañas palabras: «Responderéis de mi muerte ante el conde de Fabrice.»

Los versalleses, desdeñando la prefectura, entran por la calle Taranne y por las inmediatas. Por espacio de dos horas se ven forzados a detenerse ante la barricada de la plaza de L'Abbaye, que los reaccionarios del barrio ayudan a rodear. Son fusilados dieciocho federados. Más a la derecha, las tropas penetran en la plaza Saint-Sulpice, donde ocupan la alcaldía del VI. Desde allí entran, por un lado, en la calle Saint-Sulpice; del otro, por la calle Vaugirard, en el jardín del Luxembourg. Después de dos días de lucha, los federados de la calle Vavin se repliegan, volando, en su retirada, el polvorín del jardín del Luxembourg. La explosión suspende por un momento el combate. El palacio no está defendido. Algunos soldados atraviesan el jardín, rompen las rejas que dan a la calle Soufflot, atraviesan el bulevar y sorprenden la primera barricada de esta calle.

Toma del Panteón

Tres barricadas se escalonan ante el Panteón. La primera, a la entrada de la calle Soufflot; ésta acaba de ser tomada. La segunda, en medio; la tercera va de la alcaldía del V a la Escuela de Derecho. Varlin y Lisbonne, apenas escapados de la Croix-Rouge y de la calle Vavin, vuelven otra vez al encuentro del enemigo. Des-

graciadamente, los federados no quieren ningún jefe, se inmovilizan en la defensiva y, en lugar de atacar al puñado de soldados que se han aventurado hasta la entrada de la calle Soufflot, dan tiempo a que se presente toda la tropa.

Llega al bulevar Saint-Michel el grueso de los versalleses por las calles Racine y de la Escuela de Medicina, que las mujeres han defendido. Como el puente Saint-Michel ha suspendido el fuego por falta de municiones, los soldados pueden atravesar en masa el bulevar y llegar hasta cerca de la plaza Maubert. Por la derecha, han subido por la calle Mouffetard. A las cuatro, la montaña de Sainte-Geneviève, casi abandonada, es invadida por todas partes. Sus escasos defensores se desperdigan. Así cayó el Panteón, casi sin lucha, como Montmartre. Lo mismo que en Montmartre, comienzan inmediatamente las matanzas. Cuarenta prisioneros fueron, uno tras otro, fusilados en la calle Saint-Jacques, a la vista y por orden de un coronel.

Muerte de Raoul Rigault

Raoul Rigault fue muerto en un sitio de éstos. Lejos de ocultarse como algunos de sus colegas, desde la entrada de las tropas había cambiado sus ropas habituales de paisano por un uniforme de comandante. Sitiado y tomado su barrio, no tuvo más remedio que retirarse. Los soldados, viendo a un oficial federal que llamaba a la puerta de una casa de la calle Gay-Lussac, hicieron fuego contra él, sin alcanzarle. La puerta se abrió, Rigault pasó adentro. Los soldados, conducidos por un sargento, entraron precipitadamente en la casa, se apoderaron del propietario, que probó su identidad, y llamó a Rigault. Éste bajó, se fue a los soldados y les dijo: «¿Qué me queréis? ¡Viva la Comuna!» El sargento le hizo ponerse junto a la pared, y fue fusilado. El cuerpo fue cubierto con una manta. Se presentó el subteniente Ney, que reconoció a Rigault, compañero suyo de colegio, y reprochó al sargento que lo hubiera fusilado sin una orden.

En la alcaldía del distrito XI, la caída del Panteón, tan duramente disputado en junio del 48, fue calificada de traición. ¿Qué hicieron, pues, en Guerra y en el Comité de Salud Pública para la defensa de este punto capital? Nada. Como en el Hôtel-de-Ville, en la alcaldía del bulevar Voltaire no se hacía más que de liberar.

En la alcaldía del bulevar Voltaire

El distrito XI empezaba a convertirse en el punto de refugio de los restos de los batallones de los otros distritos. Sentados o tendidos a la sombra de las barricadas, con un calor asfixiante, los hombres se contaban las luchas y los terrores por que habían pasado; no llegaba ninguna orden. Sin embargo, a las dos, algunos miembros de la Comuna, del Comité Central, varios oficiales superiores y jefes de servicio, se reunieron en la sala de la biblioteca. Para escuchar a Delescluze se hizo un gran silencio, porque el menor murmullo hubiera ahogado su voz, casi muerta. Dijo que no estaba perdido todo, que era preciso intentar un gran esfuerzo, que se sostendrían hasta el último aliento. Los aplausos le interrumpieron. «Propongo —dijo— que los miembros de la Comuna, ceñido el fajín, pasen revista en el bulevar Voltaire a todos los batallones que puedan reunirse. A la cabeza de ellos nos dirigiremos en seguida a aquellos puntos que debemos conquistar.»

La idea entusiasmó a los asistentes. Jamás, desde la sesión en que había dicho que muchos elegidos del pueblo sabrían morir en su puesto, había conmovido tan profundamente Delescluze a las almas. El fuego de fusilería, el cañón del Père-Lachaise, el confuso murmullo de los batallones entraban a bocanadas en la sala. Ved a este viejo, en pie ante la derrota, con los ojos llenos de luz, con la mano derecha en alto, desafiando a la desesperanza; ved a estos hombres armados, sudorosos por la lucha, suspendiendo el aliento para escuchar esta invocación que sale de la tumba; no hay

ninguna escena más trágica entre las mil tragedias de este día.

Las proposiciones se amontonan. Sobre la mesa está abierta una gran caja de dinamita. ¡Una imprudencia cualquiera podría volar la alcaldía! Se habla de cortar los puentes, de levantar las alcantarillas. ¡Qué vale ese estallido de palabras! Son otras municiones las que hacen falta. ¿Dónde está el director de ingenieros que había dicho que con un solo ademán podía abrir abismos? Ha desaparecido. Y lo mismo el jefe del estado mayor de guerra. Desde la ejecución de Beaufort ha sentido soplar malos vientos para sus cordones. Continúan presentándose mociones, y así ha de seguirse mucho tiempo aún. El Comité Central declara que se subordinará al Comité de Salud Pública. Parece cosa convenida, al fin, que el jefe de la 11.ª legión agrupará a todos los federados refugiados en el distrito XI. Tal vez llegue a formar las columnas de que ha hablado Delescluze.

El delegado de Guerra va a visitar las defensas. En la Bastilla se hacen sólidos preparativos. En la calle Saint-Antoine, a la entrada de la plaza, están acabando una barricada defendida por tres piezas de artillería. Otra, a la entrada del barrio, cubre las calles Charonton y La Roquette. Tampoco allí se guardan los flancos. Los cartuchos, los obuses, están apilados a lo largo de las casas, a merced de los proyectiles enemigos. Se arman apresuradamente las bocacalles de entrada del XI. En el cruce de los bulevares Voltaire y Richard Lenoir construyen una barricada con toneles, piedras y grandes fardos de papel. Esta obra, inabordable de frente, será también tomada por la espalda. Más adelante, a la entrada del bulevar Voltaire, en la plaza Château-d'Eau, se alza un muro de piedras de metro y medio de altura. Detrás de esta mortífera fortificación, asistidos solamente por dos piezas de cañón, los federados detendrán por espacio de veinticuatro horas a las columnas versallesas que desembocan en la plaza Château-d'Eau. A la derecha, en la parte baja, las calles Oberkampf, Angoulême, Faubourg-du-Temple, Fontaine-au-Roi y avenida Amandiers, están en buenas

condiciones de defensa. Más arriba, en el X, Brunel, que ha llegado esa misma mañana de la calle Royal, está, como Varlin, buscando con impaciencia nuevos peligros. Una gran barricada cierra el cruce de los bulevares Magenta y Strasbourg; la calle Château-d'Eau está cerrada; las obras de las puertas Saint-Denis y Saint-Martin, donde se ha trabajado día y noche, se guarnecen de fusiles.

Hacia la una, los versalleses han podido apoderarse de la estación del Norte, dando vuelta a la calle Stephenson y a las barricadas de la calle Dunkerque; el ferrocarril de Estrasburgo, segunda línea de defensa de La Villette, resiste al choque de los versalleses, a los que hostiliza intensamente la artillería federada. En el cerro de Chaumont, Ranvier, que vigila la defensa de estos barrios, ha montado tres cañones del 12, dos piezas del 7 cerca del Temple de la Sybille, y otras del mismo calibre en la eminencia inferior. Cinco cañones enfilan la calle Puebla y protegen La Rotonde. A la altura de Carrières d'Amérique hay dos baterías de tres piezas. Las del Père-Lachaise disparan sobre todos los barrios invadidos, secundadas por piezas de grueso calibre montadas en el bastión 24.

El distrito IX está lleno de tiroteos. Los federados pierden mucho terreno en Poissonnière. En cambio, a pesar de sus triunfos en Halles, los versalleses no logran hacer mella en el distrito III, abrigado por el bulevar Sébastopol y la calle Turbigo. El segundo distrito, ocupado en sus tres cuartas partes, se debate todavía en las orillas del Sena, a partir del Pont-Neuf. Las barricadas de la avenida Victoria y del muelle de Gèvres resistirán hasta la noche. Las cañoneras han sido abandonadas. El enemigo se apodera de ellas y las arma de nuevo.

El único éxito de la defensa es el de Butte-aux-Cailles. Allí, gracias al valor de Wroblewski, la resistencia se convierte en ofensiva. Durante la noche, los versalleses han tanteado las posiciones; se lanzan al asalto desde las primeras horas. Los federados no los esperan, y corren a su encuentro. Cuatro veces son rechazados los versalleses; cuatro veces vuelven; cuatro veces retroceden; los soldados, desalentados, ya no hacen caso de sus oficiales.

Si La Villette y Butte-aux-Cailles, los dos extremos, no ceden, ¡cuántas brechas, en cambio, en toda la línea! De todo su París del domingo, los federados no poseen más que los distritos XI, XII, XIX y XX, y sólo una parte del III, V y XIII.

Arrecian las matanzas

Aquel día, la matanza tomó ese vuelo furioso que dejó atrás, en pocas horas, a la noche de San Bartolomé. Hasta entonces sólo se ha dado muerte a algunos federados o a personas denunciadas; ahora, en cuanto os mira un soldado tenéis que morir; cuando registra una casa, hay que temerle todo. «Ya no son soldados en el cumplimiento de un deber —escribía, espantado, un periódico conservador, «La France»—, son seres que han vuelto a la condición de las fieras.» Imposible ir en busca de provisiones sin exponerse seriamente a la muerte. Destrozan a culatazos el cráneo de los heridos,² registran los cadáveres, cosa que los periódicos extranjeros llamaban la «última requisa», y, ese mismo día, Thiers dice a la Asamblea: «Nuestros valientes soldados se comportan de un modo digno de la más alta estima, de la más grande admiración del extranjero.»

Entonces fue cuando se inventó la leyenda de las petroleras, que, propalada por la prensa, costó la vida a centenares de desgraciadas. Corrió el rumor de que las furias lanzaban petróleo ardiendo a los sótanos. Toda mujer mal vestida o que lleva un cacharro para leche, una botella vacía, puede ser acusada de petrolera. Arrastrada, despedazada, la matan a tiros de revólver contra la pared más próxima.

Los que han logrado escaparse de los barrios invadidos cuentan estas matanzas en la alcaldía del distrito XI. La misma confusión reina allí que en el Hôtel-de-Ville, aunque más apretada y amenazadora. Los estrechos patios están materialmente tupidos. En los peldaños de la escalera principal, las mujeres cosen sacos

2. Paul Bourget, «Le Figaro», 13 de diciembre de 1895.

para las barricadas. En la sala de matrimonios, donde está la Seguridad General, Ferré, ayudado por dos secretarios, visa permisos, interroga a la gente que le traen como acusados de espionaje, decide con voz tranquila.

Ejecución de seis rehenes

A las siete se alza un gran clamoreo ante la prisión de La Roquette, a la que han sido trasladados la víspera los trescientos prisioneros de Mazas. Algunos de ellos, los gendarmes y agentes presos el 18 de marzo, comparecieron la semana anterior ante el jurado de acusación instituido por decreto de cinco de abril. Toda su defensa se redujo a decir que obedecían a sus jefes. Los demás prisioneros eran curas, personas sospechosas, antiguos confidentes policíacos. Entre una multitud de guardias nacionales exasperados por las matanzas, aparece un delegado de Seguridad General, Genton. Viejo revolucionario, en junio del 48 lo iban a fusilar en la prefectura de policía, cuando le salvó una casualidad. Blanquista militante, se había distinguido en las luchas contra el Imperio. Ha luchado de firme durante la guerra, durante la Comuna. Dice: «Puesto que los versalleses fusilan a los nuestros, van a ser ejecutados seis rehenes. ¿Quién quiere formar el pelotón?»

«¡Yo!, ¡yo!», responden de un lado y otro al mismo tiempo. Uno se adelanta y dice: «Así vengaré a mi padre.» Otro: «Pues yo, a mi hermano.» «A mí, dice un guardia, me han fusilado a la mujer.» Todos hacen valer su derecho a la venganza. Genton acepta treinta hombres y entra en la cárcel.

Hace que traigan el registro de presos, señala los nombres del arzobispo Darboy, del presidente Bonjean, de Jecker, de los jesuitas Allard, Clerc, Ducoudray. En el último moment, Jecker es sustituido por el cura Dequerry.

Los hacen bajar de sus celdas; el primero, al arzobispo. Ya no es el cura orgulloso que glorificaba el 2 de diciembre; ahora balbucea: «Yo no soy enemigo de la

Comuna; he hecho lo que he podido, he escrito dos veces a Versalles.» Se recobra un poco cuando la muerte le parece inevitable; Bonjean no se tiene de pie. Ya no es el ruidoso enemigo de los insurrectos de junio. «¿Quién nos condena?», dice. «La justicia del pueblo.» «¡Oh, ésa no es la que vale!» Palabras de magistrado. Sacan los rehenes al camino de ronda. Algunos hombres del pelotón no pueden contenerse; Genton impone silencio. Uno de los curas se lanza al rincón de una garita; le hacen seguir adelante. A la vuelta de una esquina se alinea a los rehenes contra el muro de ejecución. Sicard manda. «No es a nosotros —dice— a quien hay que acusar de vuestra muerte, sino a los versalleses que fusilan a los nuestros.» Da la señal, y los fusiles disparan. Cinco rehenes caen en la misma línea, a igual distancia. Darboy sigue en pie, herido en la cabeza. Una segunda descarga lo derriba. Los cuerpos fueron enterrados por la noche. Genton volvió a las barricadas, donde fue gravemente herido al día siguiente.

A las ocho, los versalleses rodean de cerca la barricada de la puerta Saint-Martin. Sus obuses han incendiado hace rato el teatro; los federados, acosados por este brasero, se ven obligados a replegarse.

Noche de llamas

Esta noche, los versalleses vivaquean ante la línea férrea de Estrasburgo, en la calle Saint-Denis, ante el Hôtel-de-Ville, ocupado hacia las nueve por las tropas de Vinoy, ante la Escuela Politécnica, Les Madeleine y el parque Montsouris. Parecen en cierto modo un abanico cuyo clavillo estuviese en Pont-au-Change, formando su borde derecho el distrito XIII; el izquierdo, las calles Faubourg-Saint-Martin y Flandre, y el arco de círculo las fortificaciones. El abanico va a cerrarse sobre Belleville, que ocupa el centro.

París sigue ardiendo. La puerta Saint-Martin, la iglesia Saint-Eustache, la calle Royale, la calle Rivoli, las Tullerías, el Palais-Royal, el Hôtel-de-Ville, el Teatro Lírico, la orilla izquierda desde la Legión de Honor

hasta el Palacio de Justicia y la prefectura de policía, se destacan, rojos, en la noche negrísima. Los caprichos del incendio construyen una flameante arquitectura de arcos, de cúpulas, de edificios quiméricos. Enormes hongos blancos, nubes de chispas que suben hasta muy alto, dan testimonio de las formidables explosiones. De minuto en minuto se encienden y se apagan nuevas estrellas en el horizonte. Son los cañones fedrados de Bicêtre, del Père-Lachaise, del cerro Chaumont, que disparan sobre los barrios invadidos. Las baterías versallesas responden desde el Panteón, desde el Trocadero, desde Montmartre. Los cañonazos tan pronto se suceden a intervalos regulares, como ruedan por toda la línea. El cañón dispara sin tregua; los obuses, impacientes, estallan a mitad de camino. La ciudad parece retorcerse en una inmensa espiral de llamas y de humo.

¡Qué hombres los que forman este puñado de valientes que, sin jefes, sin esperanzas, sin retirada posible, disputan su último terreno como si en él se escondiese la victoria! La reacción les ha acusado de los incendios como de un crimen; como si en la guerra no fuese el incendio un arma natural, como si los obuses versalleses no hubieran incendiado tantas casas como los de los federados, como si la especulación, la avaricia, el crimen de algunas gentes honradas no tuvieran su parte en las ruinas. Y el mismo burgués que hablaba de «quemarlo todo» durante el sitio, trataba ahora de malvado al pueblo que prefería enterrarse bajo los escombros antes que abandonar su familia, su conciencia, su razón de existir.

¿En qué consistes, oh patriotismo, si no es en defender las leyes, las costumbres, el hogar propio, contra otros dioses, contra otras leyes, contra otras costumbres que quieren encorvarnos bajo su yugo? Y el París republicano, que lucha por la República y por las reformas sociales, ¿no es tan enemigo del Versalles feudal como lo era de los prusianos, como los españoles y los rusos lo fueron de los soldados de Napoleón I?

A las once de la noche, dos oficiales entran en la habitación donde trabaja Delescluze, y le cuentan la

ejecución de los rehenes. Delescluze escucha, sin dejar de escribir, el relato que le hacen con voz conmovida, y sólo dice: «¿Cómo han muerto?» Cuando se hubieron retirado los oficiales, Delescluze se vuelve hacia el amigo que trabaja con él, y, escondiendo la cara entre las manos, exclama: «¡Qué guerra, qué guerra!» Pero conoce de sobra las revoluciones para perder el tiempo en lamentaciones inútiles, y, dominando sus pensamientos, dice: «¡Sabremos morir!»

Durante la noche, los partes se suceden sin interrupción; en todos ellos piden cañones y hombres, bajo la amenaza de abandonar tal o cual posición.

¿Dónde encontrar cañones? También los hombres empiezan a escasear, ni más ni menos que el bronce.

CAPÍTULO XXXII

Jueves, 25. — Toda la orilla izquierda en manos de las tropas. — Muerte de Delescluze. — Los «brassardiers» activan la matanza. — La alcaldía del XI, abandonada.

Algunos millares de hombres —los federados son ahora uno contra doce— no pueden sostener indefinidamente un frente de batalla de varios kilómetros. Llegada la noche, muchos van en busca de un poco de descanso. Los versalleses ocupan sus barricadas, y el nuevo día ve la bandera tricolor plantada en el mismo lugar en que estaba la víspera por la noche la bandera roja.

Se evacúa en la oscuridad la mayor parte del distrito XI, cuyas piezas de artillería son transportadas a Château-d'Eau. Brunel y las esforzadas hijas de la Comuna permanecen tenazmente en la calle Magnan y en el muelle Jemmapes, mientras la tropa ocupa la parte alta del bulevar Magenta.

En Butte-aux-Cailles

En la orilla izquierda, los versalleses instalan baterías en la plaza Enfer, en el Luxembourg, en el bastión 81. Cincuenta cañones o ametralladoras apuntan contra Butte-aux-Cailles. Desesperando de tomarla por asalto, Cisse y quiere aplastarla con su artillería. Wroblewski no está inactivo. Además de los batallones 175 y 176, tiene en sus líneas al legendario 101, que fue para las tropas de la Comuna lo que la brigada 32 para el ejército de Italia. El 101 no se ha acostado desde el 3 de abril. Día y noche, con el fusil terciado, ronda por las trincheras, por los pueblos, por la explanada. Los versalleses de Asnières, de Neuilly, huyen diez veces ante él. Les ha tomado tres cañones, que le siguen a todas partes, como leones fieles. Hijos todos

del XIII y del barrio Mouffetard, indisciplinados, indisciplinables, feroces, roncós, con las ropas y la bandera desgarradas, sin escuchar más que una orden, la de avanzar siempre, se amotinan en el reposo, y apenas salidos del fuego es preciso volver a hundirlos en él. Los manda Serizier; mejor dicho, los acompaña, porque lo único que manda en estos propios demonios es su propia furia. Mientras intentan, de frente, sorpresas, se apoderan de las avanzadas y tienen en continua alarma a los soldados, Wroblewski, descubierto por la derecha desde la toma del Panteón, asegura sus comunicaciones con el Sena por medio de una barricada en el puente de Austerlitz, y protege con el cañón la plaza Jeanne-d'Arc, para batir a las tropas que se aventuren a lo largo del embarcadero.

Thiers telegrafió ese mismo día a provincias que Mac-Mahon acababa de derrotar por última vez a los federados. ¡Mentira! Lejos de eso, lo que quiso hacer fue prolongar el combate. Sabía que sus obuses incendiaban París, que la matanza de los prisioneros, de los heridos, provocaría fatalmente la de los rehenes. Pero ¿qué le importaba a él la suerte de unos cuantos curas y gendarmes? ¿Qué le importaba a la gran burguesía triunfar de unas ruinas, si sobre ellas podía escribirse: «El socialismo ha acabado por mucho tiempo»?

Como lo que queda del Hôtel-de-Ville está ocupado, las tropas suben por los muelles y la calle Saint-Antoine para tomar de flanco la valerosa Bastilla. El ataque versallés va a concentrarse sobre esta plaza, la de Château-d'Eau y Butte-aux-Cailles. Hacia las cuatro, Clinchant reanuda su marcha hacia Château-d'Eau y Bondy; otra avanza contra las barricadas del bulevar Magenta y Strasbourg, mientras que una tercera, partiendo de la calle Jéûneurs, hunde su vértice entre los bulevares, y la calle Turbigo. El cuerpo de Douai, por la derecha, apoya el movimiento y se esfuerza en subir hasta el distrito III por las calles Charlot y Saintonge. Vinoy avanza hacia la Bastilla por las callejuelas que cruzan la calle Saint-Antoine, los muelles de la orilla derecha y los de la izquierda. Cissei, con una estrategia más modesta,

sigue cañoneando Butte-aux-Cailles, ante la cual llevan retrocediendo tanto tiempo sus hombres.

En los fuertes ocurren escenas lamentables. Wroblewski, que tenía su ala izquierda cubierta por ellos, contaba, para conservarlos, con la energía del miembro de la Comuna delegado en cada fuerte. La víspera por la noche, el comandante de Montrouge había abandonado este fuerte y se había replegado con su guarnición hacia Bicêtre. El fuerte de Bicêtre tampoco había de resistir mucho tiempo. Los batallones declararon que querían volver a la ciudad para defender sus barrios. Léo Meillet no supo contenerlos, y la guarnición entró en París, después de clavar los cañones. Los versalleses ocuparon los dos fuertes evacuados y establecieron en ellos baterías apostadas contra el fuerte de Ivry y Butte-aux-Cailles.

El ataque general contra La Butte no empieza hasta mediodía. Los versalleses avanzan ciñéndose a la fortificación hasta la avenida de Italia y el camino de Choisy, con la plaza de Italia como objetivo, a la que atacan también por la parte de Gobelins. Las avenidas de Italia y de Choisy están defendidas por fuertes barricadas, que no hay ni que soñar en forzar; pero la del bulevar Saint-Marcel, que protege, por una parte, el incendio de Gobelins, puede ser rodeada, aprovechando para ello los numerosos jardines que cortan este barrio. Los versalleses lo consiguen. Se apoderan primero de la calle Cordières-Saint-Marcel, donde caen muertos veinte federados que se niegan a rendirse; después entran en los jardines. El tiroteo, largo, encarnizado, envuelve por espacio de tres horas el cerro fulminado por los cañones versalleses, seis veces más numerosos que los de Wroblewski.

La guarnición de Ivry llega hacia la una. Al abandonar el fuerte, puso fuego a una mina que hizo saltar dos bastidores. Entran los jinetes versalleses en el fuerte abandonado, y no «sable en mano», como quiso hacer creer Thiers en su boletín, calcado del del «hacha de abordaje» de Marsella.

En la orilla derecha, a eso de las diez, llegan los versalleses a la barricada de Saint-Denis, cerca de la

cárcel Saint-Lazare, le dan la vuelta y sorprenden a diecisiete federados. Instados reiteradamente a que se rindan, responden: «¡Viva la Comuna!» Uno de ellos estrechó contra sí la bandera roja de la barricada. Ante esta fe, el oficial versallés sintió cierto rubor. Se volvió hacia los presentes que habían acudido de las casas vecinas, y dijo varias veces, como para justificarse: «¡Ellos lo han querido! ¡Ellos lo han querido! ¿Por qué no se rinden?» ¡Como si los prisioneros no fuesen, las más de las veces, asesinados sin piedad!

Desde la cárcel, los versalleses van a ocupar la barricada de Saint-Laurent, en la esquina del bulevar Strasbourg, instalan baterías contra Château-d'Eau, y entran, por la calle Récollets, en el muelle de Valmy. Por la derecha, retrasa su salida al bulevar Saint-Martin la calle Lancry, contra la que abren un nutrido tiroteo desde el teatro del Ambigu-Comique. En el distrito III les entretienen en las calles Meslay, Nazareth, Vert-Bois, Charlot, Saintonge. El II, invadido por todas partes, disputa todavía su calle Montorgueil. Más cerca del Sena, Vinoy consigue escurrirse por algunas calles apartadas hasta el Grenier d'Abondance. Para desalojarle de allí, los federados incendian el edificio, cuya ocupación domina la Bastilla.

Las tres. — Los versalleses invaden cada vez más el distrito XIII. Sus obuses caen en la cárcel de la avenida de Italia. Los federados abren las puertas a todos los presos, entre los cuales se encuentran los dominicos de Arcueil, que ha traído consigo la guarnición de Bicêtre. Los monjes se apresuran a huir por la avenida de Italia; la vista de sus hábitos exaspera a los federados que ocupan las bocacalles, y una docena de apóstoles de la inquisición es alcanzada por las balas.

Evacuación de la orilla izquierda

Wroblewski había recibido por la mañana orden de replegarse sobre el distrito XI. Pero persistía en mantenerse en su puesto, y había trasladado el centro de su resistencia un poco más atrás, a la plaza Jeanne-

d'Arc. Los versalleses, dueños de la avenida Gobelins, se unen en la alcaldía del XIII a las columnas de las avenidas de Italia y de Choisy. Uno de sus destacamentos sigue deslizándose a lo largo de las fortificaciones y entra por el terraplén del ferrocarril de Orleans; los pantalones rojos asoman ya por el bulevar Saint-Marcel. Wroblewski, a punto de ser cercado, se ve obligado a consentir en la retirada, toda vez que los jefes secundarios habían recibido la orden de replegarse. Protegido por el fuego del puente de Austerlitz, el hábil defensor de Butte-aux-Cailles pasa ordenadamente el Sena con sus cañones y un millar de hombres. Algunos federados que se obstinan en permanecer en el XIII son hechos prisioneros.

Los versalleses no se atreven a hostilizar la retirada de Wroblewski, por más que ocupen parte del bulevar Saint-Marcel y la estación de Orleans, y que sus cañoneras remonten el Sena. Detenidas un momento a la entrada del canal de Saint-Martin, las cañoneras franquean el obstáculo forzando la máquina, y por la noche apoyan el ataque al distrito XI.

Toda la orilla izquierda está en manos del enemigo. La Bastilla y Château-d'Eau son ahora el centro del ataque.

Esperanza de una mediación alemana

En el bulevar Voltaire se encuentran ahora todos los hombres valientes que no han perecido, o cuya presencia no es indispensable en los barrios. Uno de los primeros es Vermorel, que mostró durante toda esta lucha gran valor y sangre fría. A caballo, con la banda roja cruzada, recorría las barricadas alentando a los hombres, buscando y llevando refuerzos. En la alcaldía se había celebrado una nueva reunión, a eso de mediodía. Asistieron a ella veintidós miembros de la Comuna y del Comité Central. Arnold expuso que, la víspera por la tarde, el secretario de Washburne, embajador de los Estados Unidos, había venido a ofrecer la mediación de los alemanes. La Comuna, decía, no tenía más

que enviar comisarios a Vincennes para arreglar las condiciones de un armisticio. El secretario, a quien hacen pasar a la sesión, reiteraba estas declaraciones. Delescluze dejaba ver una gran repugnancia. ¿Qué motivo impulsaba al extranjero a intervenir? Para poner coto a los incendios y conservar su prenda, se le decía. Pero su prenda era el gobierno de Versalles, cuyo triunfo no ofrecía dudas en este momento. Otros afirmaban gravemente que la encarnizada defensa de París inspiraba admiración a los prusianos. Nadie preguntó si aquella insensata proposición no encubriría algún lazo, si el supuesto secretario no sería acaso un espía. Se agarraron como náufragos a esta última tabla de salvación. Arnold expuso, inclusive, las bases de un armisticio, iguales a las del Comité Central. Fue delegado con Vermorel, Vaillant y Delescluze, para que acompañase a Vincennes al secretario americano.

A las tres llegaron a la puerta de Vincennes. El comisario de policía les negó el paso. Mostraron sus banderas, sus cartas. El comisario exigió un salvoconducto de la Seguridad. Durante esta discusión acudieron los federados. «¿Dónde van ustedes?», preguntaron. «A Vincennes.» «¿A qué?» «Comisionados.» Hubo un doloroso debate. Los federados creyeron que los miembros de la Comuna querían huir de la batalla. Iban, incluso, a hacérselo pagar caro, cuando alguien reconoció a Delescluze. Este nombre salvó a los demás; pero el comisario de policía siguió exigiendo el salvoconducto.

Delescluze se prepara a morir

Uno de los delegados corrió a buscarlo a la alcaldía del distrito XI. Pero los guardias ni aun con la orden de Ferré acedieron a bajar el puente levadizo. Delescluze los apostrofó, dijo que se trataba de la salvación común. Exigencias, amenazas, nada pudo desarraigar la idea de una defección. Delescluze volvió a la alcaldía, donde escribió esta carta, confiada a un amigo seguro:

«Mi buena hermana: ni quiero ni puedo servir de víctima y de juguete a la reacción victoriosa. Perdóname

que parta antes que tú, que me has sacrificado tu vida. Pero no me siento con valor para sufrir una nueva derrota, después de tantas otras. Te quiero y te abrazo mil veces. Tu recuerdo será el último que visite mi pensamiento antes de ir al reposo. Te bendigo, mi hermana querida, a ti que has sido mi única familia desde la muerte de nuestra pobre madre. Adiós, adiós. Te abrazo otra vez. Tu hermano que te quiere hasta su último instante.»

En los alrededores de la alcaldía, una multitud gritaba detrás de unas banderas coronadas de águilas que acababan, según decían, de ser tomadas a los versalleses; astucia infantil destinada a excitar el valor. Llegaban heridos de la Bastilla. Madame Dimitrieff, herida asimismo, sostenía a Frankel, herido en la barricada de Saint-Antoine. Wroblewski llegaba de Butte-aux-Cailles. Delescluze le ofreció el mando general. «¿Tiene usted unos mil hombres resueltos?», dijo Wroblewski. «Unos cuantos centenares», respondió el delegado. Wroblewski no podía aceptar ninguna responsabilidad de mando en condiciones tan desiguales, y continuó la lucha como simple soldado. Fue él, con Dombrowski, el único general de la Comuna que mostró cualidades de jefe de cuerpo. Siempre pedía que le enviasen los batallones que nadie quería, jactándose de poder utilizarlos.

El ataque se acercaba cada vez más a Château-d'Eau. Esta plaza,¹ trazada por el Imperio con la mira de contener a los barrios, y de la que arrancan ocho amplias avenidas, no ha sido realmente fortificada. Los versalleses, dueños de las Folies-Dramatiques y de la calle Château-d'Eau, la atacan dando la vuelta al cuartel. Casa tras casa, arrancan la calle Magnan a los hijos de la Comuna. Brunel, que hizo frente al enemigo durante cuatro días, cae herido, con un muslo atravesado. Los federados se lo llevan en una camilla, cruzando la plaza Château-d'Eau.

Ya en la calle Magnan, no tardan los versalleses en trasladarse al cuartel. Los federados, muy poco numerosos para defender este vasto edificio, tienen que aban-

1. Hoy plaza de la República.

donarlo. La caída de esta posición deja desamparada la calle Turbigo. Los versalleses pueden desde ese momento extenderse por toda la parte alta del tercer distrito y cercar el Conservatorio de Artes y Oficios. Tras una lucha bastante larga, los federados abandonan la barricada del Conservatorio, dejando una ametralladora cargada. También queda en la barricada una mujer que, cuando los soldados están a tiro, descarga la ametralladora.

Rasgos de heroísmo

Las barricadas del bulevar Voltaire y del teatro Déjazet soportan desde entonces los fuegos del cuartel Prince-Eugène, del bulevar Magenta, del bulevar Saint-Martin, de la calle del Temple y de la calle Tubirgo. Tras sus frágiles abrigos, los federados reciben valientemente esta avalancha. ¡A cuántos ha consagrado héroes la historia, que jamás mostraron ni la centésima parte de este valor tranquilo, sin efectismos teatrales, sin testigos, que surgió en mil lugares a la vez durante estas jornadas! Sobre la famosa barricada de Château-d'Eau, clave del bulevar Voltaire, un muchacho de dieciocho años que agita un banderín, cac muerto. Otro toma el banderín, se encarama a las piedras, muestra el puño al enemigo invisible, le acusa de haber matado a su padre. Vermorel, Theisz, Jaclard, Lisbonne, quieren que baje; el muchacho se niega y sigue allí hasta que una bala lo derriba. Parece como si esta barricada ejerciese verdadera fascinación; una muchacha de diecinueve años, Marie M..., vestida de fusilero de marina, encantadora y sonrosada, de cabellos negros y rizados, se bate allí todo un día. Una bala que le parte la frente mata su sueño. Un teniente cae muerto delante de la barricada. Una criatura de quince años, Dauteuille, salta por encima de los adoquines, va a recoger, bajo las balas, el kepis del muerto, y se lo lleva a sus compañeros.

En esta lucha de calles, los niños se mostraron, lo mismo que en campo raso, tan grandes como los hom-

bres. En una barricada del Temple, el tirador más rabioso es un niño. Cuando la barricada cae, sus defensores son arrimados contra la pared para ser fusilados. El niño pide tres minutos de tregua: «Su madre vive enfrente; que le dejen llevarle su reloj, de plata, *para que al menos no lo pierda todo.*» El oficial, involuntariamente conmovido, le deja partir, creyendo que ya no lo volverá a ver. Tres minutos después se oye un: «¡Aquí estoy!» Es el niño que salta a la acera y, ligero, se adosa al muro cerca de los cadáveres de sus camaradas fusilados. ¡Inmortal París mientras nazcan hombres de estos!

La plaza Château-d'Eau es devastada por un ciclón de obuses y balas. Son proyectados enormes bloques; los leones de la fuente, ladeados o derribados; el pilón que la corona está retorcido. De las casas salen llamas. Los árboles no tienen hojas y sus ramas rotas cuelgan como miembros descuartizados que sostiene un jirón de carne. De los jardines asolados vuelan nubes de polvo. La mano de la muerte se abate sobre cada piedra.

Muerte de Delescluze

A las siete menos cuarto, aproximadamente, cerca de la alcaldía, vimos a Delescluze, a Jourde y una cincuenta de federados que iban en dirección de Château-d'Eau. Delescluze, con su atuendo de ordinario, sombrero, levita y pantalón negro, banda roja a la cintura, poco aparente, como la llevaba siempre, sin armas, apoyándose en un bastón. Temiendo algún pánico en Château-d'Eau, seguimos al delegado, al amigo. Algunos de nosotros se detuvieron en la iglesia de Saint-Ambroise, a coger cartuchos. Allí nos encontramos con un negociante de Alsacia² que había llegado cinco días antes, para disparar sus tiros contra esta Asamblea que había entregado su país; volvió a Alsacia con un muslo atravesado. Más lejos es herido Lisbonne, a quien sostienen Vermorel, Theisz y Jaclard. Vermorel cae, a su

2. Charles Keller, autor de la canción: *¡Obrero, coge la máquina!*

vez, gravemente herido. Theisz y Jaclard lo levantan, se lo llevan en una camilla; Delescluze estrecha la mano del herido y le dice algunas palabras de esperanza. A cincuenta metros de la barricada, los pocos guardias que han seguido a Delescluze desaparecen, porque los proyectiles nublan la entrada del bulevar.

El sol se ponía detrás de la plaza. Delescluze, sin mirar si le seguía o no alguien, avanza con paso uniforme, único ser vivo en la calzada del bulevar Voltaire. Al llegar a la barricada, sesga hacia la izquierda y trepa por los adoquines. Por última vez, esta faz austera, encuadrada por su barba blanca recortada, se nos apareció vuelta hacia la muerte. Súbitamente, Delescluze desapareció. Acababa de caer fulminado en la plaza Château-d'Eau.

Algunos hombres quisieron levantarlo; tres o cuatro de ellos cayeron. Había que pensar exclusivamente en la barricada, agrupar sus escasos defensores. Johannard, en mitad del arroyo, levantando su fusil y llorando de cólera, grita a los que se amilanan: «¡No, no sois dignos de defender a la Comuna!» Cayó la noche. Nos volvimos, dejando abandonado a los ultrajes de un enemigo irrespetuoso con la muerte el cuerpo de nuestro pobre amigo.

No había advertido de su pensamiento a nadie, ni siquiera a sus íntimos. Silencioso, sin más confidente que su severa conciencia, Delescluze se dirigió a la barricada, como los antiguos *montagnards* iban a la guillotina. La larga jornada de su vida había agotado sus fuerzas. No le quedaba más que un soplo, y lo dio. No vivió más que para la justicia. Ése fue su talento, su ciencia, la estrella polar de su vida. La llamó, la confesó treinta años a través del destierro, de las prisiones, de las injurias, desdeñando las persecuciones que destrozaban sus huesos. Jacobino, cayó con los socialistas por defenderla. Su recompensa fue morir por ella, con las manos libres, al sol, a su hora, sin ser afligido por la vista del verdugo.³

3. En el mes de agosto de 1870, en Bruselas, donde el destierro nos había reunido, me dijo: «Sí, creo en la proximidad de

Los versalleses se encarnizaron, a la caída de la tarde, contra la entrada del bulevar Voltaire, protegido por el incendio de las dos casas de la esquina. Por la parte de la Bastilla llegan poco más allá de la plaza Royale, hostigando al distrito XII. Al abrigo de la muralla del muelle habían entrado, durante el día, bajo el puente de Austerlitz. A la noche, protegidos por sus cañoneras y sus baterías del Jardín des Plantes, llegan cerca de Mazas.

Nuestra ala derecha se ha sostenido mejor. Los versalleses no han podido trasponer la línea férrea del Este. Atacan de lejos la calle Aubervilliers, ayudados por los fuegos de La Rotonde. Desde lo alto del cerro Chaumont, Ranvier cañonea vigorosamente a Montmartre, cuando un parte le asegura que la bandera roja ondea en el Moulin de la Galette. Ranvier, que no puede avenirse a creerlo, se niega a interrumpir el fuego.

Por la noche, los versalleses forman ante los federados una línea quebrada que, partiendo del camino de hierro del Este, pasa por Château-d'Eau, cerca de la Bastilla, y llega hasta el ferrocarril de Lyon. A la Comuna no le quedan más que dos distritos intactos, el XIX y el XX, y la mitad de los distritos XI y XII.

Escenas sangrientas

El París que ha hecho Versalles ya no tiene apariencia civilizada: «Es una locura furiosa —escribe “Le Siècle” del 26 por la mañana—. Ya no se distingue al inocente del culpable. La sospecha está en todos los ojos. Abundan las delaciones. La vida de los ciudadanos no pesa más que un cabello. Por un sí o un no, detenido, fusilado.» Los respiraderos de las cuevas son cegados por orden del ejército, que quiere acreditar la leyenda de las petroleras. Los guardias nacionales del orden salen de sus agujeros, orgullosos de su brazalete, se ofrecen

la República, pero caerá en manos de la izquierda actual y después seguirá una reacción. *Yo moriré en una barricada, mientras que Jules Simon será ministro.*»

a los oficiales, registran las casas, reclaman el honor de presidir los fusilamientos. En el distrito X, el ex alcalde Dubail, asistido por el comandante del batallón 109, guía a los soldados en la caza de sus antiguos administrados. Gracias a los «brassardiers», el torrente de prisioneros crece de tal modo, que es necesario centralizar la carnicería con el fin de poder dar abasto a ella. Se empuja a las víctimas a los patios de las alcaldías, de los cuarteles, de los edificios públicos donde se hallan los prebostazgos, y se los fusila en masa. Si el tiroteo no basta, la ametralladora siega. No mueren todos al primer tiro, y por la noche salen de estos montones desesperados clamores de agonía.

Ya no basta con rematar a los heridos de las batallas callejeras. Los versalleses van a buscar a los heridos fuera de París, a los que están en las ambulancias. Hay una en el seminario Saint-Sulpice, dirigida por el doctor Faneau, muy poco simpático a la Comuna; la bandera de Ginebra la protege. Llega un oficial. «¿Hay federados?», pregunta. «Sí —dice el doctor—, pero son heridos que tengo aquí desde hace mucho tiempo.» «Usted es amigo de estos bandidos», dice el oficial. Faneau es fusilado. Varios federados son asesinados en la misma ambulancia. Más tarde, el «honrado» oficial puso como pretexto un disparo hecho por uno de estos heridos. Los fusileros del orden tienen pocas veces el valor de asumir la responsabilidad de sus crímenes.

La sombra hace renacer el resplandor de los incendios. Donde los rayos del sol ponían negras nubes, vuelven a surgir ardientes braseros. El Grenier d'Abondance ilumina el Sena hasta mucho más allá de las fortificaciones. La columna de Julio, acribillada por los obuses que han incendiado sus adornos de coronas secas y de banderas, flamea como una antorcha humeante; el bulevar Voltaire se inflama por el lado de Château-d'Eau.

La alcaldía del XI, evacuada

La muerte de Delescluze había sido tan sencilla y

tan rápida que fue puesta en duda hasta en la alcaldía del XI, adonde habían transportado a Vermorel. Algunos de sus colegas le rodearon. Ferré le abraza, y Vermorel le dice: «Ya ve usted que la minoría saber hacerse matar por la causa revolucionaria.» Hacia media noche, algunos miembros de la Comuna deciden evacuar la alcaldía. ¡Siempre huir ante el plomo! ¿Ha sido tomada la Bastilla? ¿Ya no se sostiene el bulevar Voltaire? ¡Toda la estrategia del Comité de Salud Pública, todo su plan de batalla se reduce, pues, a replegarse! A las dos de la mañana, cuando andan buscando un miembro de la Comuna que ayude a sostener la barricada de Château-d'Eau, sólo encuentran a Gambon, amodorrado en un rincón. Un oficial le despierta y se disculpa. El viejo republicano responde: «Tanto da que sea yo como otro; yo bastante he vivido ya.» Y se echa a la calle. Pero las balas han dejado desierto el bulevar Voltaire hasta la iglesia Saint-Ambroise. La barricada de Delescluze ha sido abandonada.

CAPITULO XXXIII

La resistencia se concentra en Belleville. — El viernes, 26, son fusilados 48 rehenes en la calle Haxo. — El sábado, 27, es invadido todo el distrito XX. — Toma del Père-Lachaise. — El domingo, 28, termina la batalla a las once de la mañana. — El lunes, 29, se rinde el fuerte de Vincennes.

Los soldados, continuando sus sorpresas nocturnas, se deslizan hasta las desiertas barricadas de la calle Aubervilliers y del bulevar de la Chapelle. Por la parte de la Bastilla ocupan la barricada de la calle Saint-Antoine, en la esquina de la calle Castex, la estación del ferrocarril de Lyon, la cárcel de Mazas; en el III, las abandonadas defensas del mercado y del Temple. Llegan a las primeras casas del bulevar Voltaire y se instalan en los Magasins-Réunis.

Entre las sombras de la noche, un comandante versallés fue sorprendido por las avanzadas federadas de la Bastilla y fusilado «sin respeto a las leyes de la guerra», como dijo al día siguiente Thiers. ¡Como si en los cuatro días que llevaba fusilando sin piedad millares de prisioneros, viejos, mujeres y niños, siguiera Thiers otra ley que la de los salvajes!

Viernes, 26 de mayo

El ataque empieza de nuevo al rayar el día. En La Villette, los versalleses, abriéndose paso por la calle Aubervilliers, rodean y ocupan la fábrica del gas, abandonada; en el centro se apoderan del circo Napoléon. A la derecha, en el XII, invaden sin lucha los bastiones más próximos al río. Un destacamento sigue el terraplén del ferrocarril de Vincennes y ocupa la estación; otro el bulevar Mazas (hoy Diderot), y entra en Saint-Antoine. La Bastilla, de esta manera, queda acosada por su flanco

derecho, mientras que las tropas de la plaza Royale la atacan, a la izquierda, por el bulevar Beaumarchais.

El viernes, el sol niega su presencia. Este cañoneo de cinco días ha provocado la lluvia que sigue de ordinario a las grandes batallas. El tiroteo ha perdido su breve voz y zumba sordamente. Los hombres, cansados, calados hasta los huesos, distinguen apenas, tras el húmedo velo, el punto de donde viene el ataque. Los obuses de una batería versallesa instalada en la estación de Orleans quebrantan la entrada de Saint-Antoine. A las siete se anuncia la aparición de los soldados en la parte alta del barrio. Acude allí la gente con cañones. Es preciso que se sostenga esta parte del barrio; si no, la Bastilla quedará copada.

El barrio se sostiene. Las calles Aligre y Lacuée rivalizan en abnegación. Atrincherados en las casas, los federados ni cejan ni retroceden. Y, gracias a su sacrificio, la Bastilla disputará todavía al enemigo, por espacio de seis horas, los restos de sus barricadas y sus casas destrozadas. Cada piedra tiene su leyenda en este estuario de la Revolución. El ojo de bronce encajado en la muralla es de un proyectil relleno de metralla, lanzado en el 89 por la fortaleza. Respaldándose contra los mismos muros, los hijos de los combatientes de junio disputan el mismo suelo que sus padres. ¡Los conservadores del 48 mostraron aquí un encarnizamiento semejante al de los del 71! La casa que hace esquina a los bulevares Beaumarchais y Richard Lenoir, la esquina izquierda de la calle de La Roquette, la de la calle Charenton se derrumban a ojos vistas, como decoraciones de teatro. En esas ruinas, bajo las vigas en llamas, hay hombres que disparan el cañón, que levantan diez veces la bandera roja, diez veces abatida por las balas versallesas. Impotente para triunfar de un ejército, la vieja plaza gloriosa quiere morir con una muerte digna.

¿Cuántos son a mediodía? Cien, puesto que por la noche hay cien cadáveres en la barricada matriz. Han muerto los de la calle Crozatier. Los de la calle Aligre han muerto, han muerto en la lucha o después del combate. ¡Y cómo mueren! En la calle Crozatier hay un artillero del ejército que se pasó al pueblo el 18 de

marzo. Está acorralado. «¡Vamos a fusilarte!», le gritan los soldados. Él se encoge de hombros y dice: «¡No se muere más que una vez!» Más lejos, es un viejo el que se debate. El oficial, con un refinamiento de crueldad, quiere fusilarle sobre un montón de basura. «Yo me he batido valerosamente —dice el viejo—; ¡tengo derecho a no morir entre mierda!»

Muerte de Millière

Por lo demás, en cualquier parte se muere bien. Ese mismo día, a Millière, detenido en la orilla izquierda, lo llevan al estado mayor de Cisse. Este general del Imperio, comido de sucias deudas, de que murió, y que, siendo ministro de la Guerra, dejó sorprender por su querida, una alemana, el plano de uno de los nuevos fuertes de París, hizo del Luxembourg uno de los mataderos de la orilla izquierda. El papel de Millière, como se ha visto, fue el de conciliador, y su polémica en los periódicos, de un tono muy elevado. Permaneció ajeno a la batalla, aunque se fingiese haberlo confundido con el jefe de la 18.^a legión; pero el odio de los oficiales bonapartistas, el de Jules Favre, le acechaba. El ejecutor, el capitán de estado mayor Garcin, hoy general, ha contado con la cabeza alta este crimen. La historia debe concederle la palabra, para que se vea qué lodo humano hicieron surgir las venganzas del orden.

«Nos traen a Millière; estábamos almorzando con el general en el restaurante de Tournon, a un paso del Luxembourg. Oímos un gran alboroto. Salimos. Alguien me dice: «Es Millière.» Velé porque la multitud no se tomase la justicia por su propia mano. Millière no entró en el Luxembourg; fue detenido en la puerta. Yo me dirigí a él y le dije: «¿Es usted Millière? —Sí; pero, como usted no ignora, soy diputado. —Es posible, pero creo que ha perdido usted su carácter de tal. Además, entre nosotros hay un diputado, Quinsonas, que le reconocerá.»¹

1. Este Quinsonas formó parte de la «comisión de los asesinos».

»Entonces dije a Millière que las órdenes del general eran de que se le fusilase. Él me dijo: "¿Por qué?"

»Le respondí: "No le conozco a usted más que de nombre; *he leído artículos suyos que me han repugnado*; es usted una víbora a la que hay que aplastar. Aborrece usted a la sociedad." Me interrumpió, diciendo con expresión significativa: "¡Oh, sí; aborrezco a esta sociedad!" "Bueno, pues esta sociedad va a arrancarle a usted de su seno; va usted a ser pasado por las armas." "¡Eso se llama justicia sumaria, barbarie, crueldad!" "¿Y todas las crueldades que han cometido ustedes? ¿Es que ésas no valen nada? De todas formas, desde el momento en que dice usted que es Millière, no cabe hacer otra cosa."

»El general había ordenado que se fusilara a Millière en el Panteón, de rodillas, para que pidiera perdón a la sociedad por el daño que le había hecho. Yo le dije: "Es la consigna; será usted fusilado de rodillas, y no de otro modo." Él hizo un poco de comedia, se desabrochó la ropa, mostrando el pecho al pelotón de ejecución. Yo le dije: "Está usted haciendo gestos teatrales; lo que usted quiere es que se diga cómo ha muerto; más vale que muera usted tranquilamente. — Soy libre, en mi propio interés y en el de mi causa, de hacer lo que quiera. — Sea, póngase de rodillas." Entonces me dijo: "No me pondré de rodillas como no me obliguen ustedes a ello con dos hombres." Le hice arrodillarse, y se procedió a la ejecución. Millière gritó: "¡Viva la humanidad!" Iba a gritar otra cosa, cuando cayó muerto.»

Un militar subió los escalones, se aproximó al cadáver y le descargó su fusil en la sien izquierda. La cabeza de Millière rebotó y, derribada hacia atrás, destrozada, negra de pólvora, parecía mirar al frontispicio del monumento.

«¡Viva la humanidad!» La frase entraña las dos causas: «Quiero la libertad para los demás pueblos, tanto como para Francia», decía un federado a un reaccionario. En 1871, como en 1793, París lucha por todos los oprimidos.

Belleville, centro de la resistencia

La Bastilla sucumbe hacia las dos. La Villete sigue siendo disputada. Por la mañana, la barricada de la esquina del bulevar y de la calle Flandre ha sido entregada por su comandante. Los federados se concentran a retaguardia sobre la línea del canal y atrincheran la calle Crimée. La Rotonde, destinada a soportar el choque principal, es reforzada con una barricada en el muelle del Loira. El batallón 269, que lleva dos días haciendo frente al enemigo, vuelve a empezar la lucha detrás de estas nuevas posiciones. Como esta línea de La Villette era muy extensa, Ranvier y Passedouet van a buscar refuerzos al XX, donde se refugian los restos de todos los batallones.

Llenan la alcaldía, que distribuye boletos de alojamiento y bonos de víveres. Cerca de la iglesia se apiñan ruidosamente furgones y caballos. El cuartel general y los diferentes servicios han sido instalados en la calle Haxo, dentro de la «cité Vincennes», una serie de construcciones separadas entre sí por jardines.

Casi todas las barricadas, numerosísimas en las inextricables calles de Ménilmontant, están vueltas hacia el bulevar. La ruta estratégica, que en este punto domina el Père-Lachaise, el cerro Chaumont y los bulevares exteriores, ni siquiera está guardada.

Desde lo alto de las fortificaciones se ve a los prusianos en armas. Según los términos de un convenio anteriormente concertado entre Versalles y el príncipe de Sajonia, el ejército alemán sitiaba a París, desde el lunes, por el norte y por el oeste. Había cortado el ferrocarril del norte, guarnecido la línea del canal por la parte de Saint-Denis, apostado centinelas desde Saint-Denis a Charenton y alzado en todos los caminos barricadas armadas. El jueves, a las cinco de la tarde, cinco mil bávaros bajaron de Fontenay, Dogent y Charenton, y formaron un cordón infranqueable desde el Marne a Montreuil. Por la noche, otro cuerpo de cinco mil hombres ocupó Vincennes, con ochenta piezas de artillería. A las nueve, los prusianos sitiaban el fuerte

y desarmaban a los federados que querían volver a París. Aún hicieron más: detuvieron la caza para que se cebase en ella Versailles. Ya durante la Comuna habían prestado los prusianos un concurso indirecto al ejército versallés. Su acuerdo con los conservadores franceses se evidenció sin rebozo en las ocho jornadas de mayo. De todos los crímenes de Thiers, uno de los más odiosos será el de haber introducido a los vencedores de Francia en nuestras discordias civiles y mendigado su ayuda para aplastar a París.

A mediodía se declara el fuego en la parte oeste de los *docks* de La Villette, inmenso depósito de petróleo, de esencias y materias explosivas, incendiado por los obuses de ambas partes. Este incendio aniquila las barricadas de las calles Flandre y Riquet. Los versalleses tratan de cruzar en barco el canal, pero los detienen las barricadas de la calle Crimée y de La Rotonde.

Vinoy sigue avanzando por el distrito XII arriba, dejando en la Bastilla los hombres necesarios para los registros y los fusilamientos. La barricada de la calle Reuilly, en la esquina de Saint-Antoine, se sostiene algunas horas contra los soldados que la cañonean desde el bulevar Mazas. Los versalleses, siguiendo este bulevar y la calle Picpus, se extienden hacia la plaza del Trône, que tratan de rodear por las fortificaciones. La artillería prepara y ampara sus menores movimientos. Habitualmente cargan las piezas en el ángulo de las calles que piensan reducir, las hacen avanzar, disparan y vuelven a ponerlas a cubierto. Los federados no podían alcanzar a este enemigo invisible más que desde las alturas; es imposible centralizar allí la artillería de la Comuna. Cada barricada quiere tener su pieza, sin preocuparse de ver a dónde llega su tiro.

Ya no hay autoridad de ninguna especie. En la calle Haxo, gran confusión de oficiales sin órdenes; no se conoce la marcha del enemigo como no sea por la llegada de nuevos restos de batallones. Tal es la confusión, que llega a este lugar, mortal para los traidores, Du Bison, de uniforme y expulsado de La Villette. Los escasos miembros de la Comuna que allí se encuentran vagan al azar, en el XX, absolutamente ignorados; pero

no han renunciado a deliberar. El viernes hay como una docena de ellos en la calle Haxo; llega el Comité Central, y reclama para sí la dictadura. Se le concede, agregando a él a Varlin. Nadie habla ya del Comité de Salud Pública.

El último cartel

El único de sus miembros que hace un buen papel es Ranvier, hombre de soberbia energía en las batallas. Él fue, durante esta agonía, el alma de La Villette y de Belleville, empujando a los hombres, vigilándolo todo. El 26 hizo imprimir una proclama: «*Ciudadanos del XX: si sucumbís, ya sabéis la suerte que nos está reservada!... ¡A las armas! Mucha vigilancia, sobre todo por la noche. Os pido que ejecutéis fielmente las órdenes. Prestad vuestro concurso al XIX distrito; ayudadle a rechazar al enemigo. Va en ello vuestra seguridad. No esperéis a que Belleville sea atacado, y Belleville habrá triunfado una vez más... ¡Adelante, pues!... ¡Viva la República!*» Este fue el último bando de la Comuna.

Pero ¿cuántos hay que lean u oigan? Los obuses de Montmartre, que desde la víspera destrozan a Belleville y Ménilmontant, los gritos, la vista de los heridos que se arrastran de casa en casa buscando ayuda, los signos demasiado evidentes de un próximo fin, precipitan los fenómenos ordinarios de la derrota. Las miradas se tornan feroces. Todo individuo sin uniforme puede ser fusilado si no le abona un nombre muy conocido. Las noticias que llegan de París aumentan la cólera. Se dice que los versalleses tienen por norma la matanza de prisioneros; que asesinan a la gente en las ambulancias; que millares de hombres, de mujeres, de niños, son llevados a Versailles con la cabeza descubierta y muertos frecuentemente por el camino; que basta pertenecer a la familia de un combatiente o darle asilo, para compartir su suerte; se cuentan las ejecuciones de las supuestas petroleras.

Ejecución de cuarenta y ocho rehenes

Sobre las seis llega a la calle Haxo un grupo de gendarmes, eclesiásticos y civiles, rodeados por un destacamento que manda el coronel Gois. Vienen de La Roquette y se han detenido un momento en la alcaldía, donde Ranvier se ha negado a recibirlos. En el primer momento se cree que son prisioneros recién detenidos, y desfilan en medio del silencio general. Luego se extiende el rumor de que son rehenes que van a morir. Son treinta y cuatro gendarmes presos el 18 de marzo en Belleville y en Montmartre, diez jesuitas, religiosos, curas, cuatro confidentes del Imperio: Ruault, el del complot de la Ópera Cómica; Largillière, condenado en junio y en el proceso de la Renaissance; Greffe, organizador de los entierros civiles, transformado en auxiliar del jefe de Seguridad, Lagrange; Dureste, su jefe de brigada. Sus expedientes han sido hallados y publicados durante el sitio.

La multitud aumenta, apostrofa a los rehenes y golpea a uno de ellos. El cortejo entra en la «cité Vincennes», cuyas rejas se cierran, y empujan a los rehenes hacia una especie de trinchera cavada ante un muro. Un miembro de la Comuna, Serrailier, acude: «¿Qué vais a hacer? ¡Hay ahí un polvorín; nos vais a hacer volar a todos!! Esperaba retrasar de este modo la ejecución. Varlin, Louis Piat y otros con ellos, luchan, se desgañitan por ganar tiempo. Son rechazados, amenazados, y a duras penas consigue salvarlos de la muerte la autoridad de Varlin.

Los fusiles disparan sin que suene voz de mando alguna. Caen los rehenes. Un individuo grita: «¡Viva el emperador!» Es fusilado con los otros. Afuera aplauden. Y sin embargo, desde hace dos días, los soldados hechos prisioneros desde la entrada de las tropas atravesaban Belleville sin provocar el menor murmullo. Pero estos gendarmes, estos policías, estos curas que por espacio de veinte años pisotearon a París, representaban el Imperio, la alta burguesía, los asesinos en sus formas más odiadas.

Por la mañana había sido fusilado el compinche de Morny, Jecker. La Comuna no había sabido juzgarlo; la justicia «inmanente» lo apresó. Genton, François, Boufflers y Clavier,² comisario de policía, fueron a prenderlo a la cárcel de La Roquette. Él se resignó muy pronto, como un aventurero que era, despreciando su vida como despreciaba la de los demás. Salió con las manos libres, en medio del grupo, que se dirigió hacia el Père-Lachaise. En el camino, Jecker habló de la expedición de Méjico, que ahora era causa de su muerte. «¡Ah, dijo, no hice un buen negocio! ¡Esa gente me robó!», que era lo que repetía desde su detención. Llegado al muro que mira a Charonne, le dicen: «¿Aquí? — ¡Si les parece a ustedes...!» Murió tranquilamente. Le pusieron, cubriéndole la cara, el sombrero y un papel con su nombre.

No hay grandes movimientos de tropas en esta jornada. Los cuerpos de ejército de Douai y Clinchant bordean el bulevar Richard Lenoir. La doble barricada de detrás del Bataclan contiene la invasión del bulevar Voltaire. Un general versallés cae muerto en la calle Saint-Sébastien. La plaza del Trône se defiende todavía con las barricadas de Philippe-Auguste. La Rotonde y La Villette se sostienen también. Hacia el final del día, el incendio alcanza a la parte de los muelles más próxima a la alcaldía.

Por la noche, el ejército acosa a los que aún se resisten entre las fortificaciones y una línea curva que, desde los mataderos de La Villette lleva a la puerta de Vincennes, pasando por el canal Saint-Martin, el bulevar Richard-Lenoir y la calle del Faubourg-Saint-Antoine. Ladmirault y Vinoy, en los extremos; Douai y Clinchant, en el centro.

La noche del viernes es febril en Ménilmontant y Belleville, atormentados por los obuses. Los servicios que subsisten han abandonado la «cité Vincennes», en-

2. Lissagaray no designa a Boufflers y Clavier más que por sus iniciales. Nosotros restablecemos los nombres, de acuerdo con la «Cahiers Rouges de Vuillaume», t. II; p. 174 y X, p. 182. Según Vuillaume, ni Genton ni François se encontraban presentes.

sangrentada, y Jourde puso en lugar seguro el poco dinero que quedaba para atender a las pagas. Los federados viven desde hace cuatro días gracias a los quinientos mil francos del Banco, a los residuos de caja y a algunos empleados fieles, como fue uno de Consumos, que vino, bajo una lluvia de balas, a traer sus ingresos del día. Los centinelas exigen la consigna a la vuelta de cada calle (Bouchotte-Belleville); a menudo, con alguna misión, y cada jefe de barricada se cree con derecho a negar el paso.

Llegan en tumulto los restos de los batallones; como en su mayor parte no encuentran sitio, acampan al aire libre, bajo los obuses, a los que saludaban indefectiblemente con un: «¡Viva la Comuna!»

En la calle mayor de Belleville, los guardias nacionales improvisan camillas con sus fusiles cruzados. Algunos hombres van delante con antorchas. Redobra el tambor. Estos combatientes que entierran en silencio a sus camaradas resultan de una grandezza conmovedora, encontrándose como se encuentran también ellos a las puertas de la muerte.

Durante la noche, las barricadas de la calle Allemagne son abandonadas. Mil hombres, a lo sumo, han luchado durante dos días contra los veinticinco mil soldados de Ladmirault. Casi todos ellos eran hombres sedentarios.

Sábado, 27 de mayo

Los primeros fulgores del sábado 27 de mayo descubren un paisaje lívido. La niebla es penetrante, viscosa; la tierra está empapada. Bocanadas de humo blanco se alzan penosamente por encima de la lluvia; es el tiroteo.

Desde el alba, las barricadas de la ruta estratégica, las puertas de Montreuil y Bagnolet están ocupadas por las tropas, que se extienden sin resistencia por Charonne. A eso de las siete se instalan en la plaza del Trône, cuyas defensas han sido abandonadas. A la entrada del bulevar Voltaire, los versalleses disponen seis pie-

zas en batería contra la barricada de la alcaldía del XI, donde hay otras dos bocas de fuego que responden de tarde en tarde. Seguros del éxito, los oficiales quieren triunfar estruendosamente. Más de un obús se extravía y va a dar contra la estatua de Voltaire, cuya risa sarcónica parece recordar a sus sobrinos-nietos el magnífico alboroto que les había prometido.

En La Villette, los soldados avanzan por todas partes, pasan ciñéndose a las fortificaciones, atacan las calles Puebla y Crimée. Su izquierda, comprometida todavía en lo alto del distrito X, trata de apoderarse de las calles de éste que llevan al bulevar de La Villette. Sus baterías de la calle Flandre, de las fortificaciones, de La Rotonde, unen sus fuegos a los de Montmartre y acribillan de obuses el cerro Chaumont.

La barricada de la calle Puebla cede hacia las diez. Un marino que se ha quedado solo, parapetado detrás de los adoquines, espera a los versalleses, descarga su revólver, y salta sobre ellos hacha en mano. El enemigo se despliega por las calles adyacentes, hasta la calle Meynadier, que los tiradores federados sostienen firmemente. En la plaza Fêtes, dos piezas enfilan la calle Crimée y protegen nuestro flanco derecho.

A las once se encuentran en la calle Haxo nueve o diez miembros del Consejo. Jules Allix, con más empaque que nunca, viene radiante. Según él, todo va perfectamente; los barrios del centro están desprovistos de tropas, no hay más que bajar en masa a ellos. Otros se imaginan que van a poner fin a las matanzas rindiéndose a los prusianos, que los entregarán a Versalles. Uno o dos expresan la absurda esperanza de que los federados no dejen salir a nadie; apenas se les hace caso, y Jules Vallès se dispone a lanzar un manifiesto. En esto llega Ranvier, que busca hombres para la defensa del cerro Chaumont: «¡Vayan a batirse, les grita, en lugar de discutir!» Esta frase de un hombre dotado de sentido común, deshace el grupo. Cada cual tira por su lado; último encuentro de estos perpetuos deliberadores.

Los versalleses ocupan el bastión 16. A mediodía se extiende el rumor de que las tropas llegan por las ca-

lles de París y las fortificaciones. Una multitud de hombres y mujeres, expulsados de sus casas por los obuses, asedian la puerta de Romainville para salir al campo. A la una bajan el puente levadizo para dar paso a seis francmasones que han ido a pedir a los prusianos que dejen pasar a los federados; la multitud se lanza fuera, hacia las primeras casas de la aldea de Lilas, quiere atravesar la barricada prusiana que se alza en mitad de la carretera. El brigadier de la gendarmería de Romainville grita a los prusianos: «¡Disparen, disparen contra esa canalla!» Un soldado prusiano hace fuego y hiere a una mujer.

Hacia las cuatro, un tal Parent, que se presenta como coronel, uno de esos seres que brotan de la escoria de las derrotas, imponiéndose gracias a su aventajada estatura, hace que bajen el puente levadizo para él, y se dirige, sin ningún mandato, a pedir paso a las tropas prusianas. El extranjero responde que entregará a los federados a las autoridades versalleses.

En ese momento, un miembro de la Comuna, Arnold, que creía, a pesar de todo, en la intervención americana, fue a las avanzadas alemanas a llevar una carta para el embajador Washburne, más hostil que nunca a la causa de la Comuna, ya que era amigo de Darboy. Arnold fue recibido con bastante dureza y despedido con la vaga promesa de que su billete sería retransmitido.

Varios batallones versalleses, que habían llegado por la ruta estratégica a la calle Crimée, son detenidos en la calle Bellevue. Desde la plaza Marché, tres cañones unen su fuego al de la plaza Fêtes, para proteger el cerro Chaumont. Cinco artilleros sirvieron esas piezas todo el día, sin necesidad de órdenes ni de jefes. A las cuatro, los cañones del cerro callan, faltos de municiones; los que los servían van a unirse a los tiradores de las calles Ménadier, Fessart y Annelets.

A las cinco, Ferré lleva a la calle Haxo a los soldados de línea del cuartel Prince-Eugène, trasladados desde el miércoles a La Petite Roquette. La actitud de la muchedumbre que los ve pasar no tiene nada de amenazadora; el pueblo no guardía odio al soldado, que es tan pueblo

como él mismo. La tropa es acuartelada en la iglesia de Belleville. Su llegada da lugar a una distracción fatal. La gente acude a su paso, y la plaza Fêtes queda desamparada. En esto surgen los versalleses, la ocupan, y los últimos defensores del cerro se repliegan hacia el Temple y la calle París.

Mientras su frente cede, los federados son atacados por la espalda. Desde las cuatro de la tarde, los versalleses sitían el Père-Lachaise, que encierra apenas doscientos federados, como de costumbre carentes de disciplina y de previsión; los oficiales no han conseguido hacer almenar los muros. Los versalleses abordan por todas partes este terrible reducto, cuyo interior barre la artillería del bastión. Las piezas de la Comuna apenas tienen ya municiones desde mediodía. A las seis, los versalleses, que no se atreven, a pesar de su número, a intentar el escalo, cañonean la puerta principal del cementerio, que cede bien pronto, a pesar de la barricada que la protege. Resguardados detrás de las tumbas, los federados disputan su refugio a los asaltantes. En las fosas se desarrollan combates con arma blanca. Los enemigos ruedan y mueren en las mismas tumbas. La oscuridad no detiene la desesperación.

El sábado por la noche

El sábado por la noche ya no les quedan a los federados más que dos trozos de los distritos XI y XX. Los versalleses ocupan la plaza Fêtes, las calles Fessart, Pradier, hasta Rebeval, donde su avance se ve contenido, lo mismo que en el bulevar. El cuadrilátero comprendido entre las calles Faubourg-du-Temple, Folie-Méricourt, La Roquette y los bulevares exteriores, está parcialmente ocupado por los federados. Douay y Clinchant esperan, en el bulevar Richard Lenoir, a que Vinoy y Ladmirault se apoderen de las alturas y destruyan con sus fusiles a los últimos sublevados.

LLUEVE A TORRENTES. El incendio de La Villette presta a estas tinieblas su cegadora claridad. Los obuses siguen asolando a Belleville, llegan hasta Bagnolet y hie-

ren a algunos soldados prusianos. Los heridos afluyen a la alcaldía del distrito XX, donde no hay ni médicos, ni medicinas, ni colchones, ni mantas; los desgraciados agonizan sin auxilios. Los *Vengadores de Flourens* llegan con su capitán a la cabeza, un hombretón grande y fuerte, que se tambalea, herido, sobre su caballo. La cantinera, delirante, con un pañuelo alrededor de la ensangrentada frente, jura y llama a los hombres con un rugido de loba herida. Las armas se disparan solas entre los dedos irritados. El estruendo de los furgones, las amenazas, los lamentos, la fusilería, el silbido de los obuses se mezclan en un aquelarre enloquecedor. Cada minuto trae un nuevo desastre. Un guardia llega: «¡Acaba de ser abandonada la barricada Pradier!» Otro: «Hacen falta hombres en la calle Rebeval.» Otro: «¡Los de la calle Prés están huyendo!» Los únicos que oyen este reiterado tañido de agonía son seis o siete miembros de la Comuna —Trinquet, Ferré, Varlin, Ranvier, Jourdc—. Y, desesperados ante su propia impotencia, hechos polvo por los seis días que llevan sin descansar un instante, los más fuertes se hunden en el dolor.

Domingo, 26 de mayo

A la madrugada, Vinoy y Ladmirault lanzan sus tropas a lo largo de las fortificaciones, por la ruta estratégica, que ha quedado sin defensa, y se reúnen en la puerta de Romainville. Hacia las cinco, las tropas ocupan la barricada de la calle Rebeval y, tomando por la calle Vincent y el pasaje Renard, atacan por la espalda las últimas barricadas de la calle Paris. Hasta las ocho no ocupan la alcaldía del distrito XX. La barricada de la calle Paris, en la esquina del bulevar, sigue siendo defendida por el comandante del batallón 191 y por cinco o seis guardias que se mantienen firmes hasta que se les agotan las municiones.

Hacia las nueve de la mañana, una columna versallesa, que ha salido del bulevar Philippe-Auguste, entra en La Roquette y pone en libertad a ciento cincuenta gendarmes, sacerdotes, refractarios, adversarios de

todo género de la Comuna, a quienes nadie ha molestado ni poco ni mucho. Dueño del Père-Lachaise desde la noche anterior, Vinoy hubiera podido ocupar la cárcel, evacuada mucho antes por el puesto de federados. Pero profesaba la teoría de Thiers, de que nunca habría bastantes mártires. Varios detenidos que habían salido la víspera, entre ellos el obispo Surat y dos curas, fueron aprisionados de nuevo y fusilados en las barricadas; cabía esperar que otros corriesen la misma suerte que ellos, justificando así las represalias.

A las diez, la resistencia está reducida al pequeño cuadrado que forman las calles Faubourg-du-Temple, Trois-Bornes y Trois-Couronnes, y el bulevar Belleville. Dos o tres calles del XX luchan todavía; entre otras, la calle Ramponneau. Una pequeña falange, capitaneada por Varlin, Ferré y Gambon, con la banda roja a la cintura y el fusil en bandolera, baja por la calle Champs y desemboca en el bulevar. Un garibaldino de gigantesca estatura lleva una inmensa bandera roja. Entra en el distrito XI. Varlin y sus colegas van a defender la barricada de la calle Faubourg-du-Temple y Fontaine-au-Roi. La barricada es inabordable de frente; los versalleses, dueños del hospital Saint-Louis, consiguen rodearla por las calles Saint-Maur y Bichat.

A las once, los federados casi no tienen ya cañones; los tercios del ejército los rodean. En las calles Faubourg-du-Temple, Oberkampf, Saint-Maur y Parmentier, quieren luchar todavía. Hay allí unas cuantas barricadas a las que no se puede dar la vuelta, y varias casas que no tienen salida. La artillería versallesa las cañonea hasta que los federados han agotado sus últimas municiones. Quemado el último cartucho, se lanzan contra los fusiles que los acorralan.

Disminuye el ardor de la fusilería; hay largos silencios. El domingo 28 de mayo, al mediodía, se dispara el último cañonazo federado desde la calle Paris, tomada por los versalleses. La pieza, atacada con doble carga, exhala el supremo suspiro de la Comuna de París.

La última barricada de las jornadas de mayo es la de la calle Ramponneau. Por espacio de un cuarto de

hora la defiende un solo federado. Por tres veces rompe el asta de la bandera versallesa enarbolada sobre la barricada de la calle Paris. Como premio a su valor, el último soldado de la Comuna consigue escapar.

Todo ha terminado

A la una, todo había terminado. La plaza de la Concordia se había sostenido dos días; Butte-aux-Cailles, dos; La Villette, tres; el bulevar Voltaire, tres días y medio. De los setenta y nueve miembros de la Comuna en funciones el 21 de mayo, uno murió en las barricadas: Delescluze; dos fueron fusilados; Jacques Durand y Raoul Rigault; dos estaban gravemente heridos: Brunel y Vermorel; tres heridos: Protot, Oudet y Frankel. Los versalleses perdieron poca gente; los federados, tres mil muertos o heridos. Las pérdidas del ejército, en junio del 48, y la resistencia de los insurrectos, fueron relativamente más serias. Pero los sublevados de junio no tuvieron enfrente más que treinta mil hombres; los de mayo lucharon contra ciento treinta mil. El esfuerzo de junio no duró más que tres días; el de los federados duró siete semanas. La víspera de junio, el ejército revolucionario estaba intacto; el 20 de mayo estaba diezmado. Sus defensores más aguerridos habían perecido en las avanzadas. ¿Qué no hubiesen hecho en París, en Montmartre, en el Panteón, los quince mil valientes de Neuilly, de Asnières, de Issy, de Vanves y de Cachan?

Rendición del fuerte de Vincennes

La ocupación del fuerte de Vincennes tuvo lugar el lunes 29. Este fuerte, desarmado, no había podido tomar parte alguna en la lucha. Su guarnición se componía de trescientos cincuenta hombres y de veinticuatro oficiales, mandados por el jefe de legión Faltot, veterano de las guerras de Polonia y garibaldinas, uno de los más activos del 18 de marzo. Se le ofreció un asilo seguro. Respondió que su honor le prohibía abandonar a sus compañeros de armas.

El sábado, un coronel de estado mayor versallés vino a negociar una capitulación. Faltot pedía pasaportes en blanco, no para sí, sino para algunos de sus oficiales de nacionalidad extranjera. Ante la negativa de Versalles, Faltot cometió la torpeza de dirigir la misma petición a los alemanes. Mac-Mahon, en previsión de un asedio, había vuelto a solicitar la ayuda del príncipe de Sajonia, y el alemán velaba por su cofrade. Durante estas negociaciones, el general Vinoy se había procurado cómplices dentro de la plaza, donde algunos hombres se ofrecían a reducir a los federados intratables. De estos últimos era Merlet, guardia general de ingenieros y de artillería, antiguo suboficial, plenamente dispuesto a volar la plaza antes que rendirla. El polvorín contenía diez mil kilogramos de pólvora y cuatrocientos mil cartuchos.

El domingo, a las ocho de la mañana, sonó un disparo en la habitación de Merlet. Acudieron; yacía en tierra con la cabeza atravesada de un balazo. El desorden de la habitación, la dirección de la bala eran testimonios evidentes de que había habido lucha. Un capitán, ayudante mayor del 99, Bayard, muy exaltado durante la Comuna y a quien los versalleses pusieron en libertad, confesó solamente que él había dispersado los elementos de la pila eléctrica preparada por Merlet para volar el fuerte.

El lunes, el coronel versallés renovó su proposición. La lucha en París había terminado. Los oficiales deliberaron, y convinieron en que se abrirían las puertas. A las tres entraron los versalleses. La guarnición, sin armas, estaba agrupada al fondo del patio. Nueve oficiales fueron encerrados aparte.

Por la noche, en los fosos, a cien metros del lugar en que cayó el duque de Enghien, estos nueve oficiales se alinearon ante el pelotón de ejecución. Uno de ellos, el coronel Delorne, se volvió hacia el versallés que mandaba la tropa y le dijo: «Tómeme el pulso; verá usted si tengo miedo.»

Cuarta parte
LA VENGANZA

CAPÍTULO XXXIV

La furia versallesa. — Los mataderos. — Los tribunales prebostales. — Muerte de Varlin. — La peste. — Los enterramientos.

«Somos gente honrada; se hará justicia con arreglo a las leyes ordinarias. Sólo recurriremos a la ley.»

Thiers a la Asamblea Nacional, el 22 de mayo del 71.

«Puedo afirmar que el número de ejecuciones ha sido muy restringido.»

Mac-Mahon. «Encuesta sobre el 18 de marzo.»

El orden reinaba en París. Por todas partes ruinas, muertos, siniestros crujidos. Los oficiales andaban por medio de la calle, provocadores, haciendo sonar el sable; los suboficiales copiaban su arrogancia. Los soldados vivaqueaban en todas las grandes calles; algunos, embrutecidos por la fatiga y la matanza, dormían en mitad de la acera; otros preparaban la comida cantando canciones de su tierra.

La bandera tricolor pendía desmayadamente de todas las ventanas, para alejar los registros. Los fusiles, las cartucheras, los uniformes, se amontonaban en el arroyo, en los barrios populares, arojados por las ventanas o traídos durante la noche por los aterrorizados vecinos. En las puertas, las mujeres de los obreros, sentadas, con la cabeza entre las manos, miraban fijamente ante sí, esperando a un hijo o a un marido que jamás habrían de volver.

Los emigrados de Versalles, los inmundos seres que arrastran en pos de sí las victorias cesáreas, ensordecían los bulevares. Este populacho se abalanzaba desde el miércoles sobre los convoyes de prisioneros, aclamaba a los gendarmes a caballo —se vio a algunas damas

besar sus botas—, aplaudía al paso de los carruajes ensangrentados, acaparaba a los oficiales que contaban sus proezas, en la terraza de los cafés, materialmente acosados por las prostitutas. Los paisanos competían en desenvoltura con los militares. Uno que no había pasado de la calle Montmartre, describía la zona de Château-d'Eau, se vanagloriaba de haber fusilado su buena docenita de federados. Algunas mujeres elegantes iban a mirar los cadáveres y, para gozar de los valerosos muertos, levantaban sus últimas ropas con la punta de sus sombrillas.

«Habitantes de París —dijo Mac-Mahon el día 28— ¡París ha sido libertado! Hoy ha terminado la lucha; el orden, el trabajo y la seguridad van a renacer.»

¡Ay de los vencidos!

«París libertado» fue dividido en cuatro mandos —Vinoy, Ladmirault, Cissey, Douai— y sometido de nuevo al régimen de estado de sitio levantado por la Comuna. No hubo en París más que un gobierno: el ejército que asesinaba a París. Los transeúntes se vieron obligados a demoler las barricadas, y todo signo de impaciencia fue castigado con la detención, como toda imprecación con la muerte. Se anunció que cualquier detentador de un arma sería llevado inmediatamente a presencia de un consejo de guerra; que toda casa desde la que se disparase sería entregada a ejecución sumarísima. Los establecimientos públicos tuvieron que cerrar a las once; sólo los oficiales vestidos de uniforme tuvieron la calle por suya. Por las noches recorrían la ciudad patrullas de jinetes. La entrada en París se hizo difícil; la salida, imposible. Los hortelanos no podían entrar y salir cuando querían; estuvieron a punto de faltar los víveres.

Acabada la lucha, el ejército se transformó en un inmenso pelotón de ejecución. En junio del 48, Cavagnac prometió el perdón y asesinó; Thiers había jurado por las leyes, y dejó carta blanca al ejército. Era partidario del «máximo rigor», para poder así lanzar su

célebre frase: «El socialismo ha acabado por mucho tiempo». Más tarde contó que no había habido manera de contener al soldado; excusa inadmisible, ya que los mayores asesinatos no tuvieron lugar hasta después de la batalla.¹

El domingo 28, terminada la lucha, varios millares de personas reunidas en los alrededores del Père-Lachaise fueron conducidas a la cárcel de La Roquette. Un jefe de batallón que estaba a la puerta miraba de arriba abajo a los prisioneros y, según le daba la vena, decía: «¡A la derecha!», o «¡A la izquierda!» Los de la izquierda eran para ser fusilados. Después de vaciarles los bolsillos, se les alineaba ante un muro y se les mataba. Frente al muro, dos sacerdotes canturreaban la recomendación del alma.

Del domingo al lunes por la mañana, sólo en La Roquette se mató a mil novecientas personas. La sangre corría por los arroyos de la cárcel. La misma carnicería hubo en Mazas, en la Escuela Militar, en el parque Monceau.

Los tribunales prebostales

Más siniestros aún, si cabe, eran los tribunales prebostales, en los que se hacía un simulacro de juicio. No habían surgido al azar, obedeciendo a los furores de la lucha. Mucho antes de la entrada en París, Versalles había señalado su número, sitio, límites y jurisdicción. Uno de los más célebres de estos tribunales tenía su sede en el Châtelet y estaba presidido por el coronel de la guardia nacional, Louis Vabre, el del 31 de octubre

1. En una bodega de la plaza Voltaire, vimos entrar el domingo por la mañana a unos soldados jóvenes, fusileros de marina de la quinta de 1871. «¿Hay muchos muertos?, preguntamos. —¡Ah, tenemos orden de no hacer prisioneros! El general lo ha mandado. (No pudieron darnos el nombre de su general.) Si no hubieran incendiado, no se les haría eso; pero como lo han hecho, hay que matarlos.» (Textual.) Después, dirigiéndose a su camarada: «Esta mañana, ahí (y señalaba la barricada de la alcaldía) llegó uno de blusa. “¡No me fusilaréis!”, dijo. —¡Oh, no! Le hiciémos pasar delante de nosotros, y ¡pim, pam!... ¡Cómo patalcaba!»

y del 18 de marzo, un vigoroso animal de talla gigantesca. La historia posee varias actas de las matanzas de L'Abbaye, en que los prisioneros, conocidísimos, pudieron defenderse. Los parisienses de 1871 no alcanzaron la justicia de Maillard; apenas hay huellas de cuatro o cinco diálogos. Los millares de cautivos conducidos al Châtelet eran encerrados primeramente en la sala, bajo el fusil de los soldados; después, empujados de pasillo en pasillo, desembocaban como corderos en la Cámara, donde Vabre se pavoneaba, rodeado de oficiales del ejército y de la guardia nacional del orden, con el sable entre las piernas, algunos con el cigarro en la boca. El interrogatorio duraba un cuarto de minuto. «¿Ha tomado usted las armas? ¿Ha servido a la Comuna? ¡Enséñeme las manos!» Si su actitud era resuelta o su facha antipática, sin preguntar el nombre, la profesión, sin tomar nota en ningún registro, el reo era *clasificado*. «¿Y usted?», decían al vecino, y así sucesivamente, hasta llegar al último de la fila. Aquellos a quienes un capricho salvaba, eran llamados *ordinarios* y reservados para Versalles. No se ponía en libertad a nadie.

Los *clasificados* eran entregados inmediatamente a los ejecutores, que los llevaban al cuartel Lobau. Allí, a puerta cerrada, los gendarmes disparaban sin agrupar a sus víctimas. Algunos, malheridos, corrían a lo largo de las paredes. Los gendarmes los cazaban, les tirotaban hasta que se les acababa la vida. Edouard Moreau pereció en una de estas hornadas. Sorprendido en la calle Rivoli, fue llevado al Châtelet. Su mujer le acompañó hasta la puerta del cuartel Lobau, y oyó los disparos que mataban a su marido.

En el Luxembourg, las víctimas del tribunal prebostal eran arrojadas, primero, a un sótano que tenía la forma de un verdadero laberinto, que recibía únicamente el aire por una angosta abertura. Los oficiales estaban en una sala del entresuelo, rodeados de «brassardiers», agentes de policía y burgueses privilegiados que iban en busca de emociones fuertes. Como en el Châtelet, el mismo interrogatorio inútil, y ninguna defensa. Después del desfile, los prisioneros volvían a un

sótano o eran conducidos al jardín; allí, al pie de la terraza de la derecha, eran fusilados. El muro chorreaba masa encefálica, y los soldados chapoteaban en la sangre.

Los asesinatos prebostales se llevaban a cabo de idéntica manera en la Escuela Politécnica, en el cuartel Dupleix, en las estaciones del Norte, del Este, en el Jardin des Plantes, en varios cuarteles que coincidían en los procedimientos de matadero sin frases. Las víctimas morían sencillamente, sin fanfarronadas. Muchas se cruzaban de brazos, otras mandaban el fuego. Algunas mujeres y niños seguían a su marido, a su padre, gritando: «¡Fusiladnos con ellos!» Se vio a algunas mujeres, ajenas a la lucha, pero a quienes estas carnicerías enloquecían, disparar contra los oficiales y luego arrojarlos contra un muro, esperando la muerte.

Para los oficiales, en su mayor parte bonapartistas, los republicanos eran víctimas selectas. El general De Lacretelle dio orden de fusilar a Cernuschi, que había contribuido con doscientos mil francos a la campaña contra el plebiscito. El doctor Tony Moilin, orador de las reuniones públicas, fue condenado a muerte, no, según se le dijo, porque hubiese cometido ningún acto que lo mereciera, sino por ser republicano, «una de esas personas de quienes hay que desembarazarse». Los republicanos de la izquierda, cuyo odio a la Comuna estaba harto probado, no se atrevieron a poner el pie en París, por miedo a ser comprendidos en la matanza.

No todo el mundo tenía la suerte de tropezar con un tribunal prebostal o con los azares de un matadero. Muchos fueron muertos en el patio de su misma casa, delante de su puerta, acto continuo de su detención, como el doctor Napias-Piquet, fusilado en la calle Rivoli y cuyo cadáver estuvo abandonado todo el día, no sin que los soldados le quitasen las botas. Otro tanto le ocurrió a un presidente del club de Saint-Sulpice, que fue sacado a la calle en camisón. El ejército, que no disponía de policía ni de informes precisos, mataba a diestra y siniestra, guiado únicamente por los furros de los «brassardiers», e incluso por las delaciones de funcionarios que tenían faltas de sobra que

ocultar. Cualquiera que señalase a un transeúnte con un nombre revolucionario, podía hacerlo fusilar. En Grenelle fusilaron a un falso Billioray, a pesar de sus desesperadas protestas; en la plaza Vendôme lo fue un Brunel no más auténtico, en las habitaciones de Madame Fould. «Le Gaulois» publicó el relato de un cirujano militar que conocía a Vallès y había asistido a su ejecución. Testigos oculares afirmaron haber visto fusilar a Lefrançais, el jueves, en la calle de la Banque. El verdadero Billioray fue juzgado en el mes de agosto; Vallès, Brunel y Lefrançais lograron llegar al extranjero. De este modo fueron fusilados varios funcionarios de la Comuna, y frecuentemente varias veces en la persona de individuos más o menos parecidos a ellos.

Muerte de Varlin

Varlin tampoco debía escapar. El domingo, 28, en la plaza Cadet, fue reconocido por un cura, que corrió en busca de unos oficiales. El teniente Sicre agarró a Varlin, le ató las manos a la espalda y se lo llevó hacia el cerro donde se hallaba el general De Laveaucoupet. Varlin, que había expuesto su vida por salvar a los rehenes de la calle Haxo, fue arrastrado durante más de una hora por las empinadas calles de Montmartre. Bajo la granizada de golpes, su joven cabeza meditabunda, que nunca había alojado más que pensamientos de fraternidad, se convirtió en un informe montón de carne, con un ojo colgándole de la órbita. Cuando llegó a la calle Rosiers, al estado mayor, ya no andaba, sino que lo llevaban. Lo sentaron para fusilarlo. Los soldados destrozaron su cadáver a culatazos. Sicre le robó el reloj, con el que se pavoneaba.

El Mont des Martyrs no cuenta con mártir más glorioso. ¡Que sea también él enterrado en el gran corazón de la clase obrera! Toda la vida de Varlin es

2. Karl Marx acaba así *La Guerra Civil en Francia*: «El París de los obreros de 1871, el París de la Comuna, será celebrado siempre como la avanzada de una nueva sociedad. La memoria de sus mártires vivirá, como en un santuario, en el gran corazón de la clase obrera.»

un ejemplo. Se había formado por sí solo, con el encarnizamiento de su voluntad, consagrandolo al estudio, por las noches, las escasas horas que deja libres el taller, aprendiendo, no para llegar a cosechar honores como los Corbons o los Tolain, sino para instruir y libertar al pueblo. Fue el nervio de las asociaciones obreras de las postrimerías del Imperio. Infatigable, modesto, parco en palabras, hablando siempre en el momento oportuno y aclarando entonces con una sola frase lo confuso de la discusión, conservó siempre el sentido revolucionario que se enmohece frecuentemente en los obreros instruidos. Uno de los primeros, el día 18 de marzo, constante en la labor durante toda la Comuna, estuvo en las barricadas hasta el último momento. Este muerto pertenece por completo a los obreros.

Los periodistas versalleses escupieron sobre su cadáver, dijeron que se habían encontrado sobre él centenares de miles de francos, por más que el informe oficial dijese: «Un portamonedas que contenía 284,15 francos.» Los periodistas habían vuelto a París a la zaga del ejército, seguían a éste como chacales, y hundían su hocico en los cadáveres. Olvidando que en las guerras civiles sólo los muertos sin los que vuelven, todos estos Sarceys no tenían más que un artículo: ¡Mata! Publicaban los nombres, los escondites de aquellos a quienes había que fusilar, mostrábanse inagotables en invenciones para atizar el furor del burgués. Después de cada fusilamiento, gritaban, ¡todavía!: «Hay más. Hay que cazar a los comunistas.» («Bien public».) «Esos hombres que han matado por matar y por robar, están ahora presos, y ¿habremos de responderles: ¡clemencia!?...» «Esas horribles mujeres que acribillaban a puñaladas el pecho de los oficiales agonizantes están ahora presas ¿y ha de responderseles: ¡clemencia!?...» («Patrie».) «¿Qué es un republicano? Una bestia feroz... ¡Vamos, hombres honrados, un empujón para acabar con toda la gusanera democrática e internacional!» («Figaro».) «El reino de los malvados ha terminado. Jamás se sabrá con qué refinamientos de crueldad y de salvajismo han cerrado esta orgía de cri-

men y de barbarie. Dos meses de robo, de pillaje, de asesinatos y de incendio.» («Opinion Nationale».) «Ni uno solo de esos malhechores, en cuyas manos se ha encontrado París durante dos meses, será considerado como político; se les tratará como a bandidos que son, como a los más espantosos monstruos que se hayan visto nunca en la historia de la humanidad.» («Moniteur Universel.») Un periódico médico inglés pidió, el 27 de mayo, la vivisección de los prisioneros.

Para acabar de excitar a los soldados —¡como si hiciera falta!—, la prensa tejió coronas para ellos. «¡Qué admirable actitud la de nuestros oficiales y soldados!», decía «Le Figaro». «Sólo al soldado francés le es dado rehacerse tan bien y tan pronto.» «¡Qué horror!», exclamaba el «Journal des Débats». Nuestro ejército ha vengado sus desastres con una victoria inestimable.»

Así se vengaba el ejército de sus desastres; se vengaba cebándose en París. París era un enemigo, lo mismo que Prusia, y tanto menos digno de que se le guardasen miramientos, cuanto que el ejército tenía que reconquistar su prestigio. Para completar la semejanza, hubo un desfile triunfal después de la victoria. Los romanos no concedían nunca semejante honra después de las luchas civiles. Thiers organizó un magno desfile con todas las tropas, a la vista de los prusianos, a los que lanzaba los cadáveres de los parisienses como un desquite.

La soldadesca frenética

¿Qué de extraño tiene que, con semejantes jefes, el furor del soldado llegase a extremos tales de embriaguez, que ni siquiera la muerte le saciara? El domingo, 28, ante la fachada de la alcaldía del distrito XI, a cuyas paredes estaban adosados varios cadáveres, vimos a un fusilero de marina que cortaba con su bayoneta los intestinos que se deslizaban del vientre de una mujer; los soldados se divertían poniendo carteles en el pecho de los federados: *asesino, ladrón, borracho*, y hundían en su boca los golletes de las botellas.

¿Cómo explicar estos refinamientos de salvajismo? El informe oficial de MacMahon registra tan sólo 877 muertos versalleses desde el 3 de abril hasta el 28 de mayo. La furia versallesa no tenía, pues, la excusa de las represalias. Cuando un puñado de exasperados, para vengar a millares de hermanos suyos, fusila sesenta y tres rehenes de cerca de trescientos que tiene todavía entre sus manos, la reacción se cubre la faz con un velo y protesta en nombre de la justicia. ¿Qué dirá, entonces, esa justicia de aquellos que metódicamente, sin ansiedad respecto al resultado de la lucha, y, sobre todo, acabada ésta, fusilan a veinte mil personas que en sus tres cuartas partes, por lo menos, no habían combatido? Algunos resplandores de humanidad pasaron por el ánimo de los soldados, a algunos de los cuales se vio volver de las ejecuciones con la cabeza gacha. Los oficiales bonapartistas, en cambio, no desmayaron en su ferocidad. Aun después del domingo remataban con sus propias manos a los prisioneros; le llamaban al valor de las víctimas «insolencia, resolución de poner fin a su vida antes que vivir trabajando». El «hombre de peso» es la criatura más insaciablemente cruel.

Espectáculos atroces

«El suelo está sembrado de sus cadáveres —telegrafió Thiers a sus prefectos—; este espantoso espectáculo servirá de lección.» Era preciso, a pesar de todo, poner término a esta lección de cosas. No es que llegara la piedad, sino la peste. Los tábanos salían a millares de los cadáveres descompuestos. Las calles se cubrían de pájaros muertos. «L'Avenir Libéral», elogiando las proclamas de MacMahon, le había aplicado palabras de Fléchier: «Se oculta, pero su gloria le descubre.» La gloria del Turena de 1871 se descubría hasta en el Sena, jaspeado por un largo reguero de sangre que pasaba bajo el segundo arco del puente de las Tullerías. Los muertos de la semana sangrienta se vengaban, apestando las plazas, los solares, las casas en construcción, que habían servido de alivio a los mataderos y a los tribuna-

les prebostales. «¿Quién no recuerda —decía “Les Temps”—, si lo vio aunque fuese sólo unos minutos, no digamos la plaza, sino el osario de la torre de Saint-Jacques? De en medio de estas tierras húmedas, recién removidas por la pala, salían, acá y allá, cabezas, brazos, pies y manos. Veíanse a flor de tierra contornos de cadáveres; el espectáculo era abominable. Un olor glacial, repugnante, salía de aquel jardín. A ratos, en algunos sitios, se hacía fétido.» En el parque Monceau, ante los Inválidos, fermentados por la lluvia y el sol, los cadáveres rasgaban su parvo sudario de tierra. Un gran número de ellos quedaban todavía al aire, salpicados únicamente de cloro; en Saint-Antoine se veían montones «como de basura», decía un periódico del orden; en la Escuela Politécnica cubrían una extensión de cien metros de largo por tres de alto; en Passy, que no fue uno de los grandes centros de ejecución, había 1.100 cerca del Trocadero. Trescientos que fueron lanzados a los lagos del cerro Chaumont subieron a la superficie y paseaban, hinchados, sus efluvios mortales. La gloria de Mac-Mahon se descubría demasiado. Los periódicos se asustaron. «Es preciso —dijo uno de ellos— que esos miserables que tanto mal nos hicieron vivos no puedan hacernos todavía más después de su muerte.» Los mismos que habían atizado las matanzas gritaron: ¡Basta!

«¡No matemos más! —dijo el “Paris-Journal” del 2 de junio—. ¡Ni a los asesinos, ni a los incendiarios! ¡No matemos más! No es su indulto lo que pedimos, sino una prórroga.»

«¡Basta de ejecuciones, basta de sangre, basta de víctimas —dicen “Le National” y “L’Opinion Nationale”—. Hace falta proceder a un *examen serio de los inculpados. No quisiéramos ver morir más que a los verdaderos culpables.*»

Las ejecuciones se espaciaron, y empezó la limpieza. Carruajes de todo género, carros descubiertos, carretas, ómnibus, recogieron los cadáveres en todos los barrios. Desde la época de las grandes pestes no se habían visto tales carretadas de carne humana. Por las contorsiones de la violenta agonía era fácil reconocer que muchos de aquellos hombres, enterrados en vida, habían lucha-

do contra la tierra. Había cadáveres tan putrefactos, que fue preciso conducirlos a gran velocidad en carros cerrados, depositándolos en fosas llenas de cal.

Los cementerios de París absorbieron todo lo que podían contener. Las víctimas innumerables, unas junto a otras, descalzas, llenaron inmensas zanjas en el Père-Lachaise, en Montmartre, en Montparnasse, adonde el recuerdo del pueblo va a buscarlas todos los años. Otras fueron llevadas a Charonne, a Bagnolet, a Bicêtre, a Bercy, donde se utilizaron las trincheras abiertas durante el sitio, e incluso algunos pozos. «Allí nada hay que temer de las emanaciones cadavéricas —decía “La Liberté” de Girardin—; el surco del labrador se abrevará de una sangre impura que lo fecundará. El delegado de Guerra muerto podrá pasar revista a sus fieles a media noche; la consigna será: *Incendio y Asesinato.*» Mujeres en pie a la orilla de las trincheras y de los fosos, buscaban a alguien entre aquellos despojos. La policía esperaba que su dolor las traicionase para detener a tales «hembras de insurrectos». Durante mucho tiempo se oyeron en aquellos fosos los aullidos de los perros fieles, de los animales tan superiores, esta vez, a los hombres.

Como la inhumación de este ejército de muertos excedía a todas las fuerzas, se trató de disolverlos. Las casamatas habían quedado llenas de cadáveres; se extendieron sobre ellos sustancias inflamables y se improvisaron hornos crematorios, que formaron una inmensa papilla. En el cerro Chaumont se hizo una hoguera colosal inundada de petróleo, y, por espacio de varios días, un humo denso, nauseabundo, empenachó los jardines.

La cuenta de los muertos

Las matanzas en masa duraron hasta los primeros días de junio, y las ejecuciones sumarias hasta mediados del mismo mes. Durante mucho tiempo, misteriosos dramas visitaron el Bois de Boulogne. Jamás se sabrá el número exacto de las víctimas de la semana

No pocos campos de batalla han contado un número mayor de muertos. Pero éstos, por lo menos, cayeron en el furor de la lucha. El siglo XIX no vio nunca semejante degollina después del combate. Nada hay que se le parezca en la historia de nuestras guerras civiles. La noche de San Bartolomé, junio del 42, el 2 de diciembre, serían iguales, a lo sumo, a un episodio de matanzas de mayo. Sólo las hecatombes asiáticas pueden dar una idea de esta carnicería de proletarios.

Todas las potencias sociales aplaudieron a Thiers, tratando de sublevar al mundo contra este pueblo que, después de dos meses de reinado soberano y del asesinato de millares de los suyos, había sacrificado a sesenta y tres rehenes. El 28 de mayo, los curas, grandes consagradores de asesinatos, celebraron un oficio solemne ante la Asamblea en pleno. Cinco días antes, los obispos, capitaneados por el cardenal De Bonnechose, habían pedido a Thiers que restableciese al papa en sus Estados. El «Gesù» avanzaba, dueño de la victoria, y sobre el orgulloso escudo de París, borrando la nave de la esperanza, ponía el Sagrado Corazón sangriento.



CAPÍTULO XXXV

Los convoyes de prisioneros.—El internadero.—Satory.—Las detenciones.—Los delatores.—La prensa.—La extrema izquierda maldice a los vencidos.—Manifestaciones en el extranjero.

«La causa de la justicia, del orden, de la humanidad y de la civilización, ha triunfado.»

Thiers a la Asamblea Nacional, el 22 de mayo del 71.

Son estas jornadas de furia y de sangre uno de los mayores eclipses de la civilización que de los Césares acá hayan ensombrecido a Europa. Así cayó Vitelio sobre Roma; de igual modo sitió a sus adversarios con un movimiento envolvente. Idéntica ferocidad en la matanza de prisioneros, de mujeres y niños; los mismos «brassardiers» a la zaga de los vencedores; pero Vitelio, por lo menos, no hablaba de civilización.

¡Dichosos acaso los muertos, que no tuvieron que sufrir el calvario de los prisioneros!

Si los fusilamientos se habían llevado a cabo en masa, júzguese lo que serían las detenciones. Furibundas razzias de hombres, de mujeres, de niños. Parisienses, provincianos, extranjeros, indiferentes, una mezcla de gente de ambos sexos, de todas las edades, de todos los partidos, de todas condiciones. Se llevaban en masa a los inquilinos de una casa; algunas veces, inclusive, a los vecinos de toda una barriada. El miedo cerraba las puertas; no había ya hospitalidad en la calle. Una sospecha más o menos motivada, una actitud mal interpretada, bastaban para ser apresado por los soldados. Éstos, del 21 al 30 de mayo, recogieron por esta suerte a cuarenta mil personas.

Los cautivos, formados en largas cadenas, unas veces sueltos, otras atados con cuerdas hasta formar un bloque, como en junio del 48, eran conducidos a Versalles. Al que se negaba a andar lo agujaban con la bayoneta; si se resistía, lo fusilaban sobre la marcha o

lo ataban a la cola de un caballo. Ante las iglesias de los barrios ricos se les obligaba a arrodillarse, con la cabeza descubierta, mientras la turba de lacayos, elegantes y prostitutas gritaba: «¡Matadlos! ¡Matadlos! ¡No vayáis más lejos! ¡Fusiladlos aquí mismo!» En los Campos Elíseos quisieron romper las filas, probar a qué sabía la sangre.

Galliffet en funciones

Galliffet los esperaba en La Muctte. Allí cobraba su diezmo, recorría las filas y con su cara de lobo flaco: «Tú tienes facha de ser inteligente —le decía a uno—. Sal de la fila.» «Tú tienes un reloj —decía a otro—. Debes de ser funcionario de la Comuna», y lo ponía aparte. Una de estas hornadas fue descrita por el corresponsal del «Daily News», que se vio obligado, envuelto en una razzia, a acompañar a una columna hasta La Muctte:

«En la avenida Urich, la columna hizo alto, y los cautivos fueron dispuestos en cuatro o cinco filas en medio de la calle. El general marqués de Galliffet, que nos había precedido con su estado mayor, se apeó del caballo y empezó su inspección por la izquierda, cerca del sitio en que me encontraba yo. Marchaba lentamente, examinaba las filas como en una revista, golpeaba en el hombro a un prisionero o le ordenaba que pasase atrás. El individuo así escogido, a menudo sin más interrogatorio, era sacado inmediatamente fuera de la fila, y por este procedimiento se formaba otra columna suplementaria. Los que la componían se daban perfecta cuenta de que había llegado su última hora, y era de un interés terrible observar su actitud. Uno, herido, con la camisa empapada en sangre, se sentó en la calle rugiendo de dolor. Otros lloraban en silencio. Dos soldados, presuntos desertores, suplicaban a los demás prisioneros que dijese si los habían visto alguna vez en sus filas. Varios sonreían, retadores. ¡Qué cosa más horrible ver así a un hombre arrancado a sus semejantes y muerto sin más formalidades de proceso! A algunos pasos de mí, un oficial de a caballo indicó al mar-

qués de Galliffet a un hombre y una mujer culpables de no sé qué clase de delito. La mujer se lanzó fuera de las filas, se arrodilló, y tendiendo los brazos imploró piedad, haciendo protestas de su inocencia en los términos más patéticos. El general estuvo contemplándola un rato; después, con absoluta impasibilidad: «Señora —le dijo—, he frecuentado todos los teatros de París; no vale la pena representar una comedia.» Seguí al general, por mi parte, siempre prisionero, pero escoltado por dos cazadores a caballo, y traté de darme cuenta de lo que podía guiarle en su elección. Advertí que no convenía ser ostensiblemente más alto, más bajo, más sucio, más limpio, más viejo o más feo que el vecino. Un individuo debió especialmente a su nariz partida el ser libertado de los males del mundo. El general, después de escoger así un centenar de prisioneros, formó un pelotón de ejecución, y la columna reanudó su marcha. Algunos minutos después oímos detrás de nosotros las descargas, que duraron un cuarto de hora. Era la ejecución sumarisima de aquellos desgraciados.»¹

El domingo, 28, dijo Galliffet: «¡Que rompan filas todos los que tengan el pelo gris!» Avanzaron ciento once prisioneros. «Vosotros —continuó Galliffet— habéis sido testigos de junio del 48; por lo tanto, sois más culpables que los demás.» E hizo rodar sus cadáveres a los fosos de las fortificaciones.

Una vez sufrida esta depuración, los convoyes seguían adelante, camino de Versalles, entre dos filas de jinetes. Hubiérase dicho la toma de una ciudad por las hordas tártaras. Muchachos de doce a dieciséis años, hombres de barba blanca, soldados con el capote vuelto del revés, hombres elegantes, otros de blusa, seres de las más variadas condiciones, las más delicadas y las más rudas, arrastrados por la misma catarata. Muchas mujeres; algunas con las manos esposadas; ésta con su bebé que apretaba el cuello maternal con sus manitas asustadas; aquélla con el brazo roto o la camiseta tinta en sangre; una, agotada, se colgaba del brazo de su vecino más vigoroso; otra, en una actitud estatuaría,

1. «Daily News», 8 junio del 71. «Times», 31 de mayo del 71.

desafiaba el dolor y los ultrajes; siempre la misma mujer del pueblo, que después de haber llevado pan a las trincheras y consuelo a los agonizantes,

«harta de dar a luz desventurados»,

se había lanzado al encuentro de la muerte liberadora.

Su actitud, que los extranjeros admiraban,² exasperaba la ferocidad versallesa. «Viendo pasar los convoyes de mujeres insurrectas —decía “Le Figaro”—, se siente uno, que quiera que no, preso de una especie de piedad. Tranquilicémonos pensando que todas las casas de tolerancia de la capital fueron abiertas por los guardias nacionales que las protegían, y la mayor parte de estas damas eran inquilinas de aquellos establecimientos.»

Jadeantes, manchados de basura, con la cabeza al aire bajo un sol ardiente, embrutecidos por el cansancio, el hambre y la sed, los convoyes se arrastraban horas y horas por el polvo ardiente del camino, hostigados por los gritos y los golpes de los cazadores a caballo. No trató tan cruelmente el prusiano a estos soldados encarnizados cuando, prisioneros a su vez, meses antes, eran conducidos de Sedan o desde Metz. Los cautivos que caían eran rematados a tiros de revólver; pocas veces los echaban a las carretas de la impedimenta.

Los cautivos en Versalles

La multitud los esperaba a la entrada de Versalles; siempre lo más escogido de la sociedad francesa, diputados, funcionarios, sacerdotes, mujeres de todas las esferas. Los furores del 4 de abril y de los convoyes

2. «He visto, decía el “Times” del 29 de mayo, una joven vestida de guardia nacional, con la frente erguida, entre los prisioneros que llevaban los ojos bajos. Esta mujer, alta, de largos cabellos rubios, desafiaba a todo el mundo con la mirada. La multitud la insultaba; ella no pestañeaba, y avergonzaba a los hombres con su estoicismo.»

precedentes fueron tan superados como el mar se supera a sí mismo en las mareas del equinoccio. Las avenidas de París y de Saint-Cloud estaban bordeadas por estos salvajes que rodeaban a los convoyes con su griterío y sus golpes, cubriéndolos de inmundicias y cascotes de botella. «Se ven —decía “Le Siècle” del 30 de mayo— mujeres, no ya mujeres públicas, sino mujeres del gran mundo, que insultan a los prisioneros a su paso e incluso los golpean con su sombrilla.» Algunas recogían polvo con sus enguantadas manos y lo arrojaban a la cara de los cautivos. ¡Desgraciado del que dejase escapar un gesto de piedad! Era arrojado al convoy; y por satisfecho podía darse si no hacían más que llevarlo al puesto de policía, como a Ratisbonne, que acaba de escribir en “Débats”: «¡Qué inestimable victoria!» ¡Espantoso retroceso de la naturaleza humana, tanto más odioso cuanto más contrastaba con la elegancia en el vestir! Algunos oficiales prusianos vinieron de Saint-Denis a ver una vez más qué clases gobernantes habían tenido ante sí.

Los primeros convoyes fueron paseados como espectáculo por las calles de Versalles. Otros se estacionaron horas enteras en la plaza de las Armas, tórrida, a dos pasos de los grandes árboles, cuya sombra se les negaba, tan agobiados de ignominias que los desgraciados soñaban con el refugio de los depósitos.

Había cuatro de éstos: los sótanos de las Grandes Ecuries, la Orangerie del Palacio, los almacenes de Satory, y el picadero de la Escuela de Saint-Cyr. En sótanos húmedos, nauseabundos, en que la luz y el aire entraban tan sólo por unos ventanucos, fueron almacenados los cautivos, sin paja siquiera, en los primeros días. Cuando la tuvieron no tardó en reducirse a estiércol. Ni una gota de agua para lavarse; ningún medio de cambiar sus andrajos; los parientes que les traían ropa eran brutalmente despedidos. Dos veces al día, en una gamella, les daban un líquido amarillento: la comida. Los gendarmes les vendían tabaco a precios exorbitantes, y se lo confiscaban después para revenderlo. Sin médico. La gangrena roía las heridas: se declararon muchas oftalmías. El delirio se hizo crónico.

La noche barajaba las quejas, los gemidos, con los gritos de los locos. En frente, los gendarmes, con los fusiles cargados, más agrios y duros de corazón que nunca; jamás habían visto, según decían, bandidos semejantes a aquellos parisienses.

Estas tinieblas encerraban otras mayores aún: el foso de los leones, cueva sin aire, negra antecámara de la tumba, bajo la gran escalera rosa de la Terrasse. Allí echaban a todo el que era tachado de peligroso o, sencillamente, que desagradaba al brigadier. Al menor ruido, el capitán daba orden de que los apaleasen, a menos que no los golpease él mismo. Los más robustos no resistían arriba de unos pocos días. Al salir, con la cabeza vacía, cegados por la luz, iban dando traspiés. ¡Por dichosos podían tenerse si encontraban la mirada de una esposa! Tras las verjas de la Orangerie se apretaban las mujeres, tratando de reconocer a alguien en aquel rebaño vagamente entrevisto. Suplicaban a los gendarmes, que las rechazaban y les aplicaban nombres infamantes.

El infierno de Satory

El infierno a plena luz era el almacén de la explanada Satory, vasto paralelogramo cercado de muros, edificado sobre un terreno arcilloso que la menor lluvia empapaba. Los primeros que fueron destinados a él no tardaron en llenar los edificios, que podían albergar, a lo sumo, mil trescientas personas; a los demás los dejaron fuera.

El jueves por la noche, a las ocho, un convoy, compuesto principalmente de mujeres, llegó al almacén. «Varias de nosotras —me ha dicho una de ellas, la mujer de un jefe de legión—, habían quedado en el camino. No habíamos tomado nada desde por la mañana. Aún era de día. Vimos una gran muchedumbre de prisioneros. Las mujeres estaban aparte, en una barraca cerca de la entrada. Fuimos a reunirnos con ellas.

»Nos dijeron que allí había un charco. Muertas de sed, nos lanzamos a él. Las primeras que bebieron lan-

zaron un grito espantoso: «¡Oh, qué miserables! ¡Nos hacen beber la sangre de los nuestros!» Desde la víspera, los prisioneros heridos iban allí a lavar sus heridas. La sed nos torturaba tan cruelmente, que algunas se humedecieron sus labios en aquel agua sangui-nolenta.

»Como la barraca estaba abarrotada, nos hicieron acostarnos en el suelo, en grupos de unas doscientas. Vino un oficial y nos dijo: «Viles criaturas, escuchad la orden que voy a dar: ¡Gendarmes, a la primera que se mueva, disparen contra estas putas!»

»A las diez nos sobresaltaron unas detonaciones que se oían cerca. «¡Acostaos, miserables!», gritaron nuestros gendarmes, apuntándonos. A dos pasos de allí estaban fusilando a unos prisioneros. Creímos que las balas nos atravesaban la cabeza. Los fusileros vinieron a relevar a nuestros gendarmes. Toda la noche estuvimos custodiadas por aquellos hombres salpicados de sangre. A las que se retorcían de terror y de frío les gruñían: «¡No te impacientes, que ya te llegará la vez!» Al amanecer vimos los muertos. Los gendarmes se decían unos a otros: «¡Vaya vendimia tendremos!»

Una noche, los prisioneros oyeron un ruido de azadones en el muro sur. Los fusilamientos, las amenazas, los habían enloquecido; esperaban la muerte por todas partes, en todas las formas; creyeron que esta vez los iban a volar. Se abrieron algunos agujeros, y aparecieron unas ametralladoras.

El viernes por la noche estalló una tormenta que duró varias horas. Los prisioneros fueron obligados, so pena de ser ametrallados, a pasarse toda la noche echados en el barro. Una veintena de ellos murieron de frío.

El campo de Satory se convirtió en el lugar de excursión predilecto de la buena sociedad de Versalles. El capitán Aubry hacía los honores a las damas, a los diputados, a los escritores, como Dumas hijo, que iba allí en busca de estudios sociales, les mostraba a sus siervos chapoteando en el barro, royendo algunos bizcochos, bebiendo a tragos el agua del charco, en que los guardianes no se recataban de hacer sus necesida-

des. Algunos se volvían locos, se rompían la cabeza contra los muros; otros rugían, se arrancaban los cabellos y la barba. Una nube pestilencial se elevaba de aquel montón de harapos y de espantos. «Hay allí —decía “La Independance Française”— varios millares de seres envenenados de mugre y de parásitos, que están infestando un kilómetro a la redonda. Los cañones están apuntados contra esos miserables, enredilados como bestias salvajes. Los habitantes de París temen la epidemia que resulte de los entierros de los insurrectos muertos en la ciudad; los que “L’Officiel” de París llamaba los rurales, temen todavía más la epidemia que puede resultar de la presencia de los sublevados que viven en el campo de Satory.»

Tal era la gente honrada que acababa de hacer triunfar la «causa de la justicia, del orden, de la humanidad y de la civilización». ¡Cuánto mejores y más humanos habían sido aquellos *bandidos*, a pesar del bombardeo y de los sufrimientos del sitio, que esa *gente honrada*! ¿Quién maltrató a un solo prisionero en el París de la Comuna? ¿Qué mujer pereció o fue insultada? ¿Qué rincón de cárcel parisiense ocultó una sola de las mil torturas que se exhibían a plena luz en Versalles?

Del 24 de mayo a los primeros días de junio, no cesaron de afluir a este sumidero los convoyes. Las detenciones continuaban por redadas, día y noche. Los gendarmes acompañaban a los militares y a la gente de orden, con pretexto de registro, forzaban los muebles, acribillaban a bayonetazos los rincones sospechosos, se apropiaban los objetos de valor. Los pisos de los miembros o funcionarios de relieve de la Comuna fueron desvalijados, y más tarde se condenó por robos demasiado flagrantes a algunos oficiales, como el teniente coronel Thierce, alcalde provisional del distrito XIII, Lyöen, preboste del XVII, etc.³ Detenían no sólo a las personas comprometidas en los últimos acontecimientos, a las que denunciaban imprudentemente los documentos abandonados en las alcaldías y ministerios, sino a cualquiera que fuese conocido por sus opiniones republi-

canas. También fueron detenidos los proveedores de la Comuna, e incluso los músicos, que jamás habían pisado las fortificaciones. Los hombres de las ambulancias corrieron la misma suerte. Y, sin embargo, durante el sitio, un delegado de la Comuna, al inspeccionar las ambulancias de la prensa, había dicho al personal de las mismas: «No ignoro que la mayor parte de ustedes son amigos del gobierno de Versalles; pero deseo que vivan para que reconozcan su error. No me interesa saber si las lancetas al servicio de nuestros heridos son realistas o republicanas; lo que veo es que cumplen ustedes dignamente con su deber. Se lo agradezco, e informaré de ello a la Comuna.»⁴

Algunos federados se refugiaron en las catacumbas; se les cazó con antorchas. Los agentes de policía, ayudándose de perros, disparaban contra cualquier sombra sospechosa. Se organizaron batidas en los bosques próximos a París. La policía ocupó todas las estaciones, todas las salidas de Francia. Los pasaportes tuvieron que ser renovados y visados en Versalles. Los patrones de barcos fueron vigilados. El 26 de mayo, Jules Favre pidió a todas las potencias extranjeras la extradición de los fugitivos, con el pretexto de que la lucha de los comunistas no era una lucha política.

Cuatrocientas mil delaciones

La extradición florecía en París. Pocos amigos, ningún camarada. Negativas implacables o delaciones. Un médico renovó las infamias de 1834. Todo el mundo, en Beaujon, quería salvar a un federado herido. El cirujano Dolbeau, profesor de la Facultad, hizo subir a los soldados y llevarse a aquel desgraciado, que fue fusilado. Afloraron a la superficie los más cobardes instintos, y París descubrió cenagales de ignominia que nunca había sospechado, ni siquiera bajo el Imperio. La gente honrada, dueña de la calle, hacía detener como comunistas a sus rivales, a sus acreedores, formaba

3. Juicios del 28 de diciembre del 72 y abril del 73.

4. El «Times».

comités de depuración en sus distritos. La Comuna había rechazado a los delatores; la policía del orden los recibió abriéndoles de par en par sus registros. Llegaron las denuncias a la fabulosa cifra de 399.823 —cifra oficial—, una veinteava parte de las cuales, a lo sumo, iban firmadas.

La odiosa prensa

La mayoría de esas denuncias se debe a la prensa. Por espacio de varias semanas vivió de atizar la rabia y el pánico de los burgueses. Thiers, reeditando una de las ineptias de 1848, habló de «líquidos venenosos recogidos para envenenar a los soldados» y dejó decir, cuando se propuso en la Asamblea una pensión para el comandante Ségoyer, muerto en la Bastilla, que «había sido empapado en petróleo y quemado vivo». Como ésta, fueron recogidas todas las invenciones de las malvadas del 48, horriblemente rejuvenecidos por los del 71. Minas en las alcantarillas, con explosivos e hilos preparados; ocho mil petroleras mandadas por Ferré, divididas en batallones correspondientes a cada barrio; rotulillos engomados, de las dimensiones de un sello de correos, con las letras B. P. B. y una cabeza de bacante, para ser pegados en las casas que habían de ser incendiadas, jeringas, barriletes, globos de petróleo guardados de cápsulas; vitrioladoras encargadas de «desfigurar a todos los individuos que tenían la desgracia de no ser tan feos como Delescluze o Vermorel»; bombas de vitriolo, globos libres lastrados con materias inflamables; moños incendiarios empapados en lo mismo; esferas de veneno, gendarmes asados, marinos colgados, mujeres ricas violadas, requisas de prostitutas, robos sin fin, saqueo del Banco, de la secretaría del Palacio de Justicia, de las iglesias, de la plata de los cafés; cuanto la locura y el miedo idiota pueden inventar, fue contado, y el buen burgués se lo creyó todo. Algunos periódicos tuvieron la especialidad de las falsas órdenes de incendio, de autógrafos cuyos originales no pudieron ser presentados nunca pero que fueron

considerados pruebas fehacientes en los consejos de guerra y en las historias. Cuando creyó que el furor burgués se debilitaba, la prensa se esforzó por rejuvenecerlo. «París, ya lo sabemos —decía "Le Bien Public"—, no pide más que volver a dormir; aunque tengamos que aburdirle, lo despertaremos.» El 8 de junio, «Le Figaro» reeditando su artículo de Versalles, trazaba un nuevo plan de matanza: «La represión debe igualar al crimen... Los miembros de la Comuna, los jefes de la insurrección, los miembros de los comités, los tribunales militares y revolucionarios, los generales y oficiales extranjeros, los desertores, los asesinos de Montmartre, de la Roquette y de Mazas, los petroleros y petroleras, los criminales reincidentes, deben ser pasados por las armas. La ley marcial debe aplicarse con todo su rigor a los periodistas que han puesto la antorcha y el fusil en manos de fanáticos imbéciles. Parte de estas medidas ha sido ya puesta en vigor. Nuestros soldados han simplificado la obra de los tribunales marciales de Versalles fusilando inmediatamente; pero no hay que ocultar que muchos de los culpables han escapado al castigo.» Este «Le Figaro» publicó, a guisa de folletón, la historia de los últimos días del Hôtel-de-Ville y «Le Gaulois» reeditó, endosándosela a Delescluze, una historia sádica atribuida en el 48 a Ledru-Rollin.

Cincuenta mil detenciones

Las denuncias y las detenciones volvieron a empezar con más fuerza. Fueron detenidos Jourde, Rossel, Ferré, Paschal Grousset, al cual quiso despedazar la multitud; a Courbet, cuya detención fue celebrada por Dumas hijo de este modo: «¿Por qué cópula fabulosa de un limaco y un pavo, por obra de qué antítesis genesíacas, de qué rezumo sebáceo puede haber sido engendrado eso que se llama Gustave Courbet? ¿Bajo qué campana, con ayuda de qué estiércol, como resultado de qué mezcla de vino, de cerveza, de mucosidad corrosiva y de edema flatulento, ha podido surgir esa calabaza sonora y peluda, este vientre estético, encarnación del Yo

imbécil e impotente?» El enteco lameculos de los burgueses hubiera encontrado muy natural que se destruyese la obra de Courbert. El Consejo Municipal de Ornans, su pueblo natal, compartiendo esta opinión, echó abajo una de sus obras que adornaba la fuente pública.

La prensa ilustrada, que habla más vivamente a la imaginación, no dejó de atribuir a los federados y a sus mujeres las actitudes y fisonomías más abyectas.

Hubo, para honra de Francia, algunos rasgos de coraje e incluso de heroísmo, en esta erupción de cobardía. Vermorel fue recogido por la mujer de un portero, que consiguió durante algunas horas hacerlo pasar por hijo suyo.⁵ La madre de un soldado versallés dio asilo a varios miembros de la Comuna. Un gran número de insurrectos de nota fueron salvados por desconocidos; y, sin embargo, se exponían a la muerte, en las primeras horas, y a la deportación más tarde, todos los que albergaban a los vencidos.

El término medio de detenciones fue, en junio y julio, de unas cien diarias. En Belleville, Ménilmontant, en el distrito XIII, algunas calles no albergaban más que viejas. Los versalleses, en sus embusteras estadísticas, confesaron 38.568 prisioneros; de ellos, 1.058 mujeres,⁶ como si hubieran contado de algún modo las multitudes que alimentaban a pala. El número de personas detenidas llegó probablemente a cincuenta mil.

Las equivocaciones fueron innumerables. Mujeres del gran mundo que iban, con las narices dilatadas de gusto, a contemplar los cadáveres de los federados, fueron englobadas en las razias y conducidas a Satory, donde, con los vestidos desgarrados, roídas de miseria, representaron con gran propiedad el papel de las petrocleras imaginadas por sus periódicos.

5. La calumnia versallesa le persiguió hasta en su agonía —murió en Versalles—. Contó que se había confesado con un jesuita y desautorizado sus escritos «ante los gendarmes y las hermanitas». La verdad es que su madre, muy devota, introdujo al cura a la cabecera del moribundo, aprovechando un acceso de fiebre purulenta.

6. Informe del capitán Guichart: *Encuesta sobre el 18 de marzo*, t. 3, p. 318.

Millares de personas tuvieron que ocultarse en Francia o en el extranjero para huir de las persecuciones o de las denuncias. Las pérdidas de conjunto se calculan por el hecho de que en las elecciones complementarias de julio hubo cien mil electores menos que en las de febrero. El «Journal des Débats» estimaba que «las pérdidas sufridas por el partido de la insurrección, incluyendo muertos y prisioneros, ascendía a la cifra de cien mil individuos».

La industria parisiense quedó destruida a consecuencia de ello. Sus jefes de taller, contramaestres, ajustadores, obreros artistas que dan a su fabricación su valor especial, perecieron, fueron detenidos o emigraron. La zapatería perdió la mitad de sus obreros; la ebanistería, más de un tercio; diez mil obreros sastres, la mayor parte de los pintores, fontaneros y plomeros, desaparecieron; la guantería, la mercería, la corsetería, la sombrerería, sufrieron el mismo desastre; hábiles joyeros, cinceladores, pintores de porcelana, huyeron. La industria del mueble, que antes daba trabajo a más de sesenta mil obreros, tuvo que rechazar pedidos por falta de brazos. Un gran número de patronos que reclamaron a Versalles el personal de sus talleres, recibieron de los Mummios del estado de sitio la respuesta de que enviarían soldados para sustituir a los obreros.

El salvajismo de las pesquisas, el número de detenciones, que se añadían a la desesperación de la derrota, provocaron algunas convulsiones supremas en esta ciudad desangrada. Algunos oficiales y soldados cayeron heridos por manos invisibles; cerca del cuartel de la Pepinière hubo quien disparó sobre un general. Los periódicos versalleses se asombraban, con ingenua impudicia, de que el furor popular no estuviese calmado, y no comprendían «qué fútiles razones de odio podía haber contra unas tropas que tenían la apariencia más inofensiva del mundo».

El puntapié de la izquierda

La izquierda siguió hasta el final la línea de conduc-

ta que se había trazado el 18 de marzo. Los hombres del 48, acusados entonces de haber robado, estafado, dilapidado a su paso por el poder, volvieron contra los federados las mismas calumnias que a ellos les habían indignado. Etienne Arago los llamó «monstruos», y Henri Martin, el cantor de la *Internacional*, los comparó a Nerón. Después de descarriar a las provincias, de haber pedido votos de gracias para el ejército, aquellos honrados republicanos unieron sus maldiciones a las de los rurales. A continuación de junio del 48, Louis Blanc había rechazado toda solidaridad con los insurrectos, pero sin insultarles; en el 71 escribió, para flagelarlos, que se inclinaba ante sus jueces y declaraba legítima la indignación pública. En junio del 48 se abatió sobre las matanzas la sombría imprecación de Lamennais, y Pierre Leroux defendió a los vencidos; los grandes pensadores de la Asamblea se alzaron como un solo hombre contra los federados; esta izquierda, que cinco años más tarde había de inflamarse en pro de la amnistía, se negó a oír el estertor de los veinte mil fusilados y los alaridos de la Orangerie, que se alzaban a cien metros de ella.

Era, en el 71, el mismo Calígula de ochocientas cabezas estigmatizado por Herzen en el 48. «Se han erigido en toda su grandeza para dar al mundo el espectáculo inaudito de ochocientos hombres obrando como un solo monstruo de crueldad. La sangre corría a torrentes, y ellos no encontraron una palabra de amor o de conciliación. Y la austera minoría calló; la Montaña se ocultó detrás de las nubes, contenta por no haber sido fusilada o sepultada para que se pudiese en los sótanos; veía en silencio cómo se desarmaba a los ciudadanos, cómo se decretaba la deportación, cómo se encarcelaba por todo o por nada, a algunos, incluso, porque no habían querido disparar contra sus hermanos.»

El propio Gambetta, el «loco furioso» denunciado por Thiers, dijo que un gobierno capaz de vencer una insurrección semejante había demostrado con esto su legitimidad, y lanzó esta funesta frase: «Los tiempos

heroicos han pasado», que era, sin que él lo advirtiese, la glorificación de la Comuna.

La emoción en provincias y en el extranjero

No hubo hombres valientes más que en provincias y en el extranjero. «Les Droits de l'Homme», de Jules Guesde, en Montpellier, «l'Emancipation» de Toulouse, el «National du Loiret» y otros varios periódicos, denunciaron a los asesinos. La mayor parte fueron suprimidos. Se produjeron algunas agitaciones: un comienzo de motín en Pamiers, en Voiron. En Lyon hubo que acuartelar las tropas, y el prefecto Valentin hizo cerrar las puertas de la ciudad para detener a los evadidos de París. Hubo detenciones en Burdeos.

En Bruselas, Victor Hugo protestó en una carta —muy mal documentada, por lo demás—, contra la declaración del gobierno belga, que se avenía a devolver los fugitivos.

La prensa de los fusiladores declaró que se había vuelto loco. Francisque Sarcey le llamó «viejo payaso, garza melancólica, rabo rojo, saltimbanqui gastado, pobre hombre hinchado de frases, enormemente ridículo».⁷ Otro hombre ilustre, Xavier de Montépin, propuso excluirle de la Sociedad de Escritores. Louis Blanc y Schoelcher le escribieron una carta llena de reproches. La casa del poeta fue lapidada por una banda de elegantes, y el país de Artevelde expulsó a Victor Hugo, como había expulsado a Proudhon.

Mazzini había fustigado a estos insurrectos que no querían ni Dios ni amo; pero Bebel, en el Parlamento alemán, Whalley en la Cámara de los Comunes, denunciaron la furia versallesa y defendieron a la Comuna de París. García López dijo en la tribuna de las Cortes: «Nosotros admiramos esta gran revolución, que nadie puede apreciar sanamente hoy.» El Congreso de los Es-

7. «Le Drapeau tricolore», 1.º de julio de 1871.

tados Unidos rindió solemne homenaje a la Internacional.

Los trabajadores extranjeros hicieron grandes funerales a sus hermanos de París. En Londres, en Bruselas, en París, en Ginebra, en Zurich, en Leipzig, varias reuniones monstruos se declararon solidarias de la Comuna, condenaron a los asesinos a la execración del mundo, y declararon cómplices de estos crímenes a los gobiernos que no dirigieron contra aquéllos ninguna amonestación. Todos los periódicos socialistas glorificaron la lucha de los vencidos. La gran voz de la Internacional contó su esfuerzo en una elocuente proclama, y confió su memoria a los trabajadores del mundo entero.

CAPITULO XXXVI

Los pontones. — Los primeros procesos.

La conciliación es el ángel que aparece después de la tormenta, para reparar el daño que ésta ha causado.

Dufaure. «Sesión del 26 de abril del 71.»

Nos acusáis de haber empleado la fuerza contra los defensores de la ley; yo os acuso de haber prolongado la lucha sin necesidad, de haber enterrado familias enteras bajo las ruinas de nuestras casas; de haber permanecido sordos a las peticiones de tregua y de conciliación que os fueron hechas de todas partes, y de no haber tenido consideración alguna para con los vencidos. Habéis hecho vuestra requisitoria; he aquí la mía. Veremos cuál será la que Francia lea con más indignación.

Jules Favre («Proceso de los sublevados de Lyon», 1834).

Los lagos humanos de Versalles y de Satory se colmaron en seguida. En los primeros días de junio se trasladó a los prisioneros a los puertos de mar, apilados en vagones de ganado, cuyas bacas, extraordinariamente tirantes, no dejaban pasar el aire. En un rincón, un montón de galletas; «al caer sobre él, los prisioneros habían reducido inmediatamente a polvo la galleta». Veinticuatro horas, y a veces treinta y dos, pasaban sin más víveres y sin bebida. Todos luchaban en aquella confusión por lograr un poco de aire, un palmo de sitio. No dejaban apearse de los furgones a nadie; los excrementos de los enfermos se mezclaban al barro que formaba la galleta pisoteada. Algunos, «alucinados, se transformaban en fieras».¹ Un día, en Ferté-Bernard,

1. Estos detalles están tomados de numerosas notas proporcionadas por los prisioneros y por personas enteramente ajenas a la Comuna: consejeros municipales de los puertos de mar, periodistas extranjeros, etc.

salen gritos de un vagón. El jefe de escolta detiene el convoy; los agentes descargan sus revólveres a través de los toldos, se hace el silencio... y los sepulcros rodantes parten de nuevo a todo vapor.

Del mes de junio al mes de septiembre, Versalles arrojó veintiocho mil prisioneros a las radas, fuertes e islas del Océano, desde Cherbourg hasta la Gironda. Veinticinco pontones alojaron a más de 20.000 de esos prisioneros; los fuertes y las islas, a 7.837.

Los pontones

En los pontones hay torturas reglamentarias. Las tradiciones de junio del 48 y de diciembre del 51 fueron religiosamente seguidas en el 71. Los prisioneros, amontonados en jaulas hechas de maderos y de barras de hierro, sólo recibían un hilo de luz por unas troneras clavadas. Ninguna ventilación. La infección fue intolerable desde las primeras horas. Los centinelas se paseaban por el pasillo central, con orden de disparar a la menor queja. Cañones cargados de metralla enfilaban las baterías. Ni hamacas, ni mantas. Por todo alimento, galleta, pan y judías. Nada de vino, ni de tabaco. Los habitantes de Brest y de Cherbourg que llevaron provisiones y algunos obsequios a los prisioneros fueron despedidos por los oficiales.

Más tarde, esta crueldad cedió un tanto. Los prisioneros recibieron una hamaca para cada dos, algunas camisas, blusas, y vino de cuando en cuando. Pudieron lavarse, subir al puente para respirar un poco. Los marineros dieron muestras de cierta humanidad. Los fusileros de marina fueron siempre los carniceros de las jornadas de mayo, y más de una vez tuvo la tripulación que arrancarles de las manos a los prisioneros.

El régimen de los pontones variaba según la humanidad de los oficiales. En Brest, el comandante segundo del *Ville de Lyon* prohibía que se insultase a los detenidos, mientras que el capitán de armas del *Brestaw* los trataba como a forzados. En Cherbourg, uno de los tenientes del *Tage*, Clémenceau, se mostró realmente fe-

roz. El comandante del *Bayard* hizo de su barco una miniatura de la Orangerie. Los flancos de este navío han dado cabida a los actos más abominables que jamás hayan mancillado la historia de la marina francesa. El silencio absoluto era la norma a bordo. En cuanto se hablaba en las jaulas, la guardia amenazaba; varias veces hizo fuego. Una reclamación, un simple olvido del reglamento, bastaban para que los prisioneros fuesen amarrados a los barrotes de las jaulas por los tobillos y por las muñecas.

Los fuertes

Los calabozos de tierra firme fueron tan crueles como los pontones. En Quétern, cerca de Brest, encerraron hasta cuarenta prisioneros en la misma casamata. Las de abajo producían la muerte. Los fosos de los retretes «rezumaban su contenido, y por la mañana el suelo aparecía cubierto por una capa de materia fecal de dos pulgadas». Al lado había alojamientos salubres y disponibles; pero no se quiso trasladar a ellos a los prisioneros. Jules Simon fue a verlos, «le pareció que sus antiguos electores tenían muy mala cara, y supuso que se habría recurrido a la severidad con ellos». Elisée Reclus abrió una escuela y sacó de la ignorancia a ciento cincuenta y un detenidos que no sabían leer ni escribir. El ministro de Instrucción Pública hizo cerrar ese curso, así como la pequeña biblioteca creada por los detenidos.

Los prisioneros de los fuertes, como los de los pontones, eran alimentados con galleta y tocino. Más tarde se añadió sopa y puchero todos los domingos. Estaba prohibido el uso de cuchillos y tenedores. Hubo que batallar varios días para conseguir cucharas. Los beneficios del cantinero, que según el reglamento debían limitarse a un 10 por 100, llegaron «hasta el 500 por 100».

En el fuerte Boyard, hombres y mujeres estaban encerrados en el mismo cuarto, separados por una clara-boya, obligadas las mujeres a hacer sus abluciones a la vista de los carceleros. A veces, los marinos se encontraban en el compartimiento inmediato «Vemos —es-

cribía un prisionero— una hermosa joven de veinte años que se desmaya cada vez que la obligan a desnudarse.»

Según numerosos testimonios, la prisión más cruel fue la de Saint-Marcouf. Más de seis meses pasaron en ella los prisioneros, privados de aire, de luz, de conversación, de tabaco, sin más alimento que unas migajas de galleta negra y tocino rancio. Todos ellos cayeron enfermos de escorbuto.

Las torturas en Versalles

Para formarse idea de las torturas de los pontones y de los fuertes, lejos de la vigilancia de la opinión pública, no hay más que ver las que se llevaban ostensiblemente a cabo, ante los ojos del Gobierno y de la Asamblea, en Versalles, donde se confesaba la existencia de 8.472 detenidos. El coronel Gaillard, jefe de la justicia militar, dijo a los soldados que custodiaban la prisión de Chantiers: «En cuanto vean ustedes que rebullen, que levantan los brazos, disparen. Se lo mando yo.»

En los almacenes de la estación del Oeste había 800 mujeres. Por espacio de varias semanas, estas desgraciadas tuvieron que dormir en unos puñados de paja, sin poder mudarse siquiera de ropa. Al menor ruido se precipitaban sobre ellas los guardias, golpeándolas de preferencia en los pechos. Charles Mercereau, veterano «cent-gardes», tenía a su cargo aquella sentina, hacía amarrar a las detenidas que no le caían en gracia, las golpeaba con su bastón, paseaba por sus dominios a las bellas damas de Versalles, curiosas de ver petroleras, decía delante de ellas a sus víctimas: «¡Vamos, pícaras, bajad los ojos!» Y esto era lo menos que nuestras federadas debían a aquellas gentes honradas.

Prostitutas apresadas en las razias y cuidadosamente conservadas para que espíasen a las otras prisioneras, se entregaban a los guardianes en presencia de todo el mundo. Las protestas de las mujeres de la Comuna fueron castigadas a zurriagazos. Con verdadero refinamiento, los versalleses rebajaron a estas valientes mu-

jerres al nivel de las otras; todas las prisioneras fueron sometidas a reconocimiento médico.

La dignidad, la naturaleza escarnecidas, se vengaron con crisis terribles: «¿Dónde está mi padre, dónde está mi marido? ¡Yo sola y todos estos cobardes contra mí! ¡Yo, la madre, la mujer laboriosa, bajo el látigo, la injuria, y mancillada por estas manos inmundas!» Varias de ellas se volvieron locas. Todas tuvieron su hora de locura. Las que estaban encinta abortaron o dieron a luz niños muertos.

Tampoco faltaron los curas en las cárceles, como no habían faltado cuando se ametrallaba al pueblo. El capellán de Richemont decía a las presas: «De sobra sé que estoy en un bosque de Bondy,² pero mi deber..., etcétera.» El día de Santa Magdalena, el obispo de Argel, aludiendo delicadamente a la santa, dijo a sus oyentes «que todas ellas eran Magdalenas, aunque no arrepentidas, y que la Magdalena no había asesinado ni incendiado», y otras amenidades evangélicas por el estilo. En Toulon, un capellán amenazaba con el puño a los comunistas.

Los niños fueron encerrados en un departamento de la prisión de mujeres y tratados tan brutalmente como los hombres. El secretario de Mercereau le abrió de una patada el vientre a un niño. El hijo de Ranvier, que tenía doce años, fue cruelmente apalcado por haberse negado a decir dónde estaba escondido su padre.

Esta continua ferocidad acabó con las naturalezas más robustas. Bien pronto hubo dos mil enfermos en los hospitales y en los pontones. Los informes oficiales confesaron 1.179 muertos, de 33.665 prisioneros civiles. Esta cifra está manifiestamente por debajo de la realidad. En los primeros días, en Versalles, fue asesinado cierto número de individuos, y otros murieron sin que se llevara cuenta de su muerte. No hubo estadística antes de los pontones. No es exagerado decir que dejaron la vida en manos de los versalleses dos mil prisioneros. Un número aún mayor de ellos pereció más

2. La frase francesa: «Estar en el bosque de Bondy» equivale a «estar en una ladronera». (N. del T.)

tarde, de anemia o de enfermedades contraídas durante su cautividad.

Estos desgraciados recluidos en los pontones o en los fuertes y en las cárceles pasaron varios meses comidos de miseria, antes de conseguir que se hiciera entre ellos una simple selección. El Moloch versallés tenía más víctimas de las que podía digerir. En junio degolló a 1.090 de ellas, exigidas por los reaccionarios. Pero ¿cómo instruir proceso a 36.000 prisioneros? Porque Thiers había pensado en sustituir las conducciones en masa, que tantas protestas habían suscitado en el 48, por procesos formales; sólo que daba como jueces a los federados los mismos soldados que los habían vencido. En 1832, el foro había protestado contra la pretensión del gobierno de hacer juzgar a los sublevados por militares; la misma medida pareció perfectamente natural al foro del 71, teniendo en cuenta que entonces había que vérselas con «monstruos».

Estos tribunales fingidos no llevaban interrogados arriba de tres mil detenidos a fines de julio, y la Asamblea se impacientaba. Thiers tenía en sus manos a varios miembros de la Comuna, y organizó una gran representación judicial para los rurales.

El primer proceso

Este proceso debía ser el proceso modelo, había de servir de tipo a la jurisprudencia de los consejos de guerra. El procurador Dufaure y su presidente aplicaron su çazurra astucia para empequeñecer el debate. Negaron a los acusados el carácter de procesados políticos, y redujeron la insurrección a un inmenso crimen de delito común, asegurándose así el derecho a cortar de raíz todos los alegatos ruidosos y la ventaja de las condenas a la pena de muerte, que la hipocresía burguesa pretendía abolida desde el 48 en materia política. El tercer consejo de guerra fue cuidadosamente seleccionado. Tuvo por fiscal al comandante Gaveau, energúmeno de ojos extraviados que acababa de salir de una casa de locos y apaleaba a los prisioneros en las

calles de Versalles; por presidente, al coronel Merlin, uno de los oficiales de Bazaine; el resto del tribunal lo formaban bonapartistas a toda prueba. Sedan y Metz iban a juzgar a París.

La solemnidad empezó el 7 de agosto, en una vasta sala, capaz para dos mil personas. Los personajes empingorotados se sentaron en butacas de terciopelo rojo; los diputados ocupaban trescientos asientos; el resto se componía de burgueses destacados, familias honradas, la aristocracia de la prostitución, la prensa ladradora. Aquellos periodistas gárrulos, aquellas toilettes ostentosas, aquellos rostros sonrientes, aquel jugar de abanicos, aquellos pomposos ramilletes, aquellos impertinentes apuntados en todas direcciones, recordaban los estrenos teatrales más elegantes. Los oficiales de estado mayor, con uniforme de gala, conducían a las damas a sus sitios, sin olvidar la reverencia de rigor.

Esta espuma hirvió cuando aparecieron los acusados. Eran diecisiete: Ferré, Assi, Jourde, Paschal Grousset, Régère, Billioray, Courbet, Urbain, Victor Clément, Trinquet, Champy, Rastoul, Verdure, Decamps, Ulysse Parent, miembros de la Comuna; Ferrat y Lullier, del Comité Central.

Gaveau leyó el acta de acusación, un revoltijo de las tonterías que desde hacía tres meses venían arrastrándose por los periódicos versalleses. Esta revolución había nacido de dos complots, el del partido revolucionario y el de la Internacional; París se había alzado el 18 de marzo para responder al llamamiento de algunos bandidos; el Comité Central había ordenado la ejecución de Lecomte y de Clément Thomas; la manifestación de la plaza de Vendôme era una manifestación sin armas; el médico jefe del ejército había sido asesinado en el momento en que hacía un supremo llamamiento a la conciliación; la Comuna había cometido robos de todas clases, los artilugios de las monjas de Picpus se transformaban en instrumentos de ortopedia; la explosión del polvorín de Rapp era obra de la Comuna, «deseosa de encender el odio violento al enemigo en el corazón de los federados»; Ferré había presidido la ejecución de los rehenes de La Roquette e incendiado

el ministerio de Hacienda, como lo probaba el facsímil de una orden escrita de su puño y letra: «¡Incendiad Hacienda!» Cada miembro de la Comuna debía responder de hechos referentes a sus funciones privativas y, colectivamente, de todos los decretos promulgados. Este informe de polizonte, comunicado previamente a Thiers, convertía la Comuna en un simple asunto de incendiarios.

Ocupó toda la audiencia. Al día siguiente, Ferré, interrogado el primero, se negó a responder y presentó unas conclusiones a la mesa. «¡Las conclusiones del incendiario Ferré no tienen importancia!», dijo Gaveau, y se hizo avanzar a los testigos de cargo. De veinticuatro que eran, catorce pertenecían a la policía; los demás eran curas o empleados del gobierno. Un perito calígrafo, célebre en los tribunales por sus pifias, afirmó que la orden: «¡Incendiad Hacienda!» estaba escrita por Ferré. En vano pidió el acusado que fuese confrontada la firma de esa orden con las suyas que figuraban en gran número en los registros, que se presentase al menos el original y no el facsímil; Gaveau exclamó indignado: «¡Pero eso es desconfiar!»³

Sabiendo de esta suerte desde el principio a qué atenerse en cuanto al complot y al carácter de sus jueces, los acusados podían declinar semejante debate y, como los de mayo de 1839, tender en silencio la cabeza al verdugo. Aceptaron la discusión que Gaveau entablaba. ¡Si al menos hubiesen reclamado el reconocimiento de su carácter político! Algunos renegaron de él. Casi todos se encerraron en su defensa personal; en muchos de ellos, la preocupación de salvarse se traicionó en desfallecimientos. Lullier se alabó muy alto de haber traicionado a la Comuna. Pero del propio banco de los acusados se alzó, vengadora, una voz del pueblo abandonado. Un obrero, un hombre de esa vigorosa raza que lo mismo hace cara al trabajo que al combate, un miembro de la Comuna, inteligente y convencido, modesto en el Hôtel-de-Ville, uno de los primeros en el fuego, Trin-

3. La orden de pegar fuego a Hacienda era realmente apócrifa. (V. Vuillaume, *Mes Cahiers Rouges*, t. VII).

quet, reclamó para sí el honor de haber cumplido su mandato hasta el fin. «Yo he sido —dijo— enviado a la Comuna por mis conciudadanos; lo pago con mi persona. Estuve en las barricadas, y lo que siento es no haber sido muerto en ellas: así no asistiría hoy al triste espectáculo de estos colegas que, después de haber tenido su parte en la acción, no quieren tenerla en la responsabilidad. Soy un sublevado, no tengo por qué negarlo.»

Hubo que oír también a Jourde. Sin documentos a mano, gracias a un prodigioso esfuerzo de memoria, el antiguo delegado de Hacienda estableció los ingresos y gastos de la Comuna con abundancia de detalles, con una moderación de términos, con un brío que por espacio de una hora larga obligaron a la sala a guardar silencio.

Los interrogatorios se arrastraron durante diecisiete sesiones. El mismo público de soldados, de burgueses, de rameras, abucheando a los acusados; idénticos testigos: curas, agentes, funcionarios; los mismos furores de Gaveau, el mismo cinismo del tribunal, los mismos furores de la prensa. Las matanzas no la habían dejado harta. Aullaba contra los acusados, exigía su muerte y los arrastraba por el lodo en sus informaciones. «No hay que engañarse —decía “La Liberté”—; sobre todo, no hay que tratar de andarse con epílogos. Estamos ante una banda de malvados, de asesinos, de ladrones e incendiarios. Alegar su situación de acusados para exigir respeto hacia ellos y el beneficio de la muerte, que los supone inocentes, es obrar de mala fe. ¡No, no, y mil veces no! Esos no son acusados ordinarios. Han sido sorprendidos, los unos, en flagrante delito, y los otros hasta tal punto han rubricado su culpabilidad con actos auténticos y solemnes, que basta establecer su identidad para exclamar con la voz llena y sonora de la convicción: ¡Sí, sí!, ¡son culpables!» Este era uno de los más serenos. Los corresponsales extranjeros estaban indignados: «Es imposible imaginar nada más escandaloso que el tono de la prensa de la clase media durante este proceso», decía el «Standard», periódico conservador de los más injuriosos para la Comuna. Habiendo reclama-

do algunos de los acusados la protección del presidente, Merlin salió en defensa de los periódicos.

Vino la requisitoria. Gaveau, por seguir fiel a su consigna, sostuvo que París había combatido por espacio de seis semanas con el fin de permitir a algunos individuos robar los saldos de las cajas, quemar las casas y fusilar a unos cuantos gendarmes. El rábula galoneado demolía como militar los argumentos que construía como procurador. «La Comuna —decía— había hecho acto de gobierno», y cinco minutos después negaba a los miembros de la Comuna el carácter de procesados políticos. Pasando a los diversos acusados, decía de Ferré: «Malgastaría mi tiempo y el vuestro discutiendo los numerosos cargos que sobre él pesan»; de Jourde, de cuyas palabras ni una sola había entendido: «Las cifras que nos presenta son absolutamente imaginarias; no he de abusar de vuestro tiempo para discutir las.» Mientras se desarrollaba la contienda en las calles, Jourde recibió orden del Comité de Salud Pública de entregar mil francos a cada uno de los miembros de la Comuna, para hacer frente a no pocas necesidades. Solamente una treintena de ellos, que tomaban parte activa en la lucha, habían recibido esa suma: Gaveau dijo: «Se han repartido millones.» Debía de creerlo así. ¿Qué soberano ha abandonado el poder sin llevarse millones? Acusaba a Paschal Grousset de haber robado papel para imprimir su periódico; a otro, de haber vivido con una querida. A fuer de soldado grosero, era incapaz de comprender que cuanto más empujaba a los hombres, más engrandecía la revolución, tan vivida a pesar de las flaquezas y de las incapacidades.

Declaración de Ferré

El auditorio llevaba el compás de esta requisitoria con frenéticos aplausos. Al final hubo llamadas, como en el teatro. Merlin concedió la palabra al defensor de Ferré. Pero Ferré declara que quiere defenderse a sí mismo, y empieza a leer una declaración:

«Después de la conclusión del tratado de paz, con-

secuencia de la vergonzosa capitulación de París, la República estaba en peligro, los hombres que sucedieron al Imperio hundido entre fango y sangre...

MERLIN. — ¡Hundido entre fango y sangre!... ¡Alto! ¿Es que el gobierno de ustedes no se hallaba en la misma situación?

FERRÉ. — ... se agarraban al poder y, aunque abrumados por el desprecio público, preparaban en la sombra un golpe de Estado; persistían en denegar a París la elección de su consejo municipal...

GAVEAU. — ¡Eso no es cierto!

MERLIN. — Lo que dice usted ahí, Ferré, es falso. Continúe, pero a la tercera vez le haré callar.

FERRÉ. — Suspendiase la publicación de los periódicos honrados y sinceros, los mejores patriotas eran condenados a muerte...

GAVEAU. — El acusado no puede continuar esa lectura. Voy a pedir la aplicación de la ley.

FERRÉ. — Los realistas se disponían a repartir los restos de Francia; por último, en la noche del 18 de marzo, se creyeron en condiciones e intentaron el desarme de la guardia nacional y la detención en masa de los republicanos...

MERLIN. — Vamos, siéntese usted. Concedo la palabra a su defensor.

El abogado nombrado de oficio pide que Ferré pueda leer las últimas frases de su declaración. Merlin accede a ello.

FERRÉ. — ... Miembro de la Comuna, estoy en manos de sus vencedores. Quieren mi cabeza, ¡que la tomen! Jamás salvaré mi vida con una cobardía. He vivido libre; y pretendo morir lo mismo.

«Sólo he de añadir unas palabras: La suerte es caprichosa: confío al porvenir el cuidado de mi memoria y de mi venganza.

MERLIN. — ¡La memoria de un asesino!

GAVEAU. — ¡A presidio es adonde hay que enviar semejante manifiesto!

MERLIN. — Todo eso no responde a los actos por los que está usted aquí.

FERRÉ. — Esto significa que acepto la suerte que se me reserva.

Durante este duelo entre Merlin y Ferré, la sala permaneció ansiosa, en suspenso; al acabar Ferré estalló un abucheo. El presidente tuvo que levantar la sesión, y ya se retiraban los jueces, cuando un abogado pidió que se hiciese constar en acta que el presidente había tratado a Ferré de asesino. Reanudóse el alboroto del auditorio. El defensor se volvió hacia el tribunal, hacia los bancos de la prensa, al público. Injurias surgidas de todos los rincones de la sala cubrieron su voz durante varios minutos. Merlin, radiante, respondió caballeramente: «Reconozco que me he servido de la expresión de que habla el defensor. El consejo le entrega acta de sus conclusiones.»

La víspera, a un abogado que le decía: «Todos podemos ser juzgados, no por la opinión pública de hoy, sino ante la historia que ha de enjuiciarnos», Merlin había respondido tranquilamente: «¡La historia! ¡Para entonces ya no estaremos aquí nosotros!» La burguesía francesa había encontrado su Jeffries.

Al día siguiente, la sala estaba de bote en bote desde hora muy temprana. La curiosidad del público, la ansiedad de los jueces eran extraordinarias. Gaveau, para acusar a sus adversarios de todos los crímenes a la vez, habló durante dos días de política, de historia, de socialismo. Bastaba responder a cada uno de sus argumentos para dar a la causa el carácter político que él le negaba. ¿Habría algún acusado que despertase por fin y, menos preocupado de su persona que de la Comuna, siguiera paso a paso la requisitoria y supiese oponer a las grotescas teorías de conspiración la eterna provocación de las clases privilegiadas; que describiese a París ofreciéndose al gobierno de la defensa, traicionado por él, atacado por Versalles, abandonado luego; que hablase de los proletarios reorganizando todos los servicios de la inmensa ciudad, y, en estado de guerra, rodeados de traiciones, gobernando dos meses sin confidentes policíacos y sin suplicios, pobres, teniendo en sus manos los millones del Banco, todas las riquezas públicas y las de sus enemigos, y que mostrase, frente a

los sesenta y tres rehenes ejecutados, los veinte mil fusilados; que entreabriese los pontones, las cárceles pobladas por cuarenta mil desgraciados, y, tomando al mundo por testigo, en nombre de la verdad, de la justicia, del porvenir, convirtiese a la Comuna acusada en acusadora?

El presidente podría interrumpirle, los gritos del auditorio ahogarían su reivindicación, el consejo lo declararía fuera de la ley; pero ese hombre sabría, como Danton, como Barbès, Blanqui, Raspail, Cabet, encontrar un gesto, un grito que traspasase las murallas, y escupir un anatema a la cabeza del tribunal.

La causa vencida no tuvo esa venganza. En lugar de presentar una defensa colectiva o de encerrarse en un silencio que hubiera salvado su dignidad, los acusados cedieron la palabra a los abogados. Cada uno de estos señores tiró de su lado para salvar a su cliente, a expensas del cliente del colega, inclusive. El abogado de Courbet era el de «Le Figaro» y confidente de la emperatriz; otro, uno de los manifestantes de la plaza Vendôme, rogaba al tribunal que no confundiera su causa con la del malvado de al lado. Hubo alegatos absolutamente vulgares y ramplones. Esta bajeza no desarmaba ni al tribunal ni al público. A cada instante, Gaveau se erguía en su butaca: «¡Es usted un insolente! —decía a un abogado—. ¡Si hay aquí algo absurdo, es usted!» El auditorio aplaudía, dispuesto siempre a lanzarse sobre los acusados. El 31 de agosto fue tal su furor, que Merlin amenazó con hacer desalojar la sala.

Condenas

El 2 de septiembre, el consejo fingió deliberar. A las nueve de la noche leyó Merlin la sentencia. Ferré y Lullier eran condenados a muerte; Trinquet y Urbain, a trabajos forzados a perpetuidad; Assi, Billioray, Champy, Régère, Paschal Grousset, Verdure y Ferrat, a la deportación en un reducto fortificado; Rastoul y Jourde, a simple deportación; Courbet, a seis meses, y Victor Clément, a tres meses de cárcel. Decamps y Ulysse Pa-

rent eran absueltos. A Courbet, además se le condenaba a abonar los gastos de reconstrucción de la columna Vendôme, cuya demolición no había votado. El auditorio se retiró decepcionado por no haber obtenido más que dos penas de muerte, una de las cuales, la de Lullier, no pasaba de ser una condena por fórmula.

En suma, esta representación judicial no había probado nada. ¿Podía juzgarse la revolución de marzo por personalidades secundarias, y a Delescluze, Varlin, Vermorel, Malon, Tridon, Moreau y tantos otros, por lo que parecieran Lullier, Decamps, Victor Clément o Billioray? Y aunque la actitud de Trinquet, de Ferré, de Jourde no hubiese testimoniado que en la Comuna había habido hombres e inteligencias, ¿qué probaban los desfallecimientos sino que este movimiento era obra de todos, no de algunos genios, que la revolución estaba en la Comuna-pueblo y no en la Comuna-gobierno?

La burguesía, por el contrario, había evidenciado plenamente su cobardía. Algunos testigos habían mentido manifiestamente. Durante los debates, en los pasillos, en los cafés, los bribones que habían tratado de engañar a la Comuna se atribuían descaradamente los éxitos del ejército. «Le Figaro», que abrió una suscripción para Ducatel, recogió cien mil francos y una condecoración. Alentados por estos éxitos, los más oscuros conspiradores reclamaron cruces y dinero. Los partidarios de Beaufond-Lasnier, los de Charpentier-Domalain, se tiraron de los pelos, jurando todos ellos que lo habían hecho mucho mejor que sus rivales, publicando sus altos hechos, citando nombres que proyectan viva luz sobre su historia.

Mientras en Versalles se vengaba a la sociedad, los tribunales de París vengaban el honor de Jules Favre. Inmediatamente después de la Comuna, el ministro de Asuntos Extranjeros había hecho detener a su antiguo amigo Laluyé, que había entregado a Milliére los documentos publicados por «Le Vengeur». El honrado ministro, que no consiguió hacer fusilar a Laluyé como comunista, le llevó por difamador a los tribunales, donde el ex miembro de la Defensa nacional, el ex ministro de Asuntos Extranjeros, el ex diputado por París, confesó

públicamente haber cometido falsificaciones. Alegó que lo había hecho por asegurar una fortuna a sus hijos. Ante esta conmovedora confesión, los padres de familia se enternecieron, y Laluyé, condenado a un año de prisión, moría poco después en Sainte-Pelagie. Jules Favre tenía una suerte terrible. En menos de seis meses, los fusilamientos y la cárcel le habían librado de dos temibles enemigos.⁴

El proceso de las «petroleras»

Mientras el tercer consejo de guerra se peleaba con los abogados, el cuarto precipitaba sin frases su obra. El 16 de agosto, apenas abiertas sus sesiones, había dictado ya dos condenas de muerte. Si el uno tenía su Jeffries, el otro tenía su Trestailon, el coronel Boisdemetz, jabalí rojizo, hombre culto a ratos perdidos y redactor de «Le Figaro». El 4 de setiembre le llevaron algunas mujeres acusadas de haber incendiado la Legión de Honor. Entonces surgió el proceso de las petroleras. Las ocho mil furias formadas en brigadas que habían anunciado los periódicos del orden, se redujeron a cinco. Los debates probaron que las supuestas petroleras eran simplemente enfermeras dotadas de un admirable corazón. La ciudadana Rétiffe dijo: «Lo mismo hubiera recogido a un soldado versallés que a un guardia nacional.» «¿Por qué —le preguntaron a otra— se quedó usted cuando el batallón huía?» «Teníamos heridos y agonizantes», respondió ella sencillamente. Los testigos de cargo declararon que no habían visto a ninguna de las acusadas iniciar ningún incendio; pero su suerte estaba decidida de antemano. Entre audiencia y audiencia, Boisdemetz gritaba en un café: «¡Que maten a todas esas golfas!»

4. La familia y la moral triunfaban en toda la línea. Al día siguiente de la caída de la Comuna, el primer presidente del tribunal de casación, Devienne, mediador oficial en los amores de Napoleón III con Marguerite Bellanger, volvía a ocupar solemnemente, ante todas las cámaras reunidas, su sitio, de donde el pudor de les gentes del 4 de setiembre le había expulsado.

De cinco abogados, tres habían desertado. «¿Dónde están?», preguntó Boisdénemetz. «Han solicitado que se les permitiera ausentarse para ir al campo», respondió el comisario. El consejo encomendó a unos soldados la defensa de las acusadas. El suboficial de caballería Bordelais pronunció este magnífico alegato: «Me atengo a la sabiduría del tribunal.»

Su cliente Suétens, fue condenada a muerte, lo mismo que Rétiſſe y Marchais, «por haber intentado cambiar la forma de gobierno» —no se osó hablar del petróleo—; las otras dos, a la deportación y a la reclusión. Una de las condenadas gritó al secretario que leía la sentencia: «¿Y mi hijo, quién va a darle de comer?»

—¿Tu hijo? ¡Ahí lo tienes!

Algunos días después, ante el mismo Boisdénemetz, comparecían quince muchachos de París. El mayor, de dieciséis años; el más joven, tan pequeño que apenas alcanzaba a la balaustrada de los acusados, tenía once. Llevaban blusa azul y kepis militar.

«Druet, dijo el soldado, ¿qué hacía tu padre? —Era mecánico—. ¿Por qué no trabajabas tú como él? —Porque no había trabajo para mí.»

«Bouverat, ¿por qué entraste en los hijos de la Comuna? —Para tener qué comer. —¿Has sido detenido por vago? —Sí, dos veces; la segunda, por haber robado unos calcetines.»

«Cagnoncle, ¿eras hijo de la Comuna? —Sí, señor. —¿Por qué abandonaste a tu familia? —Porque no teníamos pan. —¿Has hecho muchos disparos de fusil? —Unos cincuenta.»

«Lescot, ¿por qué abandonaste a tu madre? —Porque no podía alimentarme. —¿Cuántos hermanos erais? —Tres. —¿Fuiste herido? —Sí, de un balazo en la cabeza.»

«Lamarre, ¿tú también abandonaste a tu familia? —Sí, señor; el hambre... —¿Y adónde fuiste entonces? —Al cuartel, a alistarme.»

«Leberg, trabajaste con un patrono y te sorprendieron llevándote la caja. ¿Cuánto te llevaste? —Cincuenta céntimos. —¿No te quemaba las manos ese dinero?»

¿Y a usted, hombre de manos rojas, no le abrasa-

ban los labios esas palabras? ¡Tontos siniestros que no comprendíais que ante estos niños arrojados a la calle, sin instrucción, sin esperanza, por la necesidad que vosotros mismos habíais creado, los culpables erais vosotros, el ministerio público de una sociedad en que unos seres de doce años, capaces, ávidos de trabajar, se veían obligados a robar para tener calcetines y no les quedaba otra alternativa que la de caer bajo las balas o morir de hambre!

CAPÍTULO XXXVII

Los consejos de guerra. — Los suplicios. — Balance de las condenas.

«En Versalles se emplearon todos los medios para asegurar la instrucción más seria, más atenta y más completa de todos los procesos juzgados. Afirmando, pues, que las sentencias dictadas son, no solamente en derecho, según todas nuestras leyes, inatacables, sino que, para la conciencia más escrupulosa, son sentencias que han expresado la verdad.»
(¡Muy bien, muy bien!)

El ministro de Justicia Dufaure, sesión del 18 de mayo de 1876.

Veintiséis consejos de guerra, veintiséis ametralladoras judiciales funcionaron en Versalles, París, Vincennes, en el monte Valérien, en Saint-Cloud, Sèvres, Saint-Germain, Rambouillet y Chartres. En la composición de estos tribunales se despreciaron todos los reglamentos militares, todas las apariencias de justicia. La Asamblea no se preocupó siquiera de definir sus prerrogativas. Y aquellos oficiales, caldeados todavía por la lucha y para quienes toda resistencia, hasta la más legítima, era un crimen, fueron lanzados contra sus abatidos adversarios, sin más jurisprudencia que su fantasía, sin otro freno que su humanidad, sin más conocimiento del derecho que su hoja de servicios. Con semejantes jenízaros y con un código penal que lo encierra todo en su elástica oscuridad, ninguna falta hacían leyes de excepción para alcanzar a París entero. Bien pronto se vio nacer y difundirse por esas cavernas judiciales las teorías más extravagantes. Así, la presencia en el lugar del crimen, constituía la complicidad legal; para aquellos magistrados, esto era un dogma.

En lugar de establecer los consejos de guerra en los puertos, se hizo recorrer de nuevo a los prisioneros las dolorosas etapas del mar a Versalles. Elisée Reclus fue paseado por catoree cárceles. Desde los pontones lle-

vaban a los presos a pie hasta el ferrocarril, con las esposas puestas; pero cuando pasaban por las calles, mostrando sus cadenas, los transeúntes se descubrían.

Con excepción de algunos acusados de relieve, cuyos procesos voy a referir brevemente, la masa de los prisioneros fue llevada a presencia de estos tribunales después de una instrucción que en muchos casos ni siquiera garantizaba su identidad. Demasiado pobres para tener un defensor, estos desgraciados, sin ascensores, sin testigos de descargo —los que eran llamados no se atrevían a acudir por miedo a ser detenidos—, no hacían más que aparecer y desaparecer ante el tribunal. La acusación, el interrogatorio, la sentencia quedaban amañados en unos minutos. «—¿Usted se ha batido en Issy, en Neuilly? Condenado a deportación. —¿Y mi mujer y mis hijos?» A otro: «—¿Usted ha servido en los batallones de la Comuna? —¿Quién hubiera alimentado a los míos, cuando todo estaba cerrado, el taller y la fábrica? —¡A la deportación! —¿Y usted?... ¡Detención ilegal!... ¡A presidio!...» El 14 de octubre, en menos de dos meses, el primero y segundo consejos habían dictado más de seiscientos condenas.

¡Que no pueda yo trazar el martirologio de los millares que desfilaron en compactas filas, guardias mujeres, niños, viejos, enfermeras, médicos, funcionarios de esta ciudad diezmada! ¡A vosotros los innominados es a quienes daría yo el primer lugar, como lo tuvisteis en el trabajo, en las barricadas oscuras! El verdadero drama de los consejos de guerra no está en las sesiones aparatosas, en que los acusados, el tribunal, los abogados, componían su figura ante el público, sino en estas salas desiertas, que fueron las únicas en contemplar al desdichado frente a un tribunal tan inexorable como el fusil. ¡Cuántos de estos humildes defensores de la Comuna hubo que mantuvieron erguida la cabeza, con más orgullo que sus jefes, y cuyo heroísmo no será contado por nadie! Cuando se saben las insolencias, las injurias, la argumentación grotesca de los jueces que actuaban a la luz pública, se adivina a qué ignominias fueron entregados, en la sombra de estos procesos llamados legales, los acusados sin notoriedad. ¿Quién ven-

gará estas hecatombes de desconocidos, ejecutados en el silencio, como los últimos combatientes del Père-Lachaise, en la oscuridad de la noche?

Jueces-verdugos

Los periódicos no han dejado huella de sus causas; pero, a falta del nombre de las víctimas, la historia conoce el de alguno de sus jueces.

En 1795, después de Quiberon, para formar los consejos de guerra que debían juzgar a los vendeanos, fue preciso amenazar de muerte a los oficiales de la República. Y, sin embargo, aquellos vendeanos, bajo los cañones, con armas inglesas, habían herido a la patria por la espalda, mientras los coaligados la atacaban de frente. En 1871, los oficiales de Bazaine solicitaron el honor de juzgar a este París que había sido el baluarte del honor nacional. Durante muchos meses, 1.509 militares, entre ellos 14 generales, 266 coroneles y tenientes coroneles, 284 comandantes, se improvisaron presidentes, jueces y comisarios. ¿Cómo escoger en esta selección de bestialidades? Tomar al azar algunos presidentes, Merlin, Boisdénemetz, Jobey, Delaporte, Dulac, Barthel, Donnat, Aubert, es hacer injusticia a otros cien.

Ya hemos visto a Merlin y a Boisdénemetz. El coronel Delaporte, leopardo viejo, gastado, enfermo, sólo revivía después de una condena a muerte. Él fue quien dictó el mayor número de ellas, ayudado por el secretario Duplan, que preparaba de antemano las sentencias y cometía después las falsificaciones más descaradas. De Jobey se decía que había perdido a su hijo en la lucha contra la Comuna. ¡Cómo se vengaba! Sus ojillos entrecabiertos acechaban la angustia en el rostro del desgraciado a quien condenaba. Todo llamamiento a la justicia, al buen sentido, era para él una injuria. «Hubiera sido feliz —decía— haciendo cocer a los abogados con los acusados.»

Y, sin embargo, ¡qué pocos abogados cumplían con su deber! La mayor parte de ellos declaraban que no se

podía ayudar decentemente a tales acusados. Otros querían que se les eximiese. Aparte de cuatro o cinco excepciones, Dupont de Bussac, Laviolette, Bigot, que murió en el foro, los defensores banquetaban con los oficiales. Abogados y fiscales se comunicaban sus medios de ataque y de defensa. Los oficiales anunciaban por anticipado las sentencias. El abogado Riché se jactaba de haber redactado el acta de acusación de Rossel. Los abogados nombrados de oficio no respondían al llamamiento.

Estos jueces ignorantes, fanfarrones de la violencia, que insultaban a los acusados, abogados y testigos, eran dignamente secundados por los comisarios. Grimal vendía a los periódicos papeles de los acusados célebres, y fue más tarde condenado a cinco años de prisión; Douville, célebre por sus implacables requisitorias, hubo de sufrir veinte años de trabajos forzados por falsificación, robos y estafas; Gaveau, necio y furibundo, tuvo que ser reintegrado al manicomio; Bourboulon buscaba los efectos oratorios; Barthélemy, bebedor de cerveza, rubio y mofletudo, hacía chistes mientras pedía la cabeza de los acusados; Charrière, capitán todavía a los cincuenta años, decía que él «había hecho a César voto de crueldad»; Jouesne, célebre en el ejército por su tontería, se desquitaba con su encarnizamiento. No hacía falta mucho con semejantes consejos. Los más intratables fueron el 3.º, 4.º y 6.º y 13.º, de Saint-Cloud, que se alababa públicamente de no absolver a nadie.

Tales fueron los jueces y la justicia que la burguesía dio a los proletarios a quienes no había conseguido ametrallar. Quisiera seguir paso a paso estas militancias, tomar uno a uno los procesos, hacer ver las leyes violadas, las reglas de procedimiento más elementales despreciadas, los documentos falsificados, los testimonios retorcidos, los acusados condenados a presidio y a muerte sin la sombra de una prueba que hubiese sido admisible para un jurado serio, el cinismo de los tribunales prebostales de la restauración y de las comisiones mixtas de diciembre, aumentado con la brutalidad de un soldado que venga su casta; tal obra requeriría un largo trabajo técnico. No voy a indicar más que las

líneas principales. ¿No están ya, por otra parte, juzgadas estas sentencias?

Extradiciones denegadas

Versalles pidió a Suiza la extradición del gobernador de la Escuela Militar, Razoua, y a Hungría la del delegado del Trabajo, Frankel, uno y otro condenados a muerte por asesinato e incendio. Ambos fueron detenidos y presentados a los tribunales de Ginebra y de Pest. Suiza y Hungría estaban dispuestas a entregarlos si el gobierno versallés presentaba la prueba legal de que hubiesen cometido los asesinatos e incendios de que se les acusaba. Ninguno de los dos países hizo ninguna objeción desde el punto de vista político, y admitieron que los condenados lo habían sido por crímenes de derecho común. Respecto a Frankel, Jules Favre se limitó a dar la orden del consejo de guerra, y no pudo añadir «ninguna traza de fundamento, ninguna declaración precisa, ningún testimonio que estableciese la culpabilidad»; así se expresa el tribunal de Pest, que puso en libertad a Frankel. Por lo que respecta a Razoua, se habló de una maleta y de un par de botas robadas en la Escuela Militar; Suiza devolvió a Razoua la libertad.

Otros procesos

El 8 de setiembre compareció Rossel ante el tercer consejo. Su defensa consistía en decir que él había servido a la Comuna con la esperanza de que la insurrección volviese a empezar la guerra contra los prusianos. Merlin se mostró lleno de miramientos, y el acusado, por su parte, manifestó el mayor respeto al ejército. Pero hacía falta un escarmiento para los soldados románticos, y Rossel fue condenado a muerte.

El 21 fue condenado Rochefort a la deportación a un reducto fortificado. Había salido de París tres días antes de que entrasen en la ciudad los versalleses. Reco-

nocido en Meaux, fue detenido en unión de su secretario. Valentin expidió un agente con orden de conducir al preso a Versalles «muerto o vivo». El oficial alemán que mandaba en Meaux exigió que se le dejase darle una escolta, a causa, según dijo, de órdenes superiores, y la formó de húsares bávaros que rodearon el coche hasta el puente de Pecq, límite militar en que los prisioneros fueron entregados a Galliffet. Éste les dejó la vida. En Versalles, una encarnizada multitud acribilló a pedradas el coche, hasta llegar a la cárcel de Chantiers. Los bonapartistas del consejo de guerra vieron en él al autor de la *Lanterne*. Merlin defendió al príncipe Pierre Bonaparte. Trochu, a quien Rochefort había llamado como testigo de descargo, renegó desdenosamente de su antiguo colega. Gambetta demostró poseer un alma mucho más elevada, y le buscó un defensor elocuentísimo.

A continuación le tocó a Blanqui. El Comité de Salud Pública había puesto a disposición de sus amigos cincuenta mil francos para facilitarle la evasión del fuerte de Taureau. Hubiera hecho falta más, y, ante todo, agentes diestros, porque se había dado orden de matarle al menor intento de evasión. Parte de los fondos estaba en la caja del Comité el día de la entrada de los versalleses.

¿Qué sabía Blanqui, detenido antes del 18 de marzo, de la Comuna? Nada. Ni siquiera por los periódicos, que no le llegaban. Se le condenó por lo del 31 de octubre; sobre todo, porque era, desde 1830, *el insurrecto*. Este gran Hamlet revolucionario, lanzado a pesar suyo a la cumbre de unas olas que jamás gobernó, mal comprendido por sus fanáticos, expiando faltas que no había cometido, recorrió su noble y larga vida pisando las espigas que el bronce de Dalou ha inmortalizado bajo sus pies.

El periodismo revolucionario tuvo también sus víctimas. El joven Maroteau fue condenado a muerte por dos artículos del «*Salut Public*». A presidio, Henri Brisac, secretario del Comité de Salud Pública; a presidio, Alphonse Humbert, que había pedido en el «*Père Duchesne*» la detención de Chaudey; los publicistas detenidos

más tarde, Henry Maret, Lepelletier, Peyrouton, etc., fueron condenados a varios meses de cárcel, y los que pudieron refugiarse en el extranjero, a nueve años de destierro. ¿Cuál fue su crimen? Haber defendido a la Comuna. Por haber defendido a Versalles, la Comuna se había limitado a suprimir los periódicos. En el fondo, los consejos tenían orden de exterminar al partido revolucionario.

El asunto de la calle Rosiers

El miedo al porvenir les hizo ser implacables. Después de los innumerables fusilamientos de la calle Rosiers, quisieron ofrecer también sacrificios a los manes de Lecomte y de Clément Thomas. No había manera de encontrar a los verdaderos ejecutores. La explosión de furor que arrebató la vida a los dos generales había sido espontánea, fulminante. Los autores del drama se llamaban la multitud, y se habían desvanecido con ella. Los jueces militares recogieron acusados al azar, lo mismo que sus colegas, en el cerro de Montmartre, habían fusilado a ciegas.

«Simon Mayer —decía el informe— trató hasta el último momento de defender a los prisioneros, y el propio Kazdanski quiso oponerse a la ejecución de las amenazas de muerte. La multitud le injurió y le arrancó los galones.» Herpin-Lacroix hizo desesperados esfuerzos. Lagrange, que se había negado a formar el pelotón de ejecución, se sentía tan seguro de su inocencia, que fue a ofrecerse a los jueces. El informe hacía de él el principal acusado, en unión de Simon Mayer, Herpin-Lacroix, Kazdanski y un sargento regular, Verdagner, que el 18 de marzo se había negado a hacer uso de su fusil.

El asunto fue llevado por el coronel Aubert, burlón, melodramático y devoto. A pesar de sus esfuerzos y de los del fiscal, no fue posible hallar la menor prueba contra los acusados. Hasta los oficiales del ejército que acompañaban al general Lecomte declararon en favor de aquéllos. «Simon Mayer hizo todo lo posible por salvarnos», decía el comandante Poussargue. Este ofi-

juicio, ni siquiera a los traidores! ¡Formad un tribunal militar!» Textualmente, las palabras de Herpin-Lacroix. De todos los acusados no recordaba más que a Mayer. Otro oficial hizo una declaración idéntica. Verdagner demostró que a la hora de la ejecución se hallaba en los cuarteles de Courcelles. La acusación negaba, sin aducir un solo testimonio en su apoyo. Ribemont probaba que se había lanzado a la cabeza de los asaltantes en la habitación de la calle Rosierss. Masselot no tenía contra él más que algunos testimonios de mujeres enemigas, que pretendían que se había vanagloriado de disparar contra los generales. El capitán Beugnot, ayudante de campo del ministro y presente en la ejecución, afirmaba, por el contrario, que los generales habían sido rodeados por los soldados; Douville-Maillefeu, que el frente de los pelotones estaba compuesto por nueve soldados cuyos regimientos designaba.

No había ni siquiera testigos falsos oficiales, como en el asunto de los miembros de la Comuna; sin embargo, la acusación, lejos de soltar la presa, se encarnizaba incluso con aquellos que habían expuesto su vida por salvar a los generales. El fiscal amenazó con detener a un testigo que depuso calurosamente en favor de un acusado. Al cabo de varias audiencias se dieron cuenta de que estaban juzgando a un individuo por otro; el presidente ordenó a la prensa que callase el incidente. Cada sesión, cada nuevo testimonio descargaba a los acusados, hacía imposible toda condena; el 18 de noviembre, Verdagner, Simon Mayer, Herpin-Lacroix, Lagrange, Masselot, Leblond, Aldenhoff, fueron condenados a muerte; los demás, a penas que oscilaban entre la de trabajos forzados y la de cárcel. Uno de los condenados a muerte, Leblond, no tenía más que quince años y medio. Siete años más tarde, el consejo de guerra de París condenaba por la misma causa a un viejo de setenta y dos años, Garcin.

Dada esta satisfacción al ejército, los consejos de guerra, como buenos cortesanos, vengaron las ofensas inferidas a Thiers. El funcionario encargado por la Comuna de demoler el hotel del que había demolido cenial había oído una voz que gritaba: «¡No matéis sin

tenares de casas, Fontaine, compareció, ante el 5.º consejo, que se esforzó por hacerle aparecer como un ladrón. Nadie ignoraba que los cuadros, los muebles, las porcelanas y la plata de Thiers habían sido enviados a un guardamuebles, los objetos de arte a los museos, los libros a las bibliotecas públicas, la ropa blanca a las ambulancias, y que, desde que habían entrado en París las tropas, el hombrecillo había recobrado la posesión de casi todas sus chucherías. Un pequeño número de ellas desapareció en el incendio de las Tullerías; el informe acusó a Fontaine de haberlas sustraído, por más que no se encontrase en su casa se creía garantizado por una larga vida de probidad, Fontaine no supo responder más que con lágrimas. La gentuza se rió mucho a cuenta de esto. Fue condenado a veinte años de trabajos forzados.

La «Comisión de los asesinos»

El 28 de noviembre volvió a empezar la Asamblea con sus fusilamientos. Thiers había hecho recaer hábilmente sobre los diputados el derecho a conmutar las penas, consiguiendo que la Cámara nombrase una Comisión de indultos. Integraban ésta quince miembros que habían formado parte de las comisiones mixtas de 1851, grandes propietarios, realistas a machamartillo: Martel, Piou, el conde Octave de Bastard, Félix Voisin, Batbie, el conde de Maillé, el conde Duchatel, Peltereau-Villeneuve, François Lacaze, Thailhard, el marqués de Quinsonnaz, Bigot, Merveilleux-Duvignan, Pâris, Corne, Torquemada, este último, de junio del 48. El presidente, Martel, traficaba indultos con las lindas solicitantes.

Los primeros expedientes de que se ocuparon fueron los de Ferré y Rossel. La prensa liberal defendía ardientemente la causa del joven oficial. En este inquieto joven, sin opiniones políticas malsonantes, y que había vuelto la espalda tan caballerescamente a la Comuna, la burguesía reconoció bien pronto a uno de sus hijos descarriados. Él, por otra parte, había cantado la pali-

nodia. Los periódicos publicaban sus memorias, en que vilipendiaba a la Comuna y a los federados. Contaban día por día su vida de prisionero, sus sublimes conversaciones con un pastor protestante, sus desgarradoras entrevistas con su familia. El bonapartista Jules Amigues organizó una manifestación de estudiantes para pedir su indulto. En cuanto a Ferré, ni una palabra, como no fuese para decir que era «odioso». Su madre había muerto loca; su hermano estaba recluido en una celda en Versalles; su padre, prisionero en la ciudadela de Fouras; su hermana, una joven de diecinueve años, silenciosa, resignada, consumía sus días y sus noches ganándose los veinte francos que enviaba cada semana a los prisioneros. Rechazó la ayuda de sus amigos, por no querer compartir con nadie el honor de cumplir con su deber. No cabía imaginar nada más «odioso».

Tres ejecuciones en Satory

La muerte estuvo suspendida durante doce semanas sobre los condenados. El 28 de noviembre, a las seis de la mañana, se les dijo que tenían que morir. Ferré saltó de la cama sin dar muestras de emoción, declinó la visita del cura, escribió a la justicia militar para pedir la liberación de los suyos, y a su hermana para que enterrase su cadáver de modo que sus amigos pudiesen encontrarlo. Rossel, bastante sorprendido en el primer momento, habló con un pastor, escribió para pedir que no se vengase su muerte, precaución inútil, y redactó un testamento místico. Tenían por compañero de condena a un sargento del 45 de línea —el regimiento de los cuatro sargentos de La Rochelle—, Bourgeois, que se había pasado a la Comuna y mostraba la misma serenidad que Ferré. Rossel se indignó cuando le pusieron las esposas. Ferré y Bourgeois no se dignaron protestar.

El día apuntaba apenas; hacía un frío espantoso. Ante el cerro de Satory, cinco mil hombres en armas encuadraban tres postes blancos, guardado cada uno

por un pelotón de doce ejecutores. Mandaba el coronel Merlin, que reunía el triple carácter de vencedor, juez y verdugo. Algunos curiosos, oficiales y periodistas, componían el público.

A las siete llegaron los furgones de los condenados; redoblaron los tambores, sonaron los clarines. Los condenados bajaron de los furgones, escoltados por algunos gendarmes. Rossel saludó a los oficiales. Bourgeois, que contemplaba aquellos preparativos con expresión indiferente, fue a colocarse en el poste de en medio. Ferré llegó el último, vestido de negro, con lentes, el cigarro entre los labios. Con paso firme se dirigió al tercer poste.

Rossel, asistido de su abogado y de su pastor, pidió que le dejaran mandar el fuego. Merlin se negó a ello. Rossel quiso estrecharle la mano para rendir homenaje a la sentencia. La misma negativa. Durante estas idas y venidas, Ferré y Bourgeois se mantenían inmóviles y silenciosos. Para dar fin a las expansiones de Rossel, un oficial le dijo que con ellas prolongaba el suplicio de los demás. Se avino a que le vendasen los ojos. Ferré arrojó la venda, rechazó al cura que se le acercaba y, ajustándose los lentes, miró de frente a los soldados.

Leída la sentencia, los ayudantes bajaron el sable. Rossel y Bourgeois cayeron hacia atrás. Ferré quedó en pie, herido en el costado. Volvieron a disparar contra él, y cayó. Un soldado le arrimó el fusil a la oreja y le hizo saltar los sesos; el mismo golpe de gracia recibió Bourgeois. A Rossel no se lo dieron.

A una señal de Merlin rompieron a tocar las charangas y, según la costumbre de los salvajes, la tropa desfiló en triunfo ante los cadáveres. ¡Qué grito de horror hubiera lanzado la burguesía si, ante los rehenes ejecutados, se hubiesen pavoneado los federados con músicas a la cabeza!

Los cuerpos de Rossel y de Ferré fueron reclamados por sus familias; el de Bourgeois desapareció en la fosa común del cementerio de Saint-Louis. La prensa liberal reservó sus lágrimas para Rossel. Valerosos periódicos de provincias honraron a todas las víctimas y denunciaron a la execración de Francia a la Comisión de In-

dultos, la «comisión de asesinos», como dijo en la Asamblea un diputado. Llevados a los tribunales, dichos periódicos fueron absueltos.

Gaston Crémieux, fusilado

Dos días después de las ejecuciones de Satory, la Comisión de Indultos hizo matar a Gaston Crémieux. Estaba condenado desde hacía seis meses, y esta larga espera, su moderación durante el movimiento, parecían hacer imposible su muerte; la comisión rural quiso vengar el famoso apóstrofe de Burdeos. El 30 de noviembre, a las siete de la mañana, Gaston Crémieux fue conducido al Pharo de Marsella, vasta explanada a la orilla del mar. Crémieux dijo a sus guardianes: «Haré ver cómo sabe morir un republicano.» Lo arrimaron al mismo poste en que un mes antes había sido fusilado el soldado Paquis por haberse pasado a la insurrección. Quiso tener los ojos libres y mandar el fuego. Se lo consintieron. Dirigiéndose a los soldados, dijo: «Apuntad al pecho, no tiréis a la cabeza. ¡Fuego! ¡Viva la Repú...!» La última palabra fue cortada por la muerte. Como en Satory, hubo música y desfile. La muerte de este joven entusiasta produjo una gran impresión en la ciudad. Los pliegos puestos a la puerta de su casa se llenaron, en unas horas, de millares de firmas.

El mismo día, el 6.º consejo vengaba la muerte de Chaudey. Esta había sido ordenada y vigilada exclusivamente por Raoul Rigault. Los hombres del pelotón estaban en el extranjero. Préau de Vedel, el principal acusado, detenido en Sainte-Pélagie por delito de derecho común, no había hecho más que sostener la linterna. Como la jurisprudencia de los oficiales atribuía a los simples agentes la misma responsabilidad que a los jefes, Préau de Vedel fue condenado a muerte.

El 4 de diciembre, en la sala del 3.º consejo, apareció una especie de fantasma de rostro pálido y simpático, Lisbonne, que arrastraba desde hacía seis meses sus heridas de Château-d'Eau. Tanto en el consejo como durante la Comuna y en Buzenval, se jactó de

haber combatido, y no rechazó más que las acusaciones de pillaje. Los versalleses le condenaron a muerte.

Louise Michel

Algunos días después, el mismo consejo oyó una voz de mujer. «¡No quiero defenderme, no quiero ser defendida! —exclamó Louise Michel—. Pertenezco por entero a la revolución social, y declaro aceptar la responsabilidad de todos mis actos. La acepto sin restricciones. ¿Me reprochan ustedes que haya tomado parte en la ejecución de los generales? Responderé: sí; si yo me hubiese encontrado en Montmartre cuando quisieron hacer disparar sobre el pueblo, no hubiera vacilado en mandar hacer fuego yo misma contra los que daban semejantes órdenes. En cuanto al incendio de París, sí, he tomado parte en él. Quería oponer una barrera de llamas a la invasión de Versalles. No he tenido cómplices; he obrado por propio impulso.»

El relator Dailly pide pena de muerte. Ella: «Lo que yo reclamo de ustedes, que se dicen consejo de guerra, que se presentan como mis jueces, que no se disfrazan como la Comisión de Indultos, es el campo de Satory, en que han caído ya mis hermanos. Es preciso amputarme de la sociedad. Se os dice que lo hagáis; ¡pues bien!, el fiscal de la República tiene razón. Puesto que parece que todo corazón que late por la libertad no tiene derecho más que a un poco de plomo, yo reclamo mi parte. Si me dejan vivir, no cesaré de gritar venganza de mis hermanos a los asesinos de la Comisión de Indultos.»

EL PRESIDENTE. — No puedo dejarle que siga haciendo uso de la palabra.

LOUISE MICHEL. — He terminado... Si no son ustedes unos cobardes, ¡mátenme!

No tuvieron el valor de matarla de una vez. Fue condenada a la deportación en un reducto fortificado.

Louise Michel no fue la única que tuvo este valor. Otras muchas, entre las cuales hay que mencionar a Lemel, Augustine Chiffon, mostraron a los versalleses

qué terribles mujeres son las parisienses, aun vencidas, aun encadenadas.

La cuestión de los rehenes

El asunto de la ejecución de los rehenes de La Roquette fue juzgado a principios del 72. Aquí, como en los procesos de Chaudey y Clément Thomas, no tenían a ninguno de los verdaderos actores, excepción hecha de Genton. Casi todos los testigos, antiguos rehenes, depusieron con la rabia natural en gente que ha temblado anteriormente de miedo. La acusación construyó un ridículo andamiaje de tribunal marcial que aparecía discutiendo, ordenando la muerte de los prisioneros. Se habían disputado los cadáveres, decía. Así lo afirmaba un abate. Se le hizo comparecer. «No tengo seguridad de ello —dijo—, pero tal vez me lo dijeran y yo lo haya repetido.» ¡Prueba! La acusación afirmaba que uno de los acusados era el jefe del pelotón de ejecución, y ya iba a ser condenado, a pesar de las reiteradas protestas de Genton, cuando trajeron a Sicard, que acaba de ser descubierto, agonizante, en una prisión. Genton fue condenado a muerte. Su abogado había procedido odiosamente en contra de él, después había huido, y el consejo se negó a concederle un nuevo defensor.

El caso de los dominicos

El asunto más importante que siguió fue el de los dominicos de Arcueil. Ninguna ejecución había sido menos premeditada. Estos religiosos habían caído al atravesar la avenida de Italia, alcanzados por las balas del regimiento 101. El informe acusaba a Sérizier, que en aquel momento no estaba en la avenida. El único testigo citado contra él decía: «Yo no afirmo nada por mi cuenta; únicamente he oído decir...» Pero ya se sabe qué estrechos lazos unen al ejército y al clero. Sérizier fue condenado a muerte, así como uno de sus lugartenientes, Bouin, contra el cual no se adujo ningún

testimonio. El consejo aprovechó la ocasión para condenar a muerte a Wroblewski, que se hallaba a aquella hora en Butte-aux-Cailles, y a Léo Frankel, que combatía en la Bastilla.

El asunto de la calle Haxo

El asunto de la calle Haxo se sustanció ante el sexto consejo, siempre presidido por Delaporte, el 12 de marzo. Fue tan imposible dar con los ejecutores de los rehenes como con los de la calle Rosiers. La acusación recaía sobre el director de la prisión, François, que se había negado a entregar a sus detenidos, y sobre veintidós personas denunciadas por chismes de comadres. Ninguno de los testigos de cargo reconoció a los acusados. Dos vicarios de Belleville, una costurera, contaban historias truculentas, pero añadían: «Yo no he visto nada, he oído decir...» Delaporte multiplicaba sus amenazas con tal cinismo, que el comisario Rustaut, que había presentado sus pruebas en los procesos precedentes, no pudo contenerse y dijo: «¡Pero usted quiere condenarlos a todos!» Fue reemplazado por el embrutecido Charrière. La acusación se desvanecía a cada momento ante las declaraciones de los testigos. Ninguno de los acusados escapó. Siete fueron condenados a muerte, nueve a trabajos forzados, y los demás a la deportación.

Otro cuadro de caza

La Comisión de Indultos esperaba, fusil en mano, las presas que le entregaban los consejos de guerra. El 22 de febrero del 72, fusiló a tres de los supuestos ejecutores del Clément Thomas y de Lecomte, aquellos cuya inocencia se había evidenciado más en los debates: Herpin-Lacroix, Lagrange y Verdagner. En pie ante el poste de Ferré, gritaron: «¡Viva la Comuna!», y murieron con la faz resplandeciente. El 19 de marzo fue ejecutado Préau de Vedel. El 30 de abril le tocó la vez

a Genton. Habían vuelto a abrírsele las heridas de las barricadas, y se arrastró hacia el cerro con muletas. Llegado al poste, las lanzó al aire y gritó: «¡Viva la Comuna!» El 25 de mayo, los tres postes fueron guarnecidos con Sérizier, Bouin y Boudin, condenado por haber suprimido a un versallés que se alzaba contra la construcción de barricadas en la calle Richelieu. Estos dijeron a los soldados del pelotón: «Nosotros somos hijos del pueblo y vosotros también. Vamos a mostraros cómo saben morir los hijos del pueblo.» Murieron también gritando: «¡Viva la Comuna!»

Estos hombres que tan intrépidamente se lanzaban a la tumba, que desafiaban con un gesto a los fusiles y gritaban al morir que su causa no moriría, estas voces vibrantes, estas miradas orgullosas, turbaban profundamente a los soldados. Los fusiles temblaban y, con disparar casi a bocajarro, rara vez mataban al primer tiro. En la ejecución siguiente, el 6 de julio del 72, el comandante Colin ordenó que se vendiera los ojos a los reos. Estos eran dos: Baudouin, acusado de haber incendiado la iglesia de Saint-Eloi y de haber matado a un individuo en la defensa de una barricada, y Rouilhac, que había fusilado a un burgués que cazaba a los federados a tiros. Los dos rechazaron a los sargentos que iban a vendarles los ojos. El comandante Colin dio orden de atarlos al poste. Baudouin rompió por tres veces las cuerdas; Rouilhac luchó desesperadamente. El cura que ayudaba a los soldados recibió varios golpes en el pecho. Acabaron por abatirlos. «¡Morimos por la buena causa!», exclamaron. Después del desfile, un oficial psicólogo, revolviendo con la punta de la bota los sesos, que salían por los agujeros del cráneo, decía a un colega: «Con esto es con lo que pensaba.»

En junio del 72, como se habían acabado todas las causas célebres, el tribunal militar vengó la muerte de un oficial de federados, el capitán De Beaufort. No hay más que una explicación posible de este extraño caso, y es que Beaufort perteneciese a los versalleses, cosa verosímil. Tres de los cuatro acusados se hallaban presentes: Deschamps, Denivelle y Lachaise, la célebre cantinera del 66. Ésta había seguido a Beaufort al consejo

celebrado en el bulevar Voltaire, y después de oír sus explicaciones se había esforzado por protegerle. No por eso la acusación dejaba de hacerla instigadora de su muerte. Basándose en la declaración escrita de un testigo a quien no fue posible encontrar y que jamás llegó a ser careado con la acusada, el relator acusó a la Lachaise de haber profanado el cadáver de Beaufort. Antes estas innobles palabras, la esforzada mujer se echó a llorar. Fue condenada a muerte, lo mismo que Denivelle y Deschamps.

La sucia imaginación de algunos soldados de costumbres disipadas se afanaba en emporcar a los acusados. El coronel Dulac, al juzgar a un amigo de Raoul Rigault, pretendió que sus relaciones habían tenido un carácter infame. El acusado se esforzó en vano en desmentirlo; el miserable oficial insistió.

La prensa burguesa, sin tregua, sin cansancio, acompañaba todos los procesos con el mismo coro de imprecaciones y con las mismas suciedades. Habiendo protestado algunas voces contra unas ejecuciones llevadas a cabo tanto tiempo después de la batalla, uno de estos Sarceys escribió: «El cuchillo debería estar soldado a la mano del verdugo.»

Los escritoruelos y la Comuna

La alta y baja hampa literaria había encontrado en la Comuna un lucrativo filón, lo explotaba mañosamente. No hubo ni un solo granuja de las letras que dejase de lanzar su folleto, su libro, su historia, ni un insignificante prisionero que se abstuviese de lanzar sus lamentaciones. Hubo montones de: *París incendiado*, *París en llamas*, *Libro rojo*, *Libro negro*, *Memorias de los rehenes*, *Carnaval rojo*, *Historia del 18 de marzo*, *de la Comuna*, *de las ocho jornadas*; los novelistas del presidio, los Pierre Zaccane, los Montépin, emborraron *Misterios de la Internacional* sin cuento, en entregas ilustradas; los editores no querían más que comunismo. Tal fue la demanda, que los belgas se pusieron también a la obra. Estos escritos, frecuentemente obsce-

nos, excitaban los cerebros burgueses. Para las almas delicadas, el delicado Dumas, hijo, estudiaba la «zoolo-gía» de estos revolucionarios», cuyas «hembras parecen mujeres cuando están muertas»; poetas como Paul de Saint-Victor, Théophile Gautier, Alphonse Daudet, escritores más o menos ilustres como About, Sardou, Claretie, Mendès, Ernest Daudet, etc., pulían sabrosos epítetos para describir a estos «bárbaros», cuyos cadáveres apes-taban tanto. Pressensé, Beaussire y Lavallée colocaban filosóficas historias del otro mundo a los sesudísimos lectores de la «Reveu des Deux Mondes». Todos, des-deñados del pueblo, ignorantes de las recientes evolu-ciones, impotentes para darse cuenta de sus múltiples causas, reducían el 18 de marzo, el Comité Central y la Comuna a un denominador común: la Internacional. Ésta contaba con ochocientos mil adherentes, según Daru, presidente de la encuesta parlamentaria dispu-esta por la Asamblea, ante la cual sólo depusieron los versalleses, sin admitir testigos ni debates contradicto-rios. Los periódicos publicaban fragmentariamente esas purulentas declaraciones, con lo cual pudo verse lo ni-ños que eran en materia de calumnias y de imbecilida-dades los Quentin-Bauchard del 48 en comparación con los rufianes burgueses del 71.

Fustigados de esta suerte por el odio, los consejos de guerra, la Comisión de Indultos seguía adelante, cada vez con mayores bríos. Hasta entonces, la Comi-sión no había hecho morir más que a tres hombres a un tiempo; el 24 de julio del 72 abatió a cuatro: Fran-çois, director de La Roquette, Aubry, Dalivoust, De Saint-Omer, condenados por el asunto de la calle Haxo. De Saint-Omer era más que sospechoso, y en la prisión sus camaradas lo tenían al margen. Ante los fusiles, aqué-llos gritaron: «¡Viva la Comuna!», y él respondió: «¡Muera!»

El 18 de septiembre fueron ejecutados Lolive, acu-sado de haber intervenido en la ejecución del arzobis-po, Denivelle, y Deschamps. Estos dos últimos gritaron: «¡Viva la República universal y social! ¡Abajo los co-bardes!» El 22 de enero del 73, diecinueve meses des-pués de la batalla en las calles, la Comisión de Indultos

amarró tres nuevas víctimas a los postes: Philippe, miembro de la Comuna, culpado de haber defendido enérgicamente a Bercy; Benot, que prendió fuego a las Tullerías; Decamps, condenado por el incendio de la calle Lille, aunque no pudo presentarse contra él nin-gún testimonio. «¡Muero inocente! —gritó—. ¡Abajo Thiers!» Philippe y Benot: «¡Viva la República social! ¡Viva la Comuna!» Cayeron sin desmentir el valor de los soldados del 18 de marzo.

Fue ésta la última ejecución de Satory. Veinticinco víctimas enrojecieron los postes de la Comisión de In-dultos. En el 75, hizo fusilar en Vincennes a un joven soldado acusado de la muerte del confidente Viventini, arrojado al Sena por centenares de manos durante las manifestaciones de la Bastilla. Los periódicos reacciona-rios decían que había sido atado a una tabla; nada hubo en los debates que justificase ni la más leve sombra de intervención.

La represión en provincias

Los movimientos de provincias fueron juzgados por los consejos de guerra o por los tribunales ordinarios, según que los departamentos estuviesen o no en estado de sitio. En todas partes se esperaba el desenlace de la lucha parisiense. Después de la victoria de Versalles, la reacción reanudó su curso. El consejo de guerra de Espivent abrió la marcha de todos los procesos. Tuvo su Gaveau —el comandante Villeneuve, uno de los fusi-ladores del 4 de abril—, su Merlin, su Boisdennemetz —los coroneles Thomassin y Donnat. El 12 de junio apa-recieron ante los soldados, en unión de Gaston Cré-mieux y de todos los que habían podido complicar en el movimiento del 23 de marzo, Etienne Pélissier, Roux, Bouchet, etc. La pretenciosa estupidez de Villeneu-ve sirvió de norma a las requisitorias militares de que se vio inundada Francia. Al igual que Crémieux, Etienne Pelissier y Roux, fueron condenados a muerte. Pero aún no le bastaba con esto a la reacción jesuítico-burguesa. Espivent hizo que el Tribunal de Casación

declarase que el departamento de Bouches-du-Rhône estaba en estado de sitio desde agosto del 70, en virtud de un decreto de la emperatriz regente que no había sido publicado en el Boletín de las leyes, ni sancionado por el Senado, ni promulgado. Provisto de este arma persiguió a todos aquellos a quienes señalaba el dedo de la congregación y que se habían mostrado contrarios al Imperio. El consejero municipal David Bosc, ex delegado en la Comisión, armador multimillonario, acusado de haber robado a un agente de policía un reloj de plata, fue absuelto únicamente porque la mayoría votó en favor suyo. Al día siguiente fue sustituido el coronel presidente por el teniente coronel del 4.º de Cazadores, Donnat, medio enloquecido por el ajeno. Un obrero de setenta y cinco años de edad fue condenado a diez años de trabajos forzados y a veinte de privación de derechos civiles y políticos, por haber detenido el 4 de setiembre, durante media hora, al agente de policía que lo había enviado a Cayena en el 52. Una vieja loca, proveedora de los jesuitas, detenida un momento el 4 de setiembre, acusó de su detención al antiguo comandante de los cívicos. Su acusación aparecía contradicha por la misma denunciante, y materialmente anulada por coartadas y pruebas sin cuento. El ex comandante fue condenado a cinco años de prisión y a diez de privación de derechos civiles. Uno de los jueces-soldados, cuando salía de cometer su crimen, decía: «Se necesita tener profundas convicciones políticas para condenar en estos asuntos.» Con tales colaboradores, Espivent pudo satisfacer todos sus odios. Pidió al tribunal de Versalles que le cediese al miembro de la Comuna Amouroux, que había sido delegado momentáneamente en Marsella. «Le persigo —escribió Espivent— por reclutamiento, crimen castigado con la pena de muerte, y estoy persuadido de que se le aplicará esa pena.»

El consejo de guerra de Lyon no estuvo muy por debajo. Persiguió a cuarenta y cuatro personas por los sucesos del 22 de marzo, y condenó a treinta y dos de ellas a penas que oscilaban entre la deportación y la cárcel. La insurrección del 30 de abril dio setenta acusados, al azar, en Lyon, ni más ni menos que en Versa-

lles. El alcalde de la Guillotière, Crestin, llamado a declarar como testigo, no reconoció a ninguno de los que había visto ese día en la alcaldía. (Presidentes de los consejos: los coroneles Marion y Rebillot.)

En Limoges, Dubois y Roubeyrol, demócratas estimados por toda la ciudad, fueron condenados a muerte en rebeldía y como principales autores de la jornada del 4 de abril; dos, condenados a veinte años, por haberse vanagloriado de conocer a los que habían disparado contra el coronel Billet. A otro lo condenaron a diez años de cárcel por haber distribuido municiones.

Las sentencias del jurado variaban. El de Basses-Pyrénées absolvió el 8 de agosto a Duporal y a las cuatro o cinco personas acusadas del movimiento de Toulouse. Absolución en Rodez, ante cuyos tribunales comparecieron Digeon y los acusados de Narbona, tras una detención de ocho meses. Un público simpatizante llenaba la sala y las inmediaciones del tribunal, y aclamó a la salida a los acusados.

El jurado de Riom condenó por los sucesos de Saint-Etienne a veintidós acusados; uno de ellos a presidio, un miembro de la Comuna, Amouroux, que se había limitado a enviar desde Lyon dos delegados a presidio.

El jurado de Orleans fue severo con los acusados de Montargis, a los que condenó a la cárcel, y atroz con los de Cosne y Neury-sur-Loire, donde no se había hecho ninguna resistencia. Eran veintitrés, entre ellos tres mujeres. Todo su crimen consistía en haber paseado una bandera roja y haber gritado: «¡Viva París! ¡Abajo Versalles!» Malardier, antiguo representante del pueblo, que había llegado la víspera de la manifestación, en la que no tomó parte alguna, fue condenado a quince años. Ningún acusado fue absuelto. Los propietarios de Loiret vengaban los terrores de sus hermanos de Nièvre.

Las agitaciones de Coulommiers, Nîmes, Dordives y Voiron dieron lugar a algunas condenas.

Balance judicial

En el mes de junio del 72 había terminado la parte

más importante de la obra de represión. De los 36.309 prisioneros, hombres, mujeres y niños, sin contar los 5.000 militares que los versalleses habían declarado, habían muerto a sus manos, según ellos, 1.179; 22.326 fueron libertados en el 72, después de largos meses de invierno en los pontones, en los fuertes y cárceles; 10.488, denunciados ante los consejos de guerra, que condenaron a 8.525. Las persecuciones no cesaron. Al advenimiento de Mac-Mahon, el 24 de mayo del 73, hubo un recrudecimiento de ellas. El 1 de enero del 75, el resumen general de la justicia versallesa anunciaba 10.137 sentencias condenatorias, y 3.313 en rebeldía. Las penas dictadas se repartían así:

Pena de muerte . .	270	— de ellas,	8 mujeres.		
Trabajos forzados .	410	»	»	29	»
Deportación a un recinto fortificado .	3.989	»	»	20	»
Simple deportación	3.507	»	»	16	» 1 niño.
Detención	1.269	»	»	8	»
Reclusión	64	»	»	10	»
Trabajos públicos .	29				
Encarcelamiento por menos de tres meses	432				
Encarcelamiento de tres meses a un año	1.622	»	»	50	» 1 »
Encarcelamiento de más de un año .	1.344	»	»	15	» 4 »
Presidio	322				
Sometidos a la vigilancia de la policía	117	»	»	1	»
Multas	9				
Niños menores de dieciséis años enviados a una casa correccional . .	56				
TOTAL . . .	13.450	»	»	157	» 6 »

Este informe no mencionaba ni las condenas dictadas por los consejos de guerra fuera de la jurisdicción de Versalles, ni las de los tribunales. Hay que añadir

15 condenas a muerte, 22 a trabajos forzados, 28 a deportación en recinto fortificado, 29 a simple deportación, 74 a detención, 13 a reclusión, y cierto número a prisión. La cifra total de condenados en París y en provincias pasaba de *trece mil setecientos*; de ellos, *ciento setenta* mujeres y *sesenta* niños.

Las tres cuartas partes de los condenados —7.418, de 10.137— eran simples guardias o suboficiales, y 1.942 oficiales subalternos. No había más que 225 oficiales superiores, 29 miembros de la Comuna y 49 del Comité Central. A pesar de su salvaje jurisprudencia, de las encuestas y testigos falsos, los consejos de guerra no pudieron inventar para las nueve décimas partes de los condenados —9.285— otro crimen que el de llevar armas o el ejercicio de funciones públicas. De los 766 condenados por delitos de derecho común, 276 lo fueron por simples detenciones, 171 por las luchas en las calles, 132 por crímenes clasificados como «otros delitos» en el informe, requisas, registros hechos en virtud de mandatos regulares y que los consejos calificaron de robos, pillaje, etc. A pesar del gran número de criminales englobados en las persecuciones, cerca de las tres cuartas partes de los condenados —7.119— carecían de antecedentes penales; 524 habían sufrido condenas por delitos políticos o simplemente de orden público; 2.381 por delitos o crímenes que el informe se guardaba bien de especificar. Esta insurrección, tan frecuentemente acusada de haber sido provocada y dirigida por el extranjero, no arrojó, en total, más que 396 condenados extranjeros. Esta insurrección, que los burgueses decían nacida y sostenida por el robo y el pillaje, había conservado toda su pureza a través de la criba de los consejos de guerra. Nadie, ni aun los testigos más rencoresos, fue a acusar de robo a estos millares de «bandidos»; nadie osó pretender que estos «saqueadores» hubiesen explotado los incendios.

CAPÍTULO XXXVIII

Nueva Caledonia. — El destierro.

«Yo he sido proscrito; no seré proscriptor.»

Thiers. Asamblea Nacional, abril del 71.

«Los deportados están mejor que nuestros soldados, porque nuestros soldados tienen que prestar servicio de centinela, mientras que el deportado vive entre las flores de su jardín.»

Almirante Faurichon. Sesión del 17 de mayo del 76.

A un día de distancia de Francia hay una colonia ávida de trabajadores, bastante rica para enriquecer a centenares de millares de familias, la gran reserva de la metrópoli. La burguesía vencedora de los trabajadores ha preferido siempre lanzarlos a través de los océanos, antes que fecundar con ellos a Argelia. La Asamblea del 48 tuvo a Nouka-Hiva; la Asamblea versallesa, a Nueva Caledonia. En este peñasco, a seis mil leguas de la patria, decidió inmovilizar a millares de seres viriles. «El gobierno —decía el redactor de la ley— proporciona a los deportados una familia y un hogar.» La ametralladora era más honrada.

Los condenados fueron apiñados en varios depósitos: el fuerte Boyard, Saint-Martin-de-Ré, la isla de Oléron, la isla de Aix, el fuerte de Quélern, donde languidecieron por espacio de varios meses entre la desesperación y la esperanza que nunca abandona a los vencidos políticos. Un día, cuando ya se creían olvidados, suena un llamamiento brutal: «¡A reconocimiento!» Un médico los examina, no les atiende, dice: «Puede ponerse en camino.» Si un tísico en último grado alca su aspecto cadavérico: «¡Bah —dice el médico—, también tienen que comer los tiburones!» ¡Adiós familia, patria, sociedad, vida humana! ¡En marcha hacia el sepulcro, a los antípodas! El condenado a la deportación aún

podía considerarse privilegiado: ha podido estrechar una mano amiga, recibir una lágrima, un último beso. El galeote de la Comuna no verá más que la chusma. Un silbido, y a desnudarse; le registran, le arrojan la ropa infamante, y, sin volver la cabeza, ha de hundirse en el presidio flotante.

La partida de los condenados

La *Danaé* abrió la marcha el 3 de mayo del 72, con trescientos deportados. La *Guerrière*, la *Garonne*, el *Var*, la *Sybille*, el *Orne*, el *Calvados*, la *Virginie*, la siguieron. Los habitantes de los puertos saludaban, aplaudían a las víctimas; en Tolón hicieron una ovación a los deportados del *Var*, que pudieron darles las gracias. «El gobierno de Versalles ha querido deshonrarnos; vosotros nos habéis engrandecido. Vamos a encontrar a nuestros hermanos que nos han precedido, y les diremos que aún hay quien vele en Francia por la salvación de la República.»

El navío de los transportados es el pontón en marcha. Grandes jaulas a derecha e izquierda de las baterías, separadas por un pasillo en medio, encerraban a los condenados. Los de las baterías altas reciben alguna luz de las enrejadas ventanillas; las baterías bajas están sumidas siempre en tinieblas. Todas ellas son focos de infección. En todo el día, los encerrados no tienen, para aspirar un poco de aire, más que media hora escasa que pasan en el puente, entre dos cuerdas tendidas, bajo la cruel mirada de los pasajeros distinguidos, mujeres de funcionarios que acudían a los convoyes como sus semejantes de Versalles. Ante las jaulas, los guardianes gruñen y amenazan con el calabozo.

El calabozo es un agujero en el fondo de la cala, sin otra abertura que la puerta parcialmente enrejada. Con hierros en los pies, a pan y agua, frecuentemente abrasados por la máquina, hubo valientes como Cipriani, más heroico que cuando estaba al lado de Flourens, que agonizaron durante cinco meses de travesía por haber respondido a un insulto o negarse a sufrir una

afrenta. ¡Al calabozo, tanto los hombres como las mujeres! Las religiosas que las guardaban son peores que la chusma. ¡Cuán raros los comandantes que abrevian el suplicio; El de la *Danaé*, Riou de Kerprigent, cree llevar consigo un cargamento de malvados; el del *Loire*, Lapierre, a bordo del *Sémiramis* había hecho amarrar a la caldera a dos hombres, que murieron a consecuencia de las heridas. Éste consiguió 34 muertos y 60 enfermos, de 650 transportados.

Por espacio de cinco meses, y aún de más, hay que estar en la promiscuidad de la jaula, hundidos en las inmundicias del vecino, sacudidos por el balanceo, magullados por el cabeceo, viviendo de galleta, a menudo podrida, de tocino, de agua casi salada; tostados bajo los trópicos, helados por el fresco del Sur o por el rocío que barre la batería. De este modo, ¡qué espectros llegan! Cuando el *Orne* ancla en la rada de Melbourne, lleva 300 enfermos de escorbuto, de 588 transportados. Los habitantes de Melbourne quieren ayudarlos, reúnen en algunas horas cuarenta mil francos; el comandante del *Orne* se niega a hacer llegar a los deportados la suma, ni aun transformada en víveres, vestidos, útiles, objetos de primera necesidad.

El navío es una prisión segura. No hubo, en total, más que dos evasiones que fuesen coronadas por el éxito. El 1 de julio del 75, Nueva Caledonia recibió a 3.859 comunistas.

Los tres círculos del infierno

Este infierno tenía tres círculos: en la Grande-Terre, no lejos de Nouméa, la península Ducos, para los condenados a la deportación en un recinto fortificado: 811, de ellos 6 mujeres —los blindados—; al sudeste y a unas veinticinco millas de la Grande-Terre, la isla Pins, para los condenados a deportación simple: 2.088, entre ellos 13 mujeres; y, al fondo, «allá donde el sol se pone», frente a la península Ducos, el presidio de la isla Nou, para 240 galeotes.

La península Ducos y la isla Nou forman los dos

brazos de la rada, al fondo de la cual se alza Nouméa, chocante muestra de la incuria y de los caprichos administrativos. Y todo ello dominado por los cañones del cuartel de artillería situado en la punta Chaleix. Los avisos de la rada podían cubrir de hierro la península y el presidio.

La península, estrecha lengua de tierra, cerrada en la garganta por soldados, sin agua, sin vegetación, está surcada por pequeñas colinas áridas, cortadas por dos valles, Numbo y Tendu, que mueren a la parte de la marina, con unos pantanos donde crecen mezquinos mangles y raros niaoulis. Jamás se le ocurrió a ningún colono perder media hora en esta tierra muerta. Los deportados, aunque se les esperaba desde hacía varios meses, no encontraron más que unas chozas de paja; por todo mobiliario, algunos bidones, unas cuantas gamellas y una hamaca.

La isla Pins, una meseta desolada en el centro, estaba rodeada de tierras fértiles, aunque acaparadas desde hacía tiempo por los Padres Maristas, que explotaban el trabajo de los indígenas. Tampoco allí había nada preparado para recibir a los deportados. Los primeros que llegaron tuvieron que vivir errantes entre la maleza. Mucho después les dieron tiendas, que las frecuentes tormentas deshicieron a pedazos. Los menos desgraciados pudieron, pagándolo de su bolsillo, hacerse jergones. Los indígenas huían de ellos, azuzados por los misioneros, o les vendían víveres a precios disparatados.

La vida de los condenados

La administración debía facilitar a todos los condenados las ropas indispensables; no fue observada ninguna prescripción reglamentaria. Los kepis y los calzados se gastaron en seguida. Como la inmensa mayoría de los deportados no contaba con ningún recurso, hubieron de resistir, con la cabeza y los pies desnudos, el sol y la estación de las lluvias. Ni tabaco, ni jabón, ni vino, ni aguardiente para quitar el mal sabor al agua

salobre. Como alimento, legumbres frecuentemente rechazadas por la comisión sanitaria del presidio, tocino y galleta, raras veces un poco de carne y pan. Los víveres venían en crudo, y no había quien diese a los deportados combustible ni grasa; la preparación de los víveres era un problema de cada día.

Buenos guardianes los del presidio, violentos, agresivos, que, frecuentemente borrachos, amenazaban a los deportados con sus revólveres. A más de uno hirieron. En la isla Pins, como en la península Ducos, los centinelas de la zona militar tenían orden de hacer fuego sobre los deportados que se acercasen a más de cincuenta pasos.

Jóvenes en su mayoría, activos y trabajadores, con la aptitud universal del obrero parisien, los deportados quisieron forjarse de nuevo su vida. El relator de la ley sobre la deportación había ponderado los mil recursos de Nueva Caledonia, la pesca, la cría de ganado, la explotación de minas, y presentado esta emigración forzosa como el origen de un nuevo imperio francés en el Pacífico. Los deportados intentaron arrancar una apariencia de patria a esta tierra tan elogiada. Pidieron trabajo, cualquiera que fuese. Los «blindados» de la península, encerrados en un territorio muerto, carpinteros, herreros, torneros, sastres, expidieron a Nouméa sus productos. Los de la isla Pins se ofrecieron para la construcción de un acueducto, de almacenes administrativos, de la carretera central: de dos mil, fueron aceptados solamente ochocientos, y su salario no pasó de ochenta y cinco céntimos diarios. Los menos favorecidos solicitaron algunas concesiones; se les entregaron algunos trozos de tierra —quinientas hectáreas para novecientos— y se les vendieron granos y aperos de labranza a precios muy elevados. Algunos pasaron grandes fatigas para obtener del sueldo algunas pobres legumbres; los otros se volvieron hacia los contratistas y los comerciantes de Nouméa. Pero la colonia, ahogada por el régimen militar, acosada por el personal burocrático, dotada de recursos muy limitados, no dio trabajo más que a unos cuatrocientos escasos. Y aun así, muchos de ellos, abandonados por sus reclutado-

res, tuvieron que volver a la isla Pins, a seguir arrastrándose entre la maleza. «Nos hemos equivocado en lo que se refiere a los recursos que ofrece la isla Pins», dijo filosóficamente el ministro de Marina. «Ya se lo había advertido hace tres años», respondió Georges Périn.

Era la edad de oro de la deportación. A mediados del 73 cae en Nouméa un despacho del ministro de Marina. El gobierno versallés deja en suspenso todos los créditos administrativos que sostienen los talleres del Estado. «Si se admitiera —decía— el derecho al trabajo de los deportados, no tardaríamos en ver renovarse el escandaloso ejemplo de los talleres nacionales de 1848.» Nada más lógico. Versalles no tenía por qué dar trabajo a aquellos a quienes había despojado de la facultad de trabajar. Los talleres se cerraron. Las maderas de la isla Pins ofrecían preciosos recursos a los ebanistas, y algunos deportados fabricaban muebles muy buscados en Nouméa; la administración les retiró el permiso de transportarlos a la Grande-Terre. Y el ministro de Marina dijo en la tribuna que la mayor parte de los deportados rechazaban toda clase de trabajo. Este mismo año, solamente los ingenieros militares tuvieron que pagar 110.525 francos a los deportados de la península.

En el momento en que acortaba la vida de los deportados, la administración citaba en el ministerio a las mujeres de aquéllos y les hacía una encantadora descripción de Caledonia. Allí encontrarían, en cuanto llegasen, una casa, terrenos, granos, útiles. La mayor parte de ellas, olfateando un lazo, se negaron a partir sin ser llamadas por sus maridos. Sesenta y nueve se dejaron persuadir, y fueron embarcadas en el *Fénelon* con mujeres de la asistencia pública expedidas para emparejar a los colonos. Al desembarcar, no encontraron más que la desesperación y la miseria de sus maridos. El gobierno se negó a repatriarlas.

Los que la muerte liberta

Ahí están esos millares de hombres hechos al traba-

jo, a la actividad del espíritu, encerrados, ociosos y miserables; unos, en la estrecha península Ducos, bajo el constante llamamiento del carcelero; los otros, en la isla Pins, sin más horizontes que la mar desierta, vestidos de andrajos, mal alimentados, ligados apenas al mundo por alguna carta lejana que se retrasa tres semanas en Nouméa. Empezaron los sueños sin fin; después, el desaliento y la sombría esperanza. Aparecieron los casos de locura. Llegó la muerte. El primer libertad de la península Ducos fue el profesor Verdure, miembro de la Comuna. El consejo de guerra no encontró contra él más que este crimen: «Es un utopista filántropo.» Quiso abrir una escuela en la península; se le denegó autorización para ello. Inútil, lejos de los suyos, languideció y murió. Una mañana del 73, los carceleros y los curas vieron subir por el sendero sinuoso que conduce al cementerio un ataúd coronado de flores, llevado a hombros por los deportados; detrás, ochocientos amigos silenciosos. «El ataúd —ha contado uno de ellos, Paschal Grousset—, es depositado en la fosa: un amigo dice algunas palabras de despedida, cada cual lanza sobre el muerto su florecilla roja; gritos de: «¡Viva la República! ¡Viva la Comuna!», y todo está dicho.» En noviembre, en la isla Pins, se extinguió Albert Grandier, redactor del «Rappel». Su corazón había quedado en Francia, junto a su hermana, a la que adoraba. Todos los días iba a esperarla a la orilla. Allí encontró la locura. La administración se negó a admitirle en un asilo. Se les escapó a los amigos que lo guardaban, y una mañana fue hallado, muerto de frío, entre la maleza, no lejos del camino que conducía al mar. Los deportados de la isla Pins escoltaron su féretro.

Más trágica aún fue la suerte de algunos de los que quedaban con vida. En enero del 74, cuatro deportados fueron condenados a muerte por haber maltratado a uno de sus delegados, infiel, restablecido de las lesiones al cabo de algunos días. Uno de ellos no tenía en contra suya más que ser amigo de los otros tres. Se levantaron cuatro postes en la explanada. Las víctimas, tranquilas, saludando a los camaradas, desfilaron ante sus féretros.

El más joven, viendo a uno del pelotón que temblaba, le gritó: «¡Vamos, número uno! ¡Hay que tener sangre fría, que no es a ti a quien van a ejecutar!» No se permitió a los deportados enterrar a sus amigos, y los cuatro postes, más otros dos, fueron pintados de rojo y quedaron plantados con carácter permanente, como las horcas feudales.

Los forzados

Los de la península Ducos y de la isla Pins, tenían, por lo menos, el consuelo de morir entre sus iguales; pero ¿y los desgraciados encerrados en la cloaca de la isla Nou? «No conozco más que un presidio», había dicho el ministro republicano Victor Lefranc a una madre republicana que le pedía algún alivio para su hijo. Y, en efecto, no había más que un presidio, en el que valientes como Trinquet, Amouroux, Dacosta, Cipriani, Allemane, Lisbonne, Lucipia, etc., etc., hombres honradísimos como Fontaine, Roques de Filhol —tantos nombres se presentan, que resulta injusto citar sólo algunos de ellos—, periodistas como Maroteau, Brissac, Alphonse Humbert, cuyo crimen había sido llevar a cabo una orden de detención, fueron, desde su llegada, emparejados con asesinos y envenenadores, obligados a disputarles la ración, y sufrieron sus injurias, algunas veces sus golpes, unidos al mismo trabajo, al mismo lecho de campaña que ellos. El versallés quería algo más que el cuerpo, necesitaba el alma rebelde, rodearla de una atmósfera que la hiciese desfallecer. La degradación de los carceleros fraterniza con la de un criminal, se encarniza con el vencido de una idea, azuza a los malvados contra los comunistas. No hay empleo para estos últimos en los almacenes, en las oficinas; es el *carcere duro* italiano. La menor infracción provocaba penas terribles, la celda, la reducción de la ración de pan a la cuarta parte, la suspensión por los pulgares. Esta tortura roía los huesos y hacía caer las falanges. Todos los viernes funcionaba el látigo. Si el médico —y hubo varios— daba muestras de alguna humanidad, la

administración penitenciaria, que dirigía una hiena, Charrière, anulaba el tratamiento prescrito.

Los forzados de la Comuna empleados en los trabajos en la Grande-Terre fueron reservados para las faenas más rudas. Rodaban troncos de árboles por las escarpaduras o los transportaban a través de vastos pantanos. Muchas veces eran despertados por la noche y conducidos al trabajo. Para los que se refugiaban en la manigua se lanzaba a los canacos armados de azagayas y rompecabezas. Los salvajes, con un olfato increíble, descubrían siempre al fugitivo y lo traían amarrado a un palo por los cuatro miembros, como un puerco.¹

Jourde, Rochefort y Grousset se evaden

Hubo de intervenir la casualidad para que se alzase una punta del velo. El 20 de marzo del 74, Jourde, Rochefort, Paschal Grousset, Ballière, Olivier Pain y Granthille se escaparon de Nueva Caledonia. La evasión fue hábilmente preparada y dirigida por Jourde y Ballière, empleados desde hacía seis meses en Nouméa. Un intérprete, Wallenstein, los puso en relación con el capitán de navío australiano *P. C. E.*, que se avino a recibir a bordo a uno o dos deportados por el precio ordinario de doscientos cincuenta francos por pasajero. Jourde y Ballière, que poseían esta cantidad, quisieron asociar a algunos camaradas a esta posibilidad de salvación. Vieron en la península Ducos a Rochefort, Paschal Grousset y Olivier Pain, y propusieron al capitán que salvase a toda esta gente a cambio de diez mil francos, mil quinientos al contado, y el resto al llegar a Australia. Jourde añadió a Granthille, que iba todos los días en canoa a llevar provisiones a la península por cuenta de un comerciante de Nouméa, se las agenció para negociar una letra de cambio de 1.200 francos firmada por Rochefort, y fue, la noche del 19 de marzo, con Ballière

1. Henri Brisac: *Recuerdos de la prisión y del presidio*. A. Ballière: *Recuerdos de un evadido de Nouméa. Viaje de circunavegación*.

y Granthille, cruzando la oscuridad de la rada, a buscar a los demás camaradas cerca de un islote donde los había citado. Después de vencer numerosas dificultades, la embarcación abordó al *P. C. E.*, que aparejó al día siguiente. Siete días después, los refugiados llegaban a Newcastle, y Rochefort telegrafió a Edmond Adam pidiéndole 25.000 francos. Por iniciativa de Gambetta se organizó una suscripción entre sus amigos íntimos, y Georges Périn fue a Londres a expedir los fondos telegráficamente. Los fugitivos pudieron volver a Europa.

Sus revelaciones hicieron saber a Francia los horrores caledonianos. Así se enteró de las torturas suplementarias infligidas a los comunistas, de la suspensión por los pulgares, el látigo, los fusilamientos, los insultos calculados para enviar a la gente a presidio. Estas revelaciones empeoraron la situación de los deportados. En cuanto tuvo noticias de la evasión, el ministerio de Broglie despachó al contraalmirante Ribourt, y el potro de tortura trabajó con más crueldad. Los que tenían autorización para residir en Nouméa, fueron devueltos a la península Ducos y a la isla Pins; quedó prohibida la pesca; fue confiscada toda carta cerrada, y suprimido el derecho de ir al bosque a buscar leña para cocer los alimentos. Los carceleros redoblaron su brutalidad, dispararon contra los condenados que pasaban del límite o no entraban en su choza a la hora reglamentaria. Fueron expulsados de Nouméa algunos comerciantes acusados de haber facilitado la evasión.

Más brutalidades

Ribourt había llevado la destitución del gobernador, La Richerie, ex gobernador de Cayena, que se había labrado en Caledonia, con sus rapiñas, una fortuna personal escandalosa. El gobierno provisional fue confiado al coronel Alleyron, que se había hecho célebre durante las matanzas de mayo. Alleyron decretó que cada deportado daría al Estado media jornada de trabajo, so pena de no recibir más que los víveres estrictamente indispensables: 70 gramos de pan, un centili-

tro de aceite y 60 gramos de legumbres secas. Los deportados protestaron. Alleyron ensayó su régimen en cincuenta y siete de ellos, entre los que figuraban cuatro mujeres.

Éstas eran sometidas a los mismos rigores que los hombres, ya que habían pedido que se les aplicase el derecho común. Louise Michel, Lemel y las condenadas a la deportación en un recinto fortificado, declararon que se matarían si se las quería separar de los demás deportados. Insultadas por los gendarmes, injuriadas en las órdenes del día del comandante de la península Ducos, desprovistas de ropas de su sexo, se vieron a veces obligadas a vestirse de hombres. Algunas eran jóvenes y agradables. «Nunca —dijo uno de sus compañeros, Henry Bauer— fueron causa de escándalo estas mujeres cautivas entre ochocientos hombres, ni de riñas, ni de disputas; se guardaron del desorden y de la venalidad.» Otro tanto ocurrió con las deportadas de la isla Pins.

La llegada, en el 75, de Pritzbuhr, nuevo gobernador, puso fin a la brillante carrera de Alleyron. Este renegado del protestantismo, enviado a Caledonia por las influencias jesuíticas del Sagrado Corazón, encontró modo de agravar la miseria de los comunistas, aun empleando gestos dulzarrones. Fue asistido por monseñor Anastasiópolis, obispo de Nouméa, y por aquel Charrière que declaraba a los criminales del presidio mucho más honorables que los condenados de la Comuna. Pritzbuhr mantuvo la orden de Alleyron, proclamó la supresión completa de la ración para los que en el término de un año no hubieran sabido crearse recursos suficientes, y, al cabo de cierto tiempo, su completo abandono por la Administración. Créase una oficina para poner a los deportados en relación con los comerciantes de Nouméa, pero la burocracia no podía aumentar el comercio o la industria de un país en donde faltan los fondos y, a pesar de todos los premios y medallas obtenidos por ellos en las exposiciones, los comunistas no encontraron compradores; los menos hábiles estuvieron mucho tiempo sujetos a la disposición del 74. En realidad, a partir de esta época, los simples

deportados vivieron sometidos al régimen de hambre, con la facultad de trasladarse de un lugar a otro.

A pesar de todos los esfuerzos hechos por reducirlos, el honor de los deportados salió triunfante. Los consejos de guerra mezclaron deliberadamente con los verdaderos combatientes a un pésimo elemento, criminales reincidentes, vagabundos que se denominaban a sí mismos «la tercia». Los comunistas hicieron entrar en razón a los peores, y el contacto con obreros honrados mejoró a los demás. En el 74, no se contaban más que 13 condenas, por hechos más o menos graves, de 4.000 deportados, y 83 por indisciplina, embriaguez o intentos de evasión.

Intentos casi siempre sancionados de antemano. Los combatientes de París no tenían derecho a la suerte de Bazaine, al que Mac-Mahon hizo evadirse de su verano. Y ¿cómo huir sin dinero, sin relaciones? Apenas se cuentan una quincena de evasiones. En el año 75, Rastoul, miembro de la Comuna, y diecinueve de sus camaradas de la isla Pins, se aventuraron en una barca; el mar devolvió algunos maderos y guardó los cuerpos. Más tarde, Trinquet y un amigo huyeron de la isla Nou en una chalupa de vapor. Perseguidos y alcanzados, se arrojaron al agua, donde uno de ellos pereció. Trinquet fue devuelto a la vida y al presidio.

Éste trituraba a los comunistas, pero no los vencía. Sólo uno de ellos se mostró miserable; fue Lullier, a quien le había sido conmutada la pena de muerte, y que denunció un intento de evasión. Maroteau murió allí a principios del 75. La Comisión de Indultos le había conmutado la ejecución en Satory por la isla Nou. Condenado a veinticinco años de presidio por dos artículos, se extinguió en el confinamiento, mientras los periodistas versalleses que habían pedido y obtenido la matanza se regodeaban en París. «No es difícil morir—dijo a los amigos que le rodeaban en su agonía—; pero hubiera preferido el poste de Satory a este jergón infecto. Amigos míos, pensad en mí, ¡qué va a ser de mi madre!» No pasaba un mes sin que hubiese varios muertos; cada nuevo año traía los mismos funerales. En el 78, Pritzbuier es sustituido por Olry, nada cleri-

cal, justo, según se aseguraba. Los comunistas del presidio siguieron recibiendo palos como en tiempos de Pritzbuier y de La Richerie. Los deportados de la Grande-Terre no tuvieron mejor suerte. Algunos, amnistiados, pero bligados a quedarse en Caledonia, pidieron al comisario de Nouméa un trabajo que no podían encontrar; él les respondió: «Roben, y así tendrán pan para mucho tiempo.» Uno de ellos se ahorcó. El hospital de dementes de la isla Pins siguió llenándose.

Los proscritos de Londres

Raramente, a bocanadas, llegaban las lamentaciones de estos enterrados hasta sus hermanos, los desterrados que pudieron atravesar las mallas versallesas. Al principio fue enorme el éxodo de todos los que tenían persecuciones o denuncias, y muchos se quedaron en el extranjero meses enteros. Los consejos de guerra determinaron la partida definitiva de unos 3.500. Suiza e Inglaterra recibieron el mayor número de ellos, ya que Bélgica no era lugar seguro. La acogida de Inglaterra fue bastante franca; allí estaban enterados de las matanzas versallesas, y los ingleses comprendieron qué preciosos elementos aportaban estas proscripciones. Los obreros encontraron empleo en seguida, ya que muchos de ellos eran obreros escogidos; cinceladores: Barré, Landrin, Theisz, Mainfroid...; decoradores de porcelana y abaniqueros: Léonce, Mallet, Villers, Ravier...; grabadores de metal, de camafecos: Leblond, Desoize, Kleinmann; escultores de madera, de marfil: Duclos, Pierlet, Picavet...; mecánicos: Langevin, Joffrin, Ferran...; tapiceros: Lhéman, Privé, que decoraron el espléndido hotel de Richard Wallace; pintores de vidrio: Lhuillier, Dumousset...; ebanistas de lujo: Guillaume, Maujean, Macdonal...; dibujantes industriales y de telas: Le Moussu, Andrès, Pottier, Philippe...; floristas: Johannard, Hanser; sastres, cocineros, zapateros, etc. Muchos de estos obreros se llevaban consigo el secreto de la fabricación y de algunos comercios de París. Las mujeres, costureras, floristas, modistas, len-

ceras, impregnadas del gusto parisiense, fueron inmediatamente acaparadas por los talleres y crearon modelos. Algunas se establecieron por su cuenta. Más difíciles fueron los comienzos para los proscritos que no tenían un oficio manual —empleados, profesores, médicos, hombres de letras—; pero llegaron las lecciones, ya que los periódicos hicieron observar que con ellos se ofrecía una excelente ocasión de aprender el francés.

Algunos proscritos del Imperio que se habían quedado en Londres ayudaron a los de la Comuna; éstos, además, se procuraban trabajo unos a otros. Poco a poco, todos fueron acomodándose. Muchos descollaron bien pronto en su especialidad. El gran talento de Daulou adquirió todo su desarrollo; Tissot se hizo adoptar por los ingleses: Montbard entró en los periódicos ilustrados; antiguos miembros de la Comuna, como Andrieu, Longuet, Protot, Léo Meillet y otros, como La Cécilia, Dardelles, Roncier, Bocquet, Regnard, dieron clases en las universidades; Barrère, France, en la Academia militar de Woolwich; Brunel, en la Escuela naval de Dartmouth, enseñó a los hijos del príncipe de Gales. Martin, que había dotado a la Comuna de una ametralladora, dirigió en Birmingham una fábrica de importancia; dos obreros de Gobelins introdujeron en Old Windsor esta industria. Jules Vallès escribió *Jacques Vingtras*, inspirado en Dickens; Paschal Grousset, sus estudios sobre Irlanda, elogiados por Gladstone; Vermesch, después de sus *Incendiaires* y de algunos agrios folletos, preparaba una historia de la Comuna, que interrumpió la manía de grandezas. El autor del presente libro emprendió la tarea de narrar los hechos de la Comuna.

Los proscritos de Suiza

La proscripción de Londres era la más espiada; la de Ginebra, la más numerosa. Los proscritos de Suiza tuvieron que vencer las prevenciones de un ambiente que se tiene por puritano. Esas prevenciones desaparecieron tan pronto como se vio de cerca a aquellos hom-

bres tan calumniados y se reconoció la superioridad de los obreros parisienses en diversos oficios. Algunos estuvieron en la misma casa hasta el fin del destierro; otros fueron jefes de industria: Bonnet y Ostyn, antiguo miembro de la Comuna, fundaron las fábricas Gutenberg; Alavoine, uno de los delegados en la Imprenta nacional, imprimió ediciones de lujo y billetes para los Bancos de Ginebra y del comercio; Clermont y Porret fundaron en Ginebra una fábrica de perfumería; Bertrand, de Saint-Etienne, creó un importante comercio de maderas y carbones: Villeton, una gran perfumería; Perrier, uno de los más bellos almacenes de novedades; Morel-Pineau, una tienda de modas; Welti, otra de confección; Loreau, un gran bazar de artículos de París. Berthault, coronel de la novena legión, tuvo la contrata del monumento de Brunswick; Berchtold construyó para una sociedad cooperativa más de ciento cincuenta casas; Lauzan se metió a contratista; Decron hizo hermosos trabajos de arquitectura; el escultor Niquet trabajó en el teatro de Ginebra; Largère, en la ornamentación de la ciudad de Neuchâtel. Chardon, miembro de la Comuna, representó a la casa Raoul Pictet y llegó a ser, más tarde, uno de los más grandes comerciantes de Haití. Pindy, el antiguo gobernador del Hôtel-de-Ville, fue lavador de oro en el Locle. De los demás miembros de la Comuna, Clémence fue empleado en una de las principales casas de Banca; Lefrançais fue profesor, con Joukowski, en el gran pensionado Tudienne, de Ginebra; Martelet enseñó dibujo en el colegio municipal de Chaux-des-Fonds; Kuffner, obrero broncista, formó parte de la escuela profesional creada por el Estado de Ginebra. Legrandais fue secretario general de la compañía de ferrocarriles de la Suiza occidental, en la que figuraba asimismo Paul Piat; Maxime Vuillaume, de la empresa de perforación del Saint-Gothard.

Malon, sin dejar de trabajar en su oficio, escribía *La tercera derrota del proletariado* y preparaba sus estudios de economía social. Arthur Arnould, Lefrançais, Charles Beslay, Maxime Vuillaume, escribieron historias, estudios, recuerdos de la Comuna. En Clarens, Elisée Reclus, arrancado a las garras de Versalles gracias a

las instancias de los principales sabios de Europa, prosiguió su magistral Geografía Universal; Courbet, en la torre de Pelz, rehizo su fortuna a fuerza de obras maestras y dotó a la ciudad que le daba asilo de un magnífico busto de la República, que el consejo municipal hizo erigir en una de sus plazas.

Los proscritos de Bélgica

De las tres proscripciones principales, la de Bélgica no fue la menos notable, aunque muy vigilada. Los refugiados fueron acogidos por los militantes belgas, Brismé, De Paepe, Hector Denis, Janson, De Greef, etc., por los proscritos del Imperio doctor Watteau, Boichot, Berru, Laussédar, etc. Los grandes arquitectos y contratistas encontraron en la proscripción auxiliares estimables, en aquellos momentos en que Bruselas se estaba transformando. Los contra maestros Guillaume, jefe de los trabajos del nuevo Palacio de Justicia, Perret, que construyó los invernaderos reales; Michevant, que edificó una de las casas más originales; escultores en piedra y en madera como Leroux, Martel, Mairet, maestro en su arte, contribuyeron en gran medida a la originalidad de los bulevares y de las magníficas avenidas de la moderna Bruselas. Albert Ricaud, Oscar François ejecutan aún hoy grandes trabajos. Perrachon, uno de los fundadores de la Internacional, creó una fábrica de bronce artísticos; Personne introdujo la industria de las camas y butacas mecánicas; los hermanos Tantôt, la de los toldos móviles. Poteau importó la cromolitografía. Grabadores meritisimos, como Gossin; joyeros, como Detaillé, Deliot, Taillet; dibujantes, como Aubry, Ducerf, Devienne; contables, como Faillet, Bouit, Damal, Sorel, se vieron en seguida solicitadísimos. Había libreros e impresores, Debock, Moret, Marcilly; ingenieros, como Henry Prodhomme, Iribe; gran número de comerciantes, como Bayeux-Dumesnile, ex alcalde del distrito IX; Béon, uno de los organizadores de las almonedas de los mercados centrales de Bruselas; Bernard, contratista de obras; Thirifocq, el orador de

la manifestación de los francmasones. El profesor de esgrima y boxeo Charlemont mantenía los ardores militantes. Otros aceptaban intrépidamente la lucha por la vida y tejían cestos de mimbre. Como en Londres y en Ginebra, las mujeres, costureras, modistas, llevaban consigo el gusto parisiense. El artículo de París, tan ingenioso, tan delicado, que hacía de Europa nuestra tributaria, comenzó a fabricarse en Bélgica.

Esta proscripción tuvo, como las otras, profesores y escritores. El autor de las *Hebertistas* y del *Moloquismo*, Tridon, antiguo miembro de la Comuna, murió poco después de su llegada. Aconin enseñó derecho romano antes de ser director de seguros; Leverdays, el autor de las *Asambleas parlantes*, espíritu enciclopédico, hizo para la Universidad de Lieja dibujos anatómicos y trabajos micrográficos de alta ciencia. Entre los periodistas, Ranc, Vaughan, Tabaraud, Cheradame, Gally, Fernand Delisle, Drulhon, Jules Meeüs, Georges Cavalié; Jourde fue a Bruselas después de su expulsión de Alsacia.

Cerca de Estrasburgo, en Schiltigheim, algunos proscritos, como Avrial, Langevin, ex miembros de la Comuna, Sincholle, uno de los mejores alumnos de la Central, fundaron en el 74 un gran establecimiento de construcciones mecánicas, al que fue agregado Jourde como contable. Su industria era próspera; pero el gobierno de Mac-Mahon pidió su expulsión.² Bismarck hizo presente a los proscritos la orden de partir en quince días. En vano hicieron ver que una liquidación en tan breve plazo era la ruina; un gran número de industriales de Schiltigheim y de Estrasburgo apoyaron su petición, el periódico conservador de Estrasburgo rindió homenaje a su honorabilidad y reconoció que habían observado «una actitud reservada y tranquila»;³ pero tuvieron que partir por culpa de Mac-Mahon, que una vez más llamaba a los alemanes contra los hombres de la Comuna.

2. «L'Industriel Alsacien», 5 de abril de 1876.

3. «Le Journal de l'Alsace», 29 de marzo de 1876.

Austria hizo más que Prusia. Convocó a un congreso de policía de los diferentes países, para hacer una limpia de comunistas en toda Europa. Vivía en Viena un pequeño número de proscritos; algunos profesores, entre ellos Sachs Rogeard; Barré, llamado de Londres por la casa más importante de cincelados, autor del escudo que figuró en la exposición de 1878. Un decreto imperial los expulsó. Rogeard, exceptuado de la medida general, quiso seguir a sus camaradas a su nuevo destierro.

Holanda no vio más que proscritos de paso, llegados en el 72 para el congreso de la Internacional de La Haya. Después de la guerra y de la Comuna, el consejo general que residía en Londres no era más que una sombra; la sección francesa había perecido; los delegados ingleses, inquietos por su porvenir político, se habían retirado; Bakunin, en Suiza, desarrollaba su organización rival. Las sesiones del congreso fueron tempestuosas, y la mayoría excomulgó a Bakunin y a sus partidarios. El lazo internacional se había roto; el congreso lo advirtió tan bien, que designó a Nueva York para el año siguiente. La inmortal idea proclamada en 1864 iba a asumir una nueva forma.

La altivez de los proscritos

La vida de los proscritos de la Comuna no tiene historia política. Poco supieron del ridículo de las proscripciones precedentes, que se desvanecían en manifestos. Si se reunían, era para conferencias instructivas o para la celebración del 18 de marzo. Su único sueño, cuando amenazó la entrada de Chambord, fue ir a Francia a defender a la República que los perseguía. Sus únicos llamamientos fueron para los desgraciados de Nueva Caledonia, a los que abandonaban los comités de París.

La proscripción de tantos hombres de méritos diversos no sólo había lanzado por encima de las fronteras, como la expulsión de los protestantes en tiempos de Luis XIV, la riqueza nacional y enseñado a los rivales

los secretos de nuestra industria, de nuestros talleres, hasta el punto de que la explotación de nuestros artículos más delicados sufrió una larga pausa, sino que había expulsado también el honor nacional. A pesar de la aspereza de los comienzos, de las enfermedades, del paro, imperfectamente combatidos por las sociedades de solidaridad, los comunistas no se desviaron nunca de su camino. No hubo condenas por actos indelicados, ni caídas de mujeres, a pesar de soportar ellas lo más pesado de la carga. Entre estos millares de proscritos, no se señalaron más que cuatro o cinco confidentes; sólo Landeck y Vésinier editaron un periódico delator. Se les hizo justicia en seguida, porque ninguna proscripción se mostró más preocupada de su dignidad, hasta el punto de que un antiguo miembro de la Comuna tuvo que defenderse de haber recibido un socorro de los diputados de la izquierda. Sin duda, la proscripción del 71 tuvo sus grupos enemigos y sus amargas —todas las proscripciones son aluviones de odio—; pero todos se encontraban detrás del féretro de un camarada envuelto en la bandera roja, y todos, con la misma angustia patriótica, seguían las luchas que nos quedan por contar hasta explicar su regreso y justificar, una vez más, su combate.

CAPÍTULO XXXIX

La Asamblea de la desgracia. — El mac-mahonado. — Los indultos. — El gran regreso.

El cadáver está en tierra y la idea en pie.

Victor Hugo.

Aplastado París, sometido el ejército, pujante el clero, disueltas todas las guardias nacionales, ¿por qué no dar a luz su sueño esta Asamblea que cuenta con dos terceras partes de realistas? Afirmó su carácter de constituyente —un rural llegó incluso a decir a las gentes de la izquierda: «Nosotros constituiremos este país, a pesar de ustedes y a pesar del país mismo, si es preciso»; ha podido ver al conde de Chambord, el 5 de julio, con un manifiesto en la mano; ¿por qué, entonces, no acaba con el rey esa potencia que ha ganado la partida?

Es que entre Burdeos y Versalles media toda una época; es que las provincias han seguido adelante, después de sus elecciones republicanas de abril del 71; es que la lucha de París les ha hecho ver el abismo; es que, en este mes de julio del 71, cuarenta y cuatro departamentos convocados para llenar los vacíos legislativos han dado a los republicanos una mayoría aplastante, y que hasta París, aterrorizado, ha elegido, de veintiún nuevos diputados, solamente a cuatro monárquicos; es que, de cien diputados nuevos, no hay más que un legitimista; es, en una palabra, que la gran barricada de París, los millares de federados que se hicieron blanco de todos los esfuerzos del enemigo, han salvado al grueso de su ejército con su resistencia heroica, muriendo por la Francia republicana.

París, desarmado el 18 de marzo, era la monarquía a breve plazo; el país republicano no podía ofrecer resistencia; tres meses después, el París aplastado hace retroceder a los realistas, la Francia republicana ha podido rehacerse contra ellos. Si los republicanos no contrapesan todavía a los rurales, después de las elec-

ciones de julio hacen imposible el golpe de Estado. La Asamblea no puede ya violar a Francia; lo más que pueden lograr los realistas es hacerla sufrir.

A ello se dedicaron durante cuatro años. Decretaron que Versalles sería la capital definitiva; habiendo tenido los diputados de la extrema izquierda la desvergüenza de pedir una amnistía, fueron abandonados con sus treinta monedas, como Judas. Los príncipes de Orleans, habiendo recuperado los cuarenta millones que el Imperio les había confiscado justamente, vinieron a ocupar su puesto en el centro derecha; en marzo del 72, con el pretexto de la Internacional, se introdujo el espionaje en el taller, en el hogar doméstico; se votó la ley sobre deportación.

Mac-Mahon sucede a Thiers (1873)

Gambetta, enviado a la Asamblea y que ha asumido la jefatura del partido republicano, deniega a los rurales el poder constituyente, rinde a París un homenaje tardío, habla de enviar esta Asamblea al enterrador. La Asamblea obliga a Thiers a denigrarle por dos veces. La Asamblea quiere más, quiere un «gobierno de combate», suprime la alcaldía central de Lyon, obliga al presidente Grévy a retirarse, pone en su lugar a Buffet, que significa la reacción belicosa. París, para vengar a Lyon, hace a su alcalde, Barodet, diputado en contra del candidato Thiers, al que sigue espantado París; los rurales castigan a Thiers por no haber vencido a París una segunda vez. El 24 de mayo del 73, dos años, día tras día, después de las matanzas en masa, rechazan a este viejo como a un limón exprimido. El que había hecho a Luis Felipe, el que había ayudado a Luis Napoleón y salvado a la Asamblea versallesa, debía ser arrollado y burlado por sus propias criaturas. Mac-Mahon le juraba el 24 que no era competidor suyo, y el 25 acudió a sentarse en su sillón.

El eterno engañado había soñado con un régimen anónimo que, prescindiendo del pueblo, neutralizando a los partidos monárquicos, estableciese una oligarquía

burguesa, a la que él serviría de protector —lo que él llamaba «la República sin republicanos»—; la izquierda le siguió por este camino que llevaba a la República, no ya sin republicanos, sino en contra de ellos.

De Broglie, primer ministro de Mac-Mahon, hizo decir a éste: «No se tocará ni a las instituciones ni a las leyes.» Era, en efecto, inútil; las leyes habían permitido la gran sangría, las instituciones republicanas no existían. No quedaba en pie más que la administración, constitutivamente reaccionaria, por entero de esta Asamblea a la que otro ministro mac-mahoniano, Beulé, designó, sin percatarse de ello, con su verdadero nombre: «Asamblea del día de la desgracia.» El clero fue el primero en reclamar nuevos derechos, estigmatizó los entierros civiles, hizo restablecer las capellanías castrenses, y, no pudiendo renovar las misiones de la Restauración, hizo decretar la construcción, en Montmartre, de una basílica que dominase a París. Los príncipes de Orleans, creyendo también llegada su hora, fueron a Froshdorf a doblar las rodillas ante el conde de Chambord y le dijeron: «Sois el único rey.» El general Changarnier reanudó su estribillo: «¡Hundiremos a la Gola!» Los realistas creyeron estar ya en la regia consagración. El conde de Chambord vino a Versalles, se compró una hermosa carroza, caballos, y no faltaron quienes se hicieron bordar carteras.

Se olvidaban del bueno del mariscal-presidente. Antes de ser legitimista, fue toda su vida mac-mahoniano. Pidió a la Asamblea que prorrogase sus poderes, y dijo fríamente al más alto de los caballeros del rey: «Que no se arriesgue; los fusiles se dispararían solos.» Los realistas suplicaron al príncipe que cambiara su bandera por otra de colores. El obeso señor feudal, presintiendo las futuras batallas, aun con sus barones, rico y venerado por las viejas, prefirió su papel de retrato con un marco opulento, y se arrojó más que nunca en el blanco estandarte de aquel Enrique IV que para reinar tuvo que abandonar más de una bandera. Pero el Dios de Chambord tenía inteligencia y nervio. Le hizo una reverencia, llamando a Mac-Mahon el Bayard de los tiempos modernos. Un Bayard que le había enga-

ñado —pocos intelectuales fueron tan hábiles como este obtuso— y que obtuvo el 19 de noviembre del 73 el poder por siete años.

Con el mac-mahonado redobló el terror. De Broglie realizó tremendas purgas de funcionarios; se había vuelto a imponer la fianza a los periódicos, pero las hojas republicanas abundaban. Fueron perseguidas. Se reanudaron las persecuciones contra los comunistas de París y de provincias. Los consejos de guerra repasaron los expedientes viejos, se adjudicaron la competencia en delitos ya juzgados por tribunales ordinarios. Un antiguo miembro de la Comuna, Ranc, había sido nombrado diputado por Lyon; fue condenado a muerte. Lo mismo le ocurrió a otro diputado, Melvil-Bloncourt, agregado a la delegación de Guerra; a algunos condenados a la deportación, entre ellos Rochefort y Lullier, se les había dejado permanecer en Francia, y fueron expedidos a Nueva Caledonia.

Muy pronto se alarmaron todos los intereses. Francia, en plena reconstrucción de sus recursos, estaba necesitada de paz interior. A las representaciones de los tribunales de comercio, el mariscal respondió: «Yo haré respetar durante siete años el orden establecido.» Este orden estaba representado por los funcionarios del Imperio, que seguían vengándose de los republicanos.

Su emperador había muerto el 9 de enero del 73 —último plazo fijado por «Le Reveil» de Delescluze— en Chislehurst, en una casa que ostentaba un lema heroico, *Potius mori quam faedari* («antes morir que decaer»), realmente adecuadísimo para el que había capitulado en Sedan. Murió a consecuencia de una operación, intentada con miras a su vuelta a Francia; desde hacía dos años subvencionaba a los periódicos, a los comités dirigidos por Rouher, entonces diputado, y recibía delegaciones de falsos obreros capitaneados por Amigues, y de oficiales auténticos. Su muerte rejuveneció al partido, y la mayoría de edad de su hijo fue solemnemente festejada el 15 de marzo del 74 por todas las notabilidades del Imperio y por un gran número de oficiales venidos de Inglaterra, a pesar de la prohibición formu-

laria del ministro de Guerra. La divisa del partido era el llamamiento al pueblo, el plebiscito salvador, y se explotaba la presencia en el poder del duque de Magenta, que había amnistiado a Bazaine, condenado a muerte el 10 de diciembre del 73, después de un proceso que Thiers no quería. La influencia de los bonapartistas había llegado a ser tal que, a mediados del 74, teniendo Mac-Mahon que reconstituir su ministerio, pudieron deslizarse en él a uno de los suyos, Fourtou. En julio eran bastante fuertes para promover en la estación de Saint-Lazare motines contra los diputados republicanos y empujar a la policía, que dirigían por medio de sus antiguas criaturas, a que espíase a Mac-Mahon hasta en sus habitaciones. Tanto hicieron, que Fourtou fue despedido.

El cazurro del Elíseo no quería saber nada del emperador ni del rey. Si los bonapartistas se reponían un poco, los republicanos se apoderaban de casi todos los escaños vacantes. Instruido por De Broglie, pidió a la Asamblea que definiese el régimen constituyendo los poderes públicos. Gambetta creyó que podría sacarse partido de esta Asamblea dislocada por cuatro años de intrigas estériles, invadida por los republicanos, y dando media vuelta admitió que era capaz de constituir, y buscó aliados. El 30 de enero del 75, con mayoría de un voto, se decidió que el presidente de la República fuese elegido por el Senado y la Cámara de Diputados; todo estuvo a punto de estropearse el 12 de febrero. El 25, ayudando todos y pensando cada cual engañar a los demás, fue aceptada la República como gobierno legal de Francia.

La República se hace legal

Esta República, aclamada el 4 de setiembre por Francia entera, cuyo nombre había levantado ejércitos, tuvo que ser pagada, gracias a la política de Thiers y de la izquierda, con el aplastamiento de París, cien mil existencias, más de mil millones, y cuatro años de persecuciones, sin contar las que iban a seguir. El pí-

caro de la aventura era Mac-Mahon, que sacaba las castañas del fuego en que el pequeño burgués se había quemado. Le quedaban aún cinco años de presidencia, en virtud de una Constitución, sin deberle nada al pueblo.

El primer ministro de la República, reconocida al fin, fue un ex ministro del Imperio, el presidente de combate de la Asamblea, Buffet, miope en política, que sudaba desde el 48 bilis reaccionaria, uno de esos grandes burgueses a los que se ve con gusto atrapar por los usurpadores. Dejó que sus periódicos oficiales vilipendiasen a la República, que sus prefectos olvidasen la fórmula republicana en los actos administrativos; a las demandas de persecuciones contra los comités bonapartistas respondió denunciando a los republicanos y a los refugiados de Londres y de Ginebra. Los periódicos republicanos siguieron pereciendo. En dos años de macmahonado fueron suprimidos veintiocho, veinte suspendidos, prohibida en la vía pública la venta de ciento sesenta y tres; un poco más que la débil Comuna, con sus treinta prohibiciones de mentirijillas. Se mantuvo el estado de sitio en París, en Versalles, en Lyon, en Marsella y en sus respectivos departamentos. Los consejos de guerra continuaron ametrallando al pueblo con sus condenas.

El 31 de diciembre del 75, cuando la Asamblea de desgracia se dispersó, había rechazado todas las proposiciones de amnistía, trasladado a algunos deportados de la península Ducos a la isla Pins, abreviado la duración de algunas condenas y concedido incluso seiscientos indultos de las penas más ligeras; el depósito caledoniano seguía intacto.¹

Pero el pueblo no olvidó en las elecciones generales a sus defensores. En los centros importantes, la amnistía figuró en los programas democráticos; las reuniones públicas se la impusieron a los candidatos. Los radicales se comprometieron a pedir una amnistía completa; los liberales prometieron «borrar las huellas de

nuestras discordias civiles», como dice la alta burguesía cuando quiere lavar el pavimento enrojecido por ella.

Las elecciones del 76

Las elecciones de febrero del 76 fueron en su inmensa mayoría republicanas. A pesar del desesperado llamamiento de Mac-Mahon a los reaccionarios, hubo 350 republicanos, de 530 electos. Las famosas capas nuevas anunciadas por Gambetta en sus infatigables campañas, subían a la superficie e iban a reverdecer a Francia. Una nube de abogados, de médicos, de comerciantes, de propietarios liberales, habían levantado a las provincias con palabras de libertad, de reformas, de apaciguamiento. Buffet era derrotado en los rincones más rurales. Las hojas radicales se pusieron de acuerdo para decir que la República estaba definitivamente ganada; los fervientes de la amnistía no dudaron que la nueva Cámara haría al pueblo ese don en cuanto tuviese lugar su jubiloso advenimiento. ¿Es que París no había enviado a los antiguos diputados dimisionarios de la Asamblea rural, Floquet, Lockroy, Clemenceau y muchos otros, sin contar a Louis Blanc, que hablaba ahora del malentendido del 18 de marzo?

Un convoy de deportados iba a hacerse a la vela. Victor Hugo, a quien París había elegido senador, pidió a Mac-Mahon que aplazase la partida hasta la decisión, indudablemente favorable, de las Cámaras. Una petición apresuradamente organizada reunió en pocos días más de cien mil firmas. La cuestión de la amnistía se hizo tan aguda, que el nuevo ministro de Mac-Mahon, el Dufaure del 18 de marzo, quiso liquidarla inmediatamente.

Raspail pide la amnistía

Se depositaron cinco proposiciones. Sólo Raspail pidió la amnistía plena y cabal. Las demás exceptuaban

1. Informe de la Comisión de Indultos, presentado por Martel y Voisin.

los crímenes calificados como de derecho común por los consejos de guerra y que comprendían los artículos de periódico; la Cámara nombró varios comisionados. Nueve, de once, se mostraron contrarios a la amnistía de Raspail. Las nuevas capas se manifestaban. Era la burguesía media del Imperio, miedosa, altanera con el pueblo, abogadcsca y mañosa. No estaba enterada de la Comuna más que por las rapsodias reaccionarias, y, atareadísima en abrirse paso, respondía francamente: «¡Que nos dejen en paz esos comunistas! Más tarde ya veremos!» «La insurrección del 18 de marzo fue un gran crimen —decía el autor—; sus principales jefes volverían a Francia tal y como eran entonces. Ha habido horas en nuestra historia en que la amnistía ha podido ser una necesidad, pero la insurrección del 18 de marzo no puede ser, desde ningún punto de vista, comparada a nuestras guerras civiles. Yo veo en ella una insurrección contra la sociedad entera.»

Raspail defendió noblemente su proyecto, señaló a los verdugos, pidió que se persiguiese «a los verdaderos provocadores, parte de los cuales gozaban de impunidad en las Asambleas». Clemenceau hizo una exposición del 18 de marzo, demasiado conforme con la ignorancia y los temores de su auditorio. Otros, en la extrema izquierda, hablaron por los vencidos, abrumándolos: «Se engañan absolutamente sobre el carácter de esta revolución —dijo desde muy alto, uno de ellos—; se ve en ella una revolución social, mientras que en realidad no hubo más que un ataque de nervios y un arrebatado de fiebre.» El diputado del distrito que había nombrado, donde había muerto Delescluze, llamó al movimiento «detestable». Marcou declaró que la Comuna era un «anacronismo». Ninguno habló de la sangre, de los pontones, de las prisiones, de los consejos de guerra, preocupados únicamente por desprenderse de su palabra ante sus electores.

A estos abogados que agachaban la cabeza, los ministros y las nuevas capas les respondieron acremente: «No, señores —dijo Dufaure—, no fue un movimiento comunal, fue, por sus ideas, por sus pensamientos y hasta por sus actos, la revolución más radical que haya em-

prendido nunca el mundo.» Un antiguo irreconciliable negó que la República hubiese estado amenazada por la Asamblea rural: «Esta no se había señalado más que por dos actos: la elección del poder ejecutivo y la aceptación de un gabinete republicano.» Dufaure ensalzó los consejos de guerra, sostuvo que «habían sido seguidas todas las reglas; que se había empleado todos los medios para asegurar la instrucción más seria, más completa, de todos los procesos; que los oficiales habían igualado a los mejores jueces de instrucción». El almirante Fourichon, ministro de Marina, negó que los forzados de la Comuna fuesen asimilados a los otros, contó que «el deportado, más dichoso que los soldados, vivía en medio de las flores de su jardín». Como alguien dijese: «¡Se ha restablecido la tortura!», se le respondió en esta forma deliciosa: «¡Son ustedes los que nos torturan!» Langlois, tan rabioso como el 19 de marzo, gritaba en los pasillos: «¡Nada de piedad para los asesinos!»

La amnistía, rechazada

El 18 de mayo, 372 votos contra 50 rechazaron la amnistía plena y absoluta. Gambetta se abstuvo. La comisión no admitió las demás proposiciones, dijo que había que remitirse a la clemencia del gobierno. No se le abuchó más que por fórmula, y un radical acabó por decir: «No desafiaremos nunca al gobierno por una cuestión de generosidad. Se dio carpetazo a todas las proposiciones. En el Senado, Victor Hugo defendió la amnistía parcial: «El poste de Satory, el de Nouméa, los 18.924 condenados a la deportación simple o entre muros, los trabajos forzados, el presidio a cinco mil leguas de la patria: ahí tenéis en qué forma ha castigado la justicia el 18 de marzo —se olvidaba de los veinte mil fusilados—. Y en cuanto al crimen del 2 de diciembre, ¿qué ha hecho la justicia? La justicia le ha prestado juramento.» Su proposición ni siquiera fue discutida.

Dos meses más tarde, Mac-Mahon, completando la

comedia, escribía al ministro de la Guerra, Cisscy, el fusilador del Luxembourg: «En lo sucesivo no debe tener lugar ninguna persecución, a menos que lo exija el sentimiento unánime de la gente honrada.» Los honrados consejos de guerra comprendieron y continuaron su tarea. Algunos fugitivos que se habían aventurado en Francia, con la esperanza de los primeros días, fueron apresados. Sus penas fueron confirmadas. Los organizadores de grupos obreros fueron golpeados implacablemente cuando se les pudo complicar con la Comuna.² En noviembre del 76, un consejo de guerra dictó una condena a muerte por insurrección.

Esta persistente barbarie, al sobrevivir así al paso de los años, irritaba a la opinión, y Mac-Mahon fue recibido en un viaje a Lyon a los gritos de: «¡Viva la amnistía!» Los radicales tuvieron que agitarse y pedir que por lo menos acabasen las persecuciones. Gambetta, por esta vez, estuvo con ellos. Su política consistía en tranquilizar a los burgueses, tratando a la Comuna de «insurrección criminal», de «convulsión de la miseria, del hambre y la desesperación», y obtener así algún alivio a las torturas. En la Cámara llegó incluso a elogiar a los consejos de guerra por «la abnegación, la prudencia, el espíritu militar» con que habían examinado los expedientes. El 6 de noviembre se votó una ley que podía, en algunos casos, significar la prescripción. El Senado la rechazó.

En diciembre del 76, Jules Simon trepó al ministerio, pasando de la casaca de Thiers a la librea de Mac-Mahon. El untuoso fusilador traía una frase-programa: «la República amable»; la amabilidad no llegaba hasta los comunistas. Su colega de Justicia, el galante Martel, ex presidente de la comisión de los asesinos, que declaraba abominables las comisiones mixtas del Impe-

2. El 2 de diciembre de 1876, Baron, ex delegado de los contables en el congreso obrero, fue presentado al tercer consejo por haber sido secretario de la delegación de Guerra. «Los señores del consejo —dijo el presidente— observarán que el acusado mantiene los sentimientos que le animaban en 1871, ya que le hemos visto en 1876 formar parte de un congreso obrero.» Para este militar, un congreso obrero equivalía a una insurrección. Baron fue condenado a la deportación.

rio, llevó adelante las persecuciones. Un federado, Marin, tres veces condenado a muerte, vio por fin resuelto su caso, y seis años después de la lucha fue enviado a presidio.

La clemencia del mariscal iba al mismo paso. Dufaure, al día siguiente de ser rechazada la amnistía, instituyó una nueva comisión de indultos, compuesta de amables liberales, en la que brillaba Dubail, el antiguo cazador de federados. Los establecimientos penitenciarios de Francia albergaban, en aquel momento, a mil seiscientos condenados de la Comuna, y el número de deportados ascendía a cuatro mil cuatrocientos, aproximadamente. La segunda comisión de indultos fue digna de la de Martel. A propuesta suya, Mac-Mahon indultó a algunos condenados a quienes les quedaban cinco o seis semanas, y concedió la libertad a dos o tres muertos. En mayo del 77, Nueva Caledonia no había devuelto más que doscientos cincuenta o trescientos deportados, cuyas penas quedaban solamente conmutadas.

El 16 de mayo

Ya era demasiado. El 16 de mayo puso orden en esto. Su derrota del 76 no había desalentado a los reaccionarios. Si los republicanos tenían por suya la Cámara, ellos tenían el Senado y el mariscal, al que empujaban al desquite. El clero sostenía la campaña, dirigida militarmente por el fogoso cardenal del 64 y del 71, Bonnechese, que se burlaba de los progresos de Jules Simon, cardenal en expectativa. Desde hacía un mes, los obispos pedían por la Santa Sede oprimida, por el papa, multiplicaban las rogativas y cantaban tan alto, que el aprendiz de cardenal se vio obligado a censurar desde la tribuna a uno de los mitrados más ardientes. Unos días después, el 16 de mayo por la mañana, Mac-Mahon despidió con un billetito al amable Jules Simon. La Cámara respinga; Mac-Mahon le envía un ministerio de combate mandado por De Broglie, y el 18, con una

misiva chocarrera, la invita a ir a refrescar sus ideas con las brisas de mayo.

El gabinete del 16 de mayo estaba compuesto de orleanistas y bonapartistas, que habían vuelto en crecido número, pero el público se dio cuenta, y un solo grito corrió por toda Francia: «¡Es un golpe de los curas! ¡Es un ministerio de curas!» Preparada desde hacía tiempo con el método y la precisión jesuíticos, la conjuración entró en funciones inmediatamente. Al día siguiente del acontecimiento, sesenta y dos prefectos fueron destituidos, ciento veintisiete subprefectos y secretarios generales, jueces de paz y procuradores, reemplazados. Se dio orden de acabar con la prensa. Los periódicos fueron perseguidos, los lugares de reunión cerrados; se detuvo al presidente del Consejo Municipal de París, que acababa de asistir a un banquete ofrecido por los proscritos de Londres. El 25 de junio, Mac-Mahon despachó definitivamente a la Cámara, secundado por el Senado, el «gran consejo de las comunas», como había dicho Gambetta en sus orígenes, y que resultó la fortaleza legal de la reacción.

Abusando del texto constitucional, tenía aún tres meses de reinado absoluto. Durante tres meses y medio, Francia vivió en perpetua alarma; muchos veían surgir la guerra del conflicto entablado; los negocios no marchaban; a Mac-Mahon, que había intentado una jira por provincias, se le gritó: «¡Viva la República!» Él se vengaba diciendo a los alcaldes que le pedían que pusiera fin a la crisis: «Voten a mi gobierno.» Sus tonterías —era rico en frases ridículas— distendían un poco las cóleras que hacían arma de todo, incluso de Thiers, muerto el 3 de septiembre con el vientre contra la mesa.

Muerte de Thiers

París hizo al Foutriquet unos funerales dignos de Aquiles. ¡Ah, realmente es conocida la turbulenta Tebas de las cien salidas, por donde pasan las grandezas y las maldades sin dejar más huella que el viento en la cima de sus árboles o la tormenta en el arroyo! Pero este

París, al que había fusilado en 1832, que había entregado en junio del 48 a los furiosos de los burgueses y de la calle Poitiers, al que había calumniado durante la guerra, vendido a la Asamblea rural, provocado el 18 de marzo, atacado el 2 de abril, bombardeado por espacio de seis semanas, saqueado, cubierto de veinte mil cadáveres, arrojado a millares a los consejos de guerra, el París que dispersó en tantos jirones por los dos hemisferios aún no hacía siete años, ese París, ¿tuvo ni siquiera por un momento la debilidad de tomar a este asesino del pueblo por un prototipo de libertad? ¡No!, ¡no! El heroico juego de las cosas dispuso la enorme hilera del entierro. Como Sansón se armó con los restos de la fiera para golpear al filisteo, así el París del 77 empuñaba los viejos huesos del rival para abofetear al adversario vivo.

Mac-Mahon, en una proclama a lo Carlos X, imponía sus candidatos, amenazaba con resistirse a unas elecciones adversas. Todo lo que era República se indignaba: «¡Cuando Francia haya hablado, será preciso someterse o dimitir!», respondía, con los aplausos de la Francia Republicana, Gambetta, que volvió a ser el corazón de la nación, multiplicando las reuniones, los llamamientos, desafiando las condenas, las calumnias y la prensa figarista. ¿Por qué no había mostrado contra los adversarios de la República la misma arrogancia durante la guerra y también durante la Comuna, con cuyo peso hubiera hecho inclinarse a las provincias?

Victoria republicana (octubre de 1877)

La victoria fue para el valor republicano que había sabido disciplinarse. A pesar de los prefectos y magistrados y de las condenas —hubo dos mil setecientas—, ganaron los republicanos en las elecciones del 24 de octubre del 77, por una mayoría de ciento diecisiete votos, que las invalidaciones de los candidatos debían aumentar aún. De Broglie, que escribía historia sin entender nada de ella, quería que Mac-Mahon resistiese; la nueva Cámara formó una comisión de salud pública, ordenó

una encuesta electoral, obligó a De Broglie a retirarse entre bastidores. Todavía desde allí gobernaba a Mac-Mahon lo suficiente para hacerle nombrar un gabinete de cabos. La Cámara se negó a presentar el presupuesto; Mac-Mahon no tuvo el valor de dimitir; se hizo el herido, como en Sedan, y delegó en Dufaure, que firmó el revés por él.

La Cámara victoriosa empezó por amnistiar a todos sus amigos condenados desde el 16 de mayo. No pensó siquiera en los de la Comuna. Solamente el pueblo se acordó de ellos. La Exposición Universal del 78 ocupó primeramente todas las actividades; pero en septiembre, en el aniversario de la muerte de Thiers, pomposamente preparado con artículos, ilustraciones en que el enemigo de París era representado apoteósicamente, rechazando con el pie a una Comuna con cara de macaco, el Consejo Municipal de París se negó a enviar una delegación. En Marsella se combatió el envío de delegados, «porque Thiers había sido el verdugo de la Comuna». Dufaure respondió con treinta y cuatro condenas, con la detención de una multitud de rebeldes que habían entrado en Francia, y la prohibición del congreso socialista internacional que debía celebrarse en París.

El socialismo siempre vivo

Las matanzas, las deportaciones, el destierro, no habían aniquilado al partido socialista, como Thiers había anunciado en la Asamblea rural. Durante siete años de aparente letargo, Alemania había hecho su entrada en la vida. De la Comuna data su era de socialismo militante. La lucha de París contra Versalles se había hecho popular en Alemania, y esta historia servía de tesis a los numerosos oradores del partido. Más disciplinados que en Francia, dando oídos a guías seguros, como Bebel, Liebknecht, en posesión de numerosos periódicos, los socialistas tenían en el Reichstag, en el 78, doce diputados, y Bismarck decía en la tribuna: «Alemania se ha transformado en el campo cerrado de las agita-

ciones con que Francia ha terminado.» Se engañaba como Thiers en lo referente a Francia. Al cabo de siete años, el partido socialista reaparecía joven, vigoroso, preciso, tal como se mostraba en los últimos años del Imperio, con el programa de los 63, bastante numeroso como para convocar en París un congreso internacional.

Mac-Mahon dimite

El 30 de enero del 79, el fanfarrón Mac-Mahon se evadía de la presidencia con el pretexto de que algunos generales habían sido puestos de lado; en realidad, por no ver acusados a sus cómplices del 16 de mayo. Como Thiers, el carnicero de París, escapó al castigo; catorce años más tarde, este político militar, que para evitar la República había llevado a Francia a Sedan, que por salvar a los rurales había aplastado a montones a los parisienses, que por engrandecer a los curas había alarmado durante varios años a Francia, se encaminó dulcemente a la gloria de los Inválidos. No hay justicia para estos grandes criminales, fuera de las horas de la revolución.

Grévy ocupó su puesto aquella misma noche, a las ocho. El pueblo republicano tomó este acontecimiento como una victoria. Era el primer presidente de la República que fuese republicano y que no hubiera fusilado a nadie. La era republicana tenía el campo libre. Precisamente las elecciones senatoriales del mes de enero habían dado al Senado una mayoría republicana de cincuenta votos. Esta vez, la amnistía no sólo era posible, sino que se imponía. ¿Es que el jefe del gabinete, Waddington, no tenía de secretario a un condenado a muerte de los consejos de guerra, encontrado en Berlín y traído por él a París?

Nueva Caledonia encerraba todavía a mil cien condenados; el destierro, de quinientos a seiscientos rebeldes. Los demás habían sido amnistiados después de un promedio de siete años de deportación o de entierro. De no haber sido por el mariscal, se hubiera indultado todavía a más, dijo sin rebozo la Comisión de Indultos, cuando

Mac-Mahon partió. Waddington lo amalgamó todo en el indulto-perdón. Era muy sencillo, se declararía amnistiados a todos los que fuesen perdonados. ¿Pero a quién perdonaréis?, se decía. Y él: «No dejaremos fuera de la amnistía más que a aquellos contra los cuales proteste la conciencia pública.» Este Waddington, un inglés, era muy frío para las bromas; ésta gustó mucho a los oportunistas, que se preocupaban muy poco por el regreso de tal o cual condenado.

El perdón-amnistía

La extrema izquierda no podía menos de reclamar la amnistía completa. La agitación pro amnistía, no había cesado nunca en el pueblo. Un periódico de París, la «Révolution Française» publicaba, a despecho de multas y prisiones, artículos de los miembros de la Comuna que se hallaban en el destierro. Se depositó una proposición de amnistía. De once comisiones, la rechazaron nueve. Louis Blanc la defendió tan calurosamente como había defendido los derechos de los fusileros. El ponente fue Andrieux, el antiguo anarquista de tiempos del Imperio, procurador de la Guillotière en el 71, ahora diputado. «Jamás —dijo— se encontrará una Asamblea francesa que vote una amnistía completa. En cuanto a los condenados que hayan de permanecer en Nueva Caledonia, su número será restringido a mil quinientos, una parte de la espuma de las grandes ciudades que está siempre dispuesta al pillaje.» El ministro de Justicia había dicho mil doscientos; Andrieux aumentaba ese número, haciendo un guiño a la prefectura de policía que recibió después de este mordisco. El Marcou del 76 excluía de la amnistía «a los salvajes que habían deshonrado, si esto fuese posible, la bandera tricolor». No nombraba a los salvajes, que, por lo demás, no habían combatido bajo la bandera tricolor, pero esto permitió a Waddington decir: «hay mil doscientos». La amnistía total fue rechazada por 350 votos contra 99, y sólo fueron amnistiados los perdonados en el plazo de tres meses. En el Senado, Bérenger declaró que «Fran-

cia no quiere insurrectos de profesión»; el Senado votó, a pesar de todo, el perdón-amnistía de los tres meses, contando con el ministerio para excluir a los «peligrosos o a los indignos». Seis semanas después, la Cámara se negaba, por 317 votos contra 159, a pronunciar la acusación contra los hombres del 16 de mayo que habían expulsado a la Cámara y provocado durante cuatro meses una guerra civil. Los interesados se lo agradecieron a la Cámara con un manifiesto de desafío.

Los excluidos de la amnistía-perdón protestaron contra los calumniadores: «Labios oficiales, mezclando el ultraje a la iniquidad, han declarado que no quedarían en el destierro más que ladrones y asesinos. Los que engañan así a la opinión saben que no hay un solo proscrito al que esos epítetos puedan ser aplicados. Los ladrones y los asesinos no están en nuestras filas.» Se vio esto perfectamente cuando la justicia llevó a los correccionales o a los tribunales a tantos que habían injuriado a los comunistas.

La discusión de esta ley-tamiz había hecho surgir la teoría absolutamente nueva del buen y del mal insurgente. Lo mismo que Louis Blanc distinguía entre la bandera roja de su tiempo, la buena, y la bandera roja de la Comuna, la infame, el ministro de Justicia declaraba dignos de estima a todos los insurgentes anteriores a los del 18 de marzo, que habían sido abominables. «Sería injuriar a los demás insurgentes —decía— compararlos con los organizadores de la insurrección del 18 de marzo», suficientemente criminales «para haberse alzado cuando el enemigo ocupaba los fuertes». Continuaba así la leyenda del París agresor el 18 de marzo. Durante ocho años, los republicanos de relieve se habían guardado de contradecir las historias versallesas, e incluso, como ha dicho Camille Pelletan, «exageraban a veces por miedo a comprometer su causa». Esta noble política dio sus frutos; el partido republicano ignoraba completamente la verdadera historia de la Comuna; nadie había refutado las innumerables calumnias, y durante la última discusión los periódicos conservadores habían publicado, como documentos, extractos del libro de un

polígrafo que no tenía talento de ningún género, Maxime Du Camp.

Un escarnecedor de la Comuna

Había empezado éste haciendo fusilar a los insurgentes del 48, y se ganó una cruz en aquellas barricadas. Vuelto a condecorar por Luis Napoleón, se enfurruñó un momento con el Imperio; la princesa Matilde lo atrajo al redil. Iba a ser senador, cuando el 4 de septiembre se volcó la cacerola. Con la rabia, se refugió en Alemania y, vuelto a Francia bajo la Comuna, tropezó con una orden reservada por ésta para los bonapartistas militantes. Durante seis meses recogió cuidadosamente las invenciones, las calumnias, las salacidades que corrían a cuenta de la Comuna, añadió de su cosecha lo que pudo, y dio su gran colector a las mil letirinas reaccionarias —las *Convulsiones de París*.

Los aficionados a obras pornográficas pudieron enriquecer su colección con una *Justina* política y de estilo florido. No era, decía Maxime Du Camp, un movimiento histórico lo que iba a describir, sino «un caso patológico». «*Todas las fieras de las pasiones humanas habían roto su jaula y durante largos meses se revolcaron en plena bestialidad. Como una prostituta sin vergüenza, la Comuna lo ha enseñado todo, y nos hemos visto sorprendidos ante la cantidad de úlceras que la roían.*» Este es el comienzo; siguen cuatro volúmenes de esta convulsión.

Según Maxime Du Camp, el movimiento de la Comuna era ³ «*un acceso de epilepsia moral; una sangrienta bacanal; un libertinaje de petróleo y aguardiente; una orgía, una inundación de violencias, de horracheras que hacía de la capital de Francia un pantano de los más abyectos; un caso análogo al histerismo, a las epidemias del baile de San Vito, a los poseídos de la Edad Media.*» El personal se componía «*arriba, de hombres llegados a los accidentes terciarios de la envidia purulenta*»; aba-

jo «*de brutos obtusos que no comprendían nada, como no fuese tener una buena paga, mucho vino y bastante aguardiente.*»⁴ El Comité Central era «*un racimo de holgazanes*»; los gobernantes de la Comuna, «*pirománticos, lobos cervales; loritos amaestrados; papas de la demagogia; Anticristos ladrones; un puñado de estafadores que reina por la violencia, manda en borrachos, protege asesinos, disciplina a incendiarios; fantoches epilépticos; gesticuladores; políticos de lechería; cesaruelos de café.*» El Hôtel-de-Ville: «*un cubil de perros furiosos, un figón doblado de lupanar*»; la prefectura de policía: «*el campamento de los ebrios*»; los federados «*apestaban a vino, al ajo de las comidas, su ideal era dos meses de juerga y después el presidio.*» Las mujeres: «*evadidas de los dispensarios; maestras laicas que se atizaban copas de aguardiente y se casaban en el altar de la naturaleza.*» Los federados, «*galopines nacidos al margen del arroyo y crecidos en el estercolero de las bajas promiscuidades.*» El abate Vidieu había encontrado algo mejor: todos eran «*hijos del adulterio.*» Verdad es que el buen cura no se las daba, como el convulsionario, de ser un hombre «sin pasión», un «moderado» «de firme rectitud, al que las obras del odio inspiraban un invencible horror». Como se le reprochase haber exagerado, Maxime Du Camp, respondió: «He hablado siempre de los comunistas con extraordinaria moderación. Nosotros, la gente honrada, nos hemos apaciguado mucho. La hez de las grandes cóleras se ha aposado», y se indignaba contra la gente para quienes «la última palabra de la política es escupir sobre sus adversarios».

Por este vocabulario puede verse cómo será la historia. Por lo demás, ninguno de esos sabios artificios a lo Jules Simon, que entretengan la verdad y la mentira. Las invenciones y la ignorancia de este furioso erótico eran las de un primitivo. No se preocupaba del carácter de los obreros, de los hechos mejor establecidos, ni

4. La embriaguez ha sido siempre el argumento escogido de los narradores reaccionarios. El padre Lorient atribuía al vino los decretos de la noche del 4 de agosto; en 1848, en el Luxemburgo se deliberaba entre botellas, etc.

3. No damos recortes, sino citas enteras.

siquiera de la verosimilitud. Todo lo que fuese versallés, chisme reaccionario, era fuente segura; un trozo cualquiera de papel, procedente de cualquier parte, un documento; todo funcionario que se había quedado en París durante la Comuna, una autoridad indiscutible, cuyas más chocarreras jactancias consignaba religiosamente; las requisitorias de los consejos de guerra, los testigos de cargo, eran los únicos que merecían crédito; todos los acusados habían mentido. Acumulaba imperturbablemente patochadas sobre patochadas, hacía de Blanqui el inspirador de la Internacional, de Assi un personaje dominante, de Frankel una bestia, de Varlin un poltrón, de Dombrowski un traidor; confundía a Courmet con Latappy, a Ranvier con su hermano. Su sistema de argumentación era hartó simple. Citaba un caso de detención, de registro, de ejecución de un espía, inclusive, y terminaba: «podríamos multiplicar a millares estos ejemplos»; o bien: «otro tanto ocurría en todas partes». Otras veces negaba rotundamente. Delescluze, «ese Bridoisson patibulario», no había muerto voluntariamente, él lo sabía por un testigo al que no quería nombrar; no era verdad que se hubiese fusilado a falsos Vallès, Billioray, Brunel, etc.; fueron ellos los que, para despistar las pesquisas, enviaron a los periódicos el relato de su ejecución. Falso, también, que las ejecuciones fuesen tan numerosas. El general Appert hablaba de 17.000, esto no era cierto; él, Maxime Du Camp, poseía la cifra exacta: «6.500, a lo sumo», «hechos de guerra, añadía, inherentes al derecho de legítima defensa». Él conocía esa cifra «exacta» por la administración de los cementerios, por las actas de entierros; como si los administradores hubieran contado los cuerpos enviados a carretadas, como si los comisarios hubieran tenido tiempo de levantar actas, como si los incineradores se hubiesen preocupado de contar los cadáveres apilados. Maxime Du Camp «tenía todas las actas en sus manos»; en caso necesario hubiera dado el nombre de las víctimas, porque él se jactaba de exactitud. «Yo no he afirmado nada —decía— que no estuviera demostrado con documentos auténticos. Cuando el documento positivo y preciso me ha faltado, he hablado

siempre con restricciones.» No presentaba ni uno siquiera. Caso de que existan, puede suponerse cómo ha tenido que amañarlos, dada su manera de disfrazar los hechos más conocidos.

Arregladas a lo Montépin, adornadas con arabescos, embellecidas con «han debido decir esto, aquello», con diálogos de este género: «Todos estos rebeldes se habían hecho ladrones; cuando el hombre regresaba a casa, la mujer le decía invariablemente: «¿qué me traes?», las sucias imaginaciones de estas porteras versallesas hacían las delicias de la «Revue des deux Mondes» y de los periódicos figaristas. La Academia Francesa quiso poseer a este raro historiador, y el año 85 hubiera hablado en nombre de ella en el entierro de Victor Hugo si los proscritos, entonces de regreso, no hubieran amenazado con una enérgica intervención. Maxime Du Camp fue a morir a Alemania, la patria de su corazón, pero siguió reinando en la Academia. En junio del 95, su sucesor, Paul Bourget, con patente en disecciones de almas, afirmó que «había trazado con terrible vigor» la requisitoria del «salvaje vandalismo», y el interlocutor de Paul Bourget, un elegante esnob, calificó a la Comuna de «acceso de fiebre obsesiva y alcohólica». Otro académico, versificador para señoritas, declaró a Maxime Du Camp «injurado, pero irrefutable».

Los verdaderos republicanos se sublevaban contra estas *convulsiones*, olvidando que también sus jefes habían tratado a la Comuna de acceso de fiebre, de convulsión del hambre y de la desesperación. Además, ningún escritor estaba preparado para la respuesta. Las historias que los radicales se pusieron a redactar denunciaban su escasez de conocimiento de los hombres, de los medios, e incluso de los acontecimientos de la Comuna. Para ellos, el bonapartismo desempeñaba un gran papel en los orígenes y en el desenlace de aquélla. Uno tomaba el término medio entre una página de Maxime Du Camp y otra de un proscrito, y con ello creía haber encontrado la diagonal histórica. ¿No decía en «Le Rappel», el año 80, el senador Corbon, antiguo obrero como Tolain, que había sido *casi* condenado a muerte por el Comité de Salud Pública?

Blanqui, elegido en Burdeos

Se comprende la idea que podían tener de la Comuna los señores parlamentarios. El pueblo, aunque sin historia, sentía por instinto que aquel movimiento era suyo, y no dejaba de manifestarse a favor de los vencidos. En la elección legislativa del 21 de abril del 79, Burdeos dio una mayoría de 4.000 votos a Blanqui. La Cámara anuló la elección, y Blanqui no fue indultado hasta que expiraron los tres meses en que hubiera podido ser amnistiado; es decir, elegible. Durante esos tres meses, la clemencia de Grévy había amnistiado a otros tres mil trescientos condenados. Mil doscientos, cuando menos, excluidos por el odio y el miedo, quedaban en Caledonia o en el destierro.

Los primeros convoyes de caledonianos llegaron en septiembre del 79 a Port-Vendres, donde fueron recibidos con entusiasmo por los comités republicanos de la región. Louis Blanc, que hacía una excursión por el Midi, les abrió los bracitos con que los amenazaba en otro tiempo. «¡Bienvenidos! —exclamó—. ¡Si hubiera habido sentido de la justicia, no hubierais partido!» Y habiéndole ofrecido una logia masónica una corona, dijo: «Dejadme compartir este homenaje con los que han combatido y han sufrido más que yo» —y hubiera podido añadir «gracias a mí».

Regreso de los primeros amnistiados

En París esperaban a los amnistiados varios comités especiales: el Comité Central, el Comité Socialista. Ya desde el 71 se había formado en París un comité de socorro para las familias de los detenidos políticos, sostenido con suscripciones, donativos, indemnizaciones del Consejo Municipal. Los diputados de la extrema izquierda, para halagar a su clientela electoral, se habían lanzado a ese Comité Central que en el 77 recibió 272.163 francos y socorrió a unas tres mil familias. A más de este comité semioficial, existía un comité

socialista absolutamente independiente de los diputados de la extrema izquierda; este comité recibía también suscripciones y pudo prestar varios servicios a los caledonianos, para los que el Consejo Municipal había votado, además, 100.000 francos.

Se les veía bajar de los vagones, sacudidos todavía por los cinco meses de una travesía sometida a la disciplina penitenciaria, con la tez cetrina, cubiertos de extraños sombreros de anchas alas, vestidos de blusa, algunos envueltos en una manta, con el bidón o la cantimplora en bandolera, vacilantes y paseando en torno de sí inquietas miradas. Radiantes si un grito les llamaba, si se les abrían los brazos de una mujer, de un niño, de un amigo, y les corrían dulcemente las lágrimas; pero el pobre olvidado que busca y no ve venir a nadie, ni a la que no ha tenido el valor de esperarle, ni a los viejos que están muertos, deja el muelle de la estación con paso pesado, va a donde puede, hasta que un camarada de convoy le llama, le lleva al comité de socorros, donde toma una comida, recibe una moneda de oro y se va a enterrar en el enjambre de París, que ya no le conoce, la desesperación de los eternos vencidos.

Los favorecidos por la amnistía, aquellos a quienes la vida no había negado la gracia, supieron defender la causa de los excluidos. Sobre la tumba de uno de los amnistiados, su camarada, Alphonse Humbert, glorificó a los combatientes de la Comuna; París le hizo concejal. En Lyon fue elegido un amnistiado; en Lille, un candidato socialista que defendía la amnistía triunfó sobre un oportunista. Lejos de aplacarse con la amnistía parcial, la opinión se pronunciaba cada vez más ásperamente desde el regreso de los caledonianos. Louis Blanc, para que comenzase la justicia, fue colocado en pleno congreso de Marsella entre los fusiladores del 71. El Consejo General del Sena emitió un voto en pro de la amnistía total; la prensa, las reuniones públicas crearon tal agitación de simpatía hacia los excluidos, que el ministro de Justicia ordenó varias persecuciones. El centro izquierdo le apoyó; el secretario de la Unión Republicana, el virtuoso Baihaut; se indignó, dijo que

la cuestión de la amnistía plena estaba juzgada, que las Cámaras no se volverían atrás. La extrema izquierda preguntó al ministro por qué había excluido de la amnistía a tantos hombres honorables, perdonando, en cambio, a los criminales englobados por los consejos de guerra. El justiciero respondió que algunos excluidos habían rechazado el indulto o afirmado su responsabilidad. «¿Por qué quiere usted —replicó Clemenceau— que los que han sido golpeados olviden los horrores de la represión? Usted dice: Nosotros no olvidamos; si ustedes no olvidan nada, sus adversarios se acordarán también.» El gabinete consiguió el 18 de diciembre un voto de confianza, pero la agitación continuó. El partido socialista, completamente reorganizado con el nombre de Partido Obrero y en el que habían entrado muchos amnistiados, multiplicaba las reuniones, las conferencias, se afirmaba cada vez más irreconciliable en la cuestión de la amnistía.

Lucha por la amnistía total

Freycinet sustituyó a Waddington a fines de diciembre, y el nuevo ministro no habló de amnistía. El 22 de enero del 80, la extrema izquierda, a la que hostigaban los periódicos de vanguardia y las reuniones, presentó una nueva petición de amnistía total. Como el año anterior, fue rechazada por ocho comisiones, de once. Louis Blanc volvió a gemir, aunque había repetido en su comisión que el Comité Central le había condenado a muerte.⁵ Casimir Périer le respondió duramente, y Freycinet declaró: «No sólo no necesita el país la amnistía, sino que le inquieta. Construyamos nuestros ferrocarriles, nuestros puertos, mejoremos nuestras tarifas, reduzcamos los impuestos, y tal vez entonces podrán realizarse las audaces medidas que ustedes nos aconsejan.» La amnistía, aplazada así por varios lustros, fue enterrada por 316 votos contra 115.

Tres meses más tarde, vuelve a resucitar. El ani-

versario del 18 de marzo se celebró en muchos barrios de París y de provincias. El 23 de mayo del 80, aniversario de la semana sangrienta, una multitud de parisienses va a llevar coronas al Père-Lachaise. El prefecto de policía, Andrieux, hace dar varias cargas y detener a algunos manifestantes. El Consejo Municipal le flagela con un voto; él se ríe. La extrema izquierda hace una interpelación. La Cámara da la razón al Gobierno por 299 votos contra 28. Menos de un mes después, el 20 de junio, Belleville, en la circunscripción de Gambetta, a pesar de éste, elige concejal a Trinquet, tan valiente en la Comuna, en los consejos de guerra y en el presidio.

El envite era evidente. Gambetta comprendió que había que cerrar esta llaga, que encontraba en la Cámara tantos médicos entre sus adversarios, los radicales. Desde el 72 se había erigido en reivindicador de la democracia; desde el 76, en autoridad de la Cámara, en su presidente y jefe absoluto desde la caída de MacMahon, y había impuesto al Senado el regreso del Parlamento a París; el 14 de julio iba a inaugurar la gran fiesta nacional, y hasta los periódicos moderados aceptaban que se asociasen a ella todos los antiguos condenados. Gambetta, interpelado directamente, se resolvió a intentar un último esfuerzo. Reunió a los representantes de los grupos moderados, habló en favor de la amnistía total, y el 21 de junio la propuso Freycinet.

Votación de la amnistía

Casimir Perier, que la había combatido en febrero al lado de Freycinet, protestó amargamente. Freycinet contestó que la contradicción era sólo aparente; sin duda los ferrocarriles, los puertos, etc., no estaban contruidos aún, ni los impuestos aliviados, pero el orden estaba asegurado, y esto era lo esencial. La gente se hubiera reído de mala gana, de no haber bajado Gambetta de su escaño para ablandar aquellos duros cerebros. Describió a Francia cansada, exasperada por estos continuos debates sobre la amnistía, que se re-

5. Jules Simon decía otro tanto en «Le Gaulois» de 1895.

producían a cada cuestión, a cada elección, y diciendo a sus gobernantes: «¿Cuándo vais a desembarazarme de ese jirón de guerra civil?» Se hizo con ellos por el lado del interés, les mostró las elecciones para dentro de quince meses, y en seguida los tranquilizó: «Podéis conceder la amnistía, os despejará considerablemente el terreno; la elección de Trinquet es la última maniobra de un partido en cuya mano se va a quebrar la única arma con que cuenta.» Si él no lo creía así, ellos lo creyeron, y votaron la amnistía por 312 votos contra 136, como la habían rechazado en proporciones inversas cuatro meses antes.

La comisión senatorial rechazó el proyecto. El torturador de los prisioneros, el lacayo de Thiers y Mac-Mahon, el calumniador de París, aún más que Maxime Du Camp, el constante reptil contrario a Gambetta, Jules Simon, armó sus viejos colmillos de un veneno siempre fresco contra la Comuna, disputó con el ministerio, suplicó a sus colegas que resistiesen. Lo hubiesen hecho si no fuera por el temor a un conflicto con la Cámara y a un motín de la opinión, completamente ganada por Gambetta. Todavía se halló un medio de soslayarla con la amnistía-perdón; pero esta vez el gobierno perdonó a todos los condenados el 10 de julio. Gallifet no quedó satisfecho y escribió a Gambetta, al que lamía las botas, que la amnistía total había producido un efecto deplorable en el ejército.

El gran regreso

Los proscritos poco alejados aparecieron el 14 de julio, para mezclar su alegría a la de París; aún hubo que esperar otros cinco meses la vuelta de los lívidos caledonianos. En nueve años, los indultos, las leyes, la muerte habían libertado a todas las víctimas de Versalles. El Imperio no había estado hiriendo siete años; no había hecho veinte mil cadáveres. No hay como un poder anónimo para aplastar a las multitudes; cada verdugo puede volver la cabeza, frotarse la boca y decir: «¡Yo no era de esos!»

Los repatriados rehicieron su vida en el taller, en la industria, en el comercio, en las artes, en el periodismo. La administración municipal, en manos de los republicanos, ocupó a cierto número de ellos, algunos consiguieron incluso empleos oficiales. Los militantes del socialismo fueron, como los primeros amnistiados, a engrosar las filas del Partido Obrero, que recibió de ellos un impulso considerable y algunos años más tarde entró en crecido número en el Hôtel-de-Ville. El día del peligro, en el 89, cuando el general Boulanger, que había fusilado a diestro y siniestro en tiempos de Mac-Mahon, quiso, bajo capa de regenerar a Francia, edificar con los monárquicos y los clericales una dictadura cuya inevitable salida era la guerra, la inmensa mayoría de los combatientes de la Comuna no vaciló en presentar batalla, sin pedir otra cosa sino que la República resultase salvada. Desinterés dichoso para la República, pero que a ellos no les valió siquiera el honor de honrar a sus muertos.

En el Père-Lachaise, no lejos de las trincheras repletas de cadáveres de La Roquette, en un rincón, está el muro histórico donde, al final de la Semana Sangrienta, fueron fusilados los federados. El Consejo Municipal de París ha consagrado al reposo de tantos republicanos este recinto sembrado de valentías, y los supervivientes quisieron señalarlo con un recuerdo; las piedras y las rejas de su modesto monumento han sido arrebatadas. Todavía se dejaba, en los aniversarios, al pueblo de París que colgase libremente coronas en el muro; hoy no se llega a él más que de uno en uno, bajo la escolta de los policías; está prohibida toda palabra, todo grito de recuerdo se considera sedicioso. Un diputado fue expulsado de la Cámara por haber gritado: «¡Viva la Comuna!» De igual modo, se necesitaron treinta años para conseguir una primera amnistía para la *Marsellesa*, y la historia de la Revolución Francesa no se vio un poco limpia de la costra de fango reaccionario hasta veinticinco años después de ser aplastada la Revolución.

Enumeración

Veinte mil hombres, mujeres, niños, muertos durante la batalla o después de la resistencia, en París y en provincias; *tres mil*, por lo menos, muertos en los depósitos, en los pontones, en los fuertes, en las cárceles, en Nueva Caledonia, en el destierro, o de enfermedades contraídas en el cautiverio; *trece mil setecientos* condenados a penas que para muchos duraron nueve años; *setenta mil* mujeres, niños y viejos, privados de su sostén natural o arrojados fuera de Francia; *ciento siete mil* víctimas, aproximadamente, tal es el balance de la venganza de la alta burguesía por la revolución de dos meses del 18 de marzo.

Conclusión

¿He velado los actos, he ocultado las faltas del vencido? ¿He falseado los actos de los vencedores? Que el contradictor se levante, pero con pruebas.

Los hechos sentencian: basta resumirlos para extraer las conclusiones.

¿Quién luchó constantemente, solo a menudo, frecuentemente en la calle, contra el Imperio, contra la guerra del 70, contra la capitulación del 71? ¿Quién sino el pueblo?

¿Quién creó la situación revolucionaria del 18 de marzo, quién pidió la ejecución de París, quién precipitó la explosión, quién sino la Asamblea rural y el señor Thiers?

¿Qué es el 18 de marzo sino la respuesta instintiva de un pueblo abofeteado? ¿Dónde hay el menor rastro de complot, de secta, de cabecillas? ¿Qué otro pensamiento que el de: ¡Viva la República!? ¿Qué otra preocupación que la de erigir una municipalidad republicana contra una asamblea realista?

¿Es cierto que el reconocimiento de la República, la promulgación de una buena ley municipal, la derogación

de los ruinosos decretos, en los primeros días, lo hubiera pacificado todo, y que Versalles lo negó todo?

¿Es cierto que París nombró su Asamblea comunal con una de las votaciones más numerosas y más libres que jamás se hayan emitido?

¿Es cierto que Versalles atacó a París sin haber sido provocado, sin intimidación, y que desde el primer choque Versalles fusiló a los prisioneros?

¿Es cierto que los intentos de conciliación procedieron siempre de París o de las provincias, y que Versalles los rechazó siempre?

¿Es cierto que, durante dos meses de lucha y de dominación absoluta, los federados respetaron la vida de sus prisioneros de guerra, de todos sus enemigos políticos?

¿Es cierto que, desde el 18 de marzo hasta el último día de la lucha, los federados no tocaron los inmensos tesoros que tenían en su poder, y que se contentaron con una paga irrisoria?

¿Es cierto que Versalles fusiló por lo menos a diecisiete mil personas, en su mayor parte ajenas a la lucha, entre ellas mujeres y niños, y que detuvo a cuarenta mil personas por lo menos, para vengar los muros incendiados, la muerte de sesenta y cuatro rehenes, la resistencia a una Asamblea realista?

¿Es cierto que hubo millares de condenados a muerte, a presidio, a la deportación, al destierro, sin juicio serio, condenados por los oficiales vencedores, en virtud de órdenes cuya iniquidad fue reconocida por los gobiernos más conservadores de Europa?

¡Que respondan los hombres justos! ¡Que digan de qué lado está lo criminal, lo horrible, si del lado de los asesinados o de los matadores, de los bandidos federados o de los civilizados de Versalles! ¡Que digan cuál es la moralidad, la inteligencia política de una clase gobernante que pudo reprimir de esta suerte una sublevación como la del 18 de marzo!

Y si ahora me sitúo frente a los acontecimientos que siguieron, ¿no tengo derecho a seguir preguntando?

¿Es cierto que la gran mayoría de la Asamblea de

Burdeos quería restablecer una monarquía, y que no retrocedió sino después de la Comuna?

¿Es cierto que el aplastamiento de París permitió a los reaccionarios sostenerse cuatro años en el poder y pelear otros cuatro al amparo de Mac-Mahon?

¿Es cierto que, de haber dado oídos a la voz de París, se hubiera ahorrado Francia ocho años de luchas estériles, de angustias mortales, el advenimiento de esta política enervante y oblicua, que es la negación de nuestro genio nacional?

¡Oh, sí! Razón tenían en querer conservar sus cañones y fusiles estos parisienses que se acordaban de junio y de diciembre; sí, tenían razón al decir que los aparecidos de los antiguos regímenes tramaban una restauración; sí, tenían razón al combatir a muerte el advenimiento de los curas; sí, tenían razón para temer en la República conservadora, cuyo vértice mostraba Thiers, una opresión anónima tan dura como los yugos del pasado; sí, tenían razón para luchar, a pesar de todo, hasta la última piedra; razón, como la última barricada de junio, como la de Baudin; razón, como los vencidos por anticipado de Bazeilles, de Bourget, de Montretout; razón para lanzar al cielo su último cartucho, como los Gracos el polvo de donde debía nacer el vengador.

¿Dónde estaban sus grandes hombres?, se ha dicho. No los había. Y precisamente la potencia de esta revolución está en haber sido hecha por la medianía y no por unos cuantos cerebros privilegiados.

¿Qué significaba?, se ha dicho también. Un llamamiento al orden, dirigido por el pueblo republicano de Francia a los vestigios resucitadores del pasado. Dio a los trabajadores conciencia de su fuerza; trazó una línea perfectamente definida entre ellos y la clase devoradora, aclaró las relaciones de clase, con tal resplandor, que la historia de la Revolución Francesa se iluminó con él y gracias a él se ha de reconstruir.

La revolución del 18 de marzo fue asimismo un llamamiento al deber, dirigido a la pequeña burguesía. Decía a ésta: Despierta, recobra tu papel iniciador; toma

el poder con el obrero, y poned entre los dos a Francia en sus carriles.

Ahí tenéis lo que significaba el 18 de marzo. Por eso, este movimiento es una revolución; por eso todos los trabajadores del mundo la reconocen y aclaman; por eso todas las aristocracias no piensan en ella más que con furor.

No fue, sin duda, más que un combate de vanguardia, en que el pueblo, comprimido en una sabia lucha militar, no pudo desplegar sus ideas ni sus legiones; por eso no comete la torpeza de encerrar la Revolución en ese episodio gigantesco. Pero ¡qué pujante vanguardia la que por espacio de más dos meses tuvo en suspenso a todas las fuerzas coaligadas de las clases gobernantes! ¡Qué inmortales soldados los que en las vanguardias mortales respondían a un versallés: «Nosotros estamos aquí por la Humanidad!»

1896.

Veinticinco años han pasado sobre la Comuna. Ahí están todavía los Galliffet. Vencido, el pueblo se encontraría con la misma metralla. La antigua tropa de la reacción no tiene ni un terrateniente, ni un cura, ni un esclavista menos que en 1871; tiene, incluso, algunos pífanos burgueses que, bajo la máscara de demócratas, facilitan sus ataques.

En el 48 le dijeron al pueblo: «El sufragio universal hace criminal toda insurrección; la papeleta de voto ha sustituido al fusil.» Y cuando el pueblo vota contra los privilegios de ellos, se encabritan; todo gobierno es faccioso si toma en cuenta los deseos populares. ¿Qué le queda al pueblo, sino el argumento perentorio, la fuerza? Y por fin la tiene.

Después de haber probado a una masa de doctores, el obrero de las ciudades y de los campos ha acabado por testimoniar una idea, una voluntad propia: curarse él mismo; tras largas vacilaciones, la pequeña burguesía, empujada hacia el proletariado por las potencias finan-

cieras, ha terminado por comprender la identidad de sus intereses. Está operada casi la soldadura entre estas dos clases que constituyen —puesto que sólo ellas producen— el verdadero pueblo francés.

Después de una larga curva, ha vuelto a la conciencia de su origen. Durante cien años, Francia ha ensayado todas las formas de gobierno, ha deparado a todos los partidos políticos los instrumentos de poder, y todos los servicios del Estado, administraciones, ministerios, han seguido arrastrando en pos de sí su mundo de criaturas, sus presupuestos siempre crecientes, su vasto parasitismo en provecho de una casta, ruinoso para la nación; durante cien años, Francia ha encargado a unos hombres, más o menos ilustrados, que le fabricasen leyes, y esas leyes, siempre en provecho de un pequeño número, han conducido a la disminución del poder nacional. La experiencia ha durado demasiado; ya ha terminado. El león no remolcará por más tiempo a la borrica.

El proletario francés ha hecho tres veces la República para los demás; ya está maduro para la suya. Las luces que le faltaban antes, sólo de él mismo brotan ahora. El puñado de sus adversarios ya no agita más que cenizas, restos de un mundo antimoderno, antieconómico, fuerte solamente en leyes y administraciones envejecidas. Que desaparezcan y se centuplicará la potencia de una Francia obligada hoy a consumirse en su rincón. El gobierno del pueblo significa tanto como poner en marcha una reserva de trabajo acumulado, hoy improductivo.

Nunca tuvo la nación mejores músculos para adueñarse del poder. Algunos cuarterones de anémicos y lechuguinos fin de siglo y que se dicen ulcerados por la incertidumbre, no constituyen a Francia, como no la constituían los marqueses de antes de 1789. ¡Ah, los trabajadores de los campos y de la ciudad, no están inseguros de su capacidad! ¿Qué generación fue, desde hace cien años, más instruida, más comprensiva ante el ideal?

¿Qué hace falta para dispersar a los zánganos y atravesar victoriosos los rojos horizontes que se le-

vantan? Atreverse. Como antaño, «esta palabra encierra toda la política del momento». Atreverse y «labrar hondo». La audacia es el esplendor de la fe. Por haberse atrevido, domina el pueblo de 1789 las cumbres de la historia. Por no haber temblado, la historia reservará un puesto al pueblo de 1870 y 71, que tuvo fe hasta morir por ella.

Índice

VOLUMEN 1

<i>Introducción</i>	11
---------------------	----

Primera parte: EL DESASTRE

CAPÍTULO I.

Prólogo del combate. — El derrumbamiento del Segundo Imperio. — Francia antes de la guerra	33
--	----

CAPÍTULO II.

Cómo los prusianos se apoderaron de París y los rurales de Francia	81
--	----

CAPÍTULO III.

Primeros ataques de la coalición contra París. — Los batallones de la guardia nacional se federan y se incautan de sus cañones. — Los prusianos entran en París	131
---	-----

CAPÍTULO IV.

Los monárquicos abren el fuego contra París. — Se constituye el Comité Central. — Thiers ordena el asalto	143
---	-----

Segunda parte: LA COMUNA

CAPÍTULO V.

El 18 de marzo	155
--------------------------	-----

CAPÍTULO VI.

El comité Central convoca a los electores. — Los alcaldes de París y los diputados del Sena se alzan contra aquél	167
---	-----

CAPÍTULO VII.

El Comité Central se proclama, reorganiza los servicios y se adueña de París 179

CAPÍTULO VIII.

Los alcaldes, los diputados, los periodistas y la Asamblea se lanzan contra París.—La reacción se enfrenta a los federados 187

CAPÍTULO IX.

El Comité vence todos los obstáculos y obliga a los alcaldes a capitular 197

CAPÍTULO X.

Proclamación de la Comuna 209

CAPÍTULO XI.

La Comuna en Lyon, en Saint-Etienne y en Le Creusot 215

CAPÍTULO XII.

La Comuna en Marsella, Toulouse y Narbona 225

CAPÍTULO XIII.

Primeras sesiones de la Comuna.—Deserción de los alcaldes y adjuntos 235

CAPÍTULO XIV.

Salida del 3 de abril.—Los parisienses son rechazados en todas partes.—Flourens y Duval asesinados.—Los versalleses asesinan a los prisioneros 247

CAPÍTULO XV.

La Comuna vencida en Marsella y Narbona 257

CAPÍTULO XVI.

Los grandes recursos de la Comuna.—Las debilidades de su consejo.—El Comité Central.—Decreto sobre los rehenes.—La Banca 269

CAPÍTULO XVII.

Los primeros combates de Neuilly y de Asnières.—Organización y derrota de los conciliadores 277

CAPÍTULO XVIII.

El manifiesto de la Comuna.—Las elecciones complementarias del 16 de abril hacen que surja una minoría.—Primeras disputas.—Gérmenes de derrota 287

CAPÍTULO XIX.

Los parisienses.—Suspensión de hostilidades para la evacuación de Neuilly.—El ejército de Versalles y el de París 297

CAPÍTULO XX.

Los servicios públicos: Hacienda, Guerra, Policía, Relaciones Exteriores, Justicia, Enseñanza, Trabajo y Cambio 309

CAPÍTULO XXI.

Los francmasones se unen a la Comuna.—Primera evacuación del fuerte de Issy.—Creación del Comité de Salud Pública 331

CAPÍTULO XXII.

Rossel sustituye a Cluseret.—Estallan las rivalidades.—Rencillas en la Comuna.—Rossel continúa la defensa del fuerte de Issy 345

CAPÍTULO XXIII.

París bombardeado.—El fuerte de Issy sucumbe.—La Comuna renueva su Comité de Salud Pública.—Rossel huye 355

CAPÍTULO XXIV.

Las conspiraciones contra la Comuna 367

CAPÍTULO XXV.

La política de Thiers con las provincias.—La traición de la izquierda 375

CAPÍTULO XXVI.

Impotencia del segundo Comité de Salud Pública.—Son evacuados el fuerte de Vanves y el pueblo de Issy.—El manifiesto de la minoría.—La explosión

de la Avenida Rapp.—Cae derribada la columna
Vendôme 387

CAPÍTULO XXVII.

París en vísperas de la muerte.—Versalles . . . 397

VOLUMEN 2

Tercera parte: LUCHA A VIDA O MUERTE

CAPÍTULO XXVIII.

Los versallenses entran el domingo 21, a las tres de
la tarde.—Se disuelve La Asamblea de la Comuna . 7

CAPÍTULO XXIX.

El lunes, 22.—Los versalleses invaden los barrios del
este.—París se alza 19

CAPÍTULO XXX.

Martes, 23.—Toma de Montmartre.—Las primeras
matanzas en bloque.—Arde París.—La última noche
del Hôtel-de-Ville 33

CAPÍTULO XXXI.

Miércoles, 24.—Los miembros de la Comuna evacúan
el Hôtel-de-Ville.—Toma del panteón.—Los versalle-
ses fusilan a los parisienses en masa.—Los federados
fusilan a seis rehenes.—La noche del cañón . . . 47

CAPÍTULO XXXII.

Jueves, 25.—Toda la orilla izquierda en manos de
las tropas.—Muerte de Delescluze.—Los «brassar-
diers» activan la matanza.—La alcaldía del XI, aban-
donada 63

CAPÍTULO XXXIII.

La resistencia se concentra en Belleville.—El vier-
nes, 26, son fusilados 48 rehenes en la calle Haxo.—El
sábado, 27, es invadido todo el distrito XX.—Toma
del Père-Lachaise.—El domingo, 28, termina la bata-
lla a las once de la mañana.—El lunes, 29, se rinde
el fuerte de Vincennes 77

Cuarta parte: LA VENGANZA

CAPÍTULO XXXIV.

La furia versallesa.—Los mataderos.—Los tribuna-
les prebostales.—Muerte de Varlin.—La peste.—Los
entierros 97

CAPÍTULO XXXV.

Los convoyes de prisioneros.—El invernadero.—Sa-
tory.—Las detenciones.—Los delatores.—La pren-
sa.—La extrema izquierda maldice a los vencidos.—
Manifestaciones en el extranjero 111

CAPÍTULO XXXVI.

Los pontones.—Los primeros procesos 127

CAPÍTULO XXXVII.

Los consejos de guerra.—Los suplicios.—Balance de
las condenas 145

CAPÍTULO XXXVIII.

Nueva Caledonia.—El destierro 169

CAPÍTULO XXXIX.

La Asamblea de la desgracia.—El mac-mahonado.—
Los indultos.—El gran regreso.—1896 189